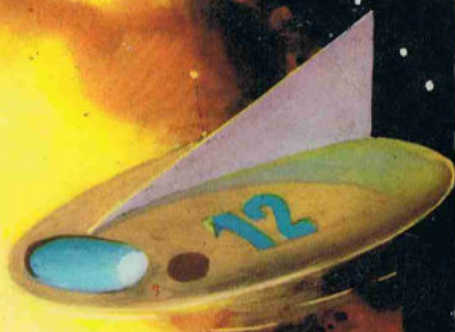


LA SAGA DE LOS AZNAR



POR **GEORGE**
H. WHITE

**EL RETORNO
DE LOS DIOS**



Viajando en el sub-espacio, donde su cosmonave desarrolla velocidades superiores a la de la luz, la familia Aznar regresa a la Tierra... y la encuentra en otra dimensión del tiempo.

He aquí una Tierra sin emisiones de televisión ni señales de radio. Un planeta sin aeronaves, sin ferrocarriles, sin grandes ciudades. Una Tierra de aspecto silencioso, apacible... y en la cual no obstante se desarrolla ya el drama de la vida. ¿Cuál es el tiempo de esta Tierra desconocida? ¡La Tierra de los tiempos bíblicos! ¡Los cosmonautas han venido a dar con la Tierra del remoto pasado!

Los Aznar, auténticos hombres del futuro, no pueden interferir en el pasado ni modificar la Historia. ¿Es esto cierto?

La curiosidad científica del doctor Fidel Aznar vence los recelos de su hermano, y estos hombres del futuro descienden del cielo y se mezclan con los actuales habitantes de esta Tierra que existió en la Historia.

¡El hecho más sorprendente de todos sería que ellos estaban predestinados a llegar allí... para justificar la Historia!



George H. White

El retorno de los dioses

La saga de los Aznar - 48

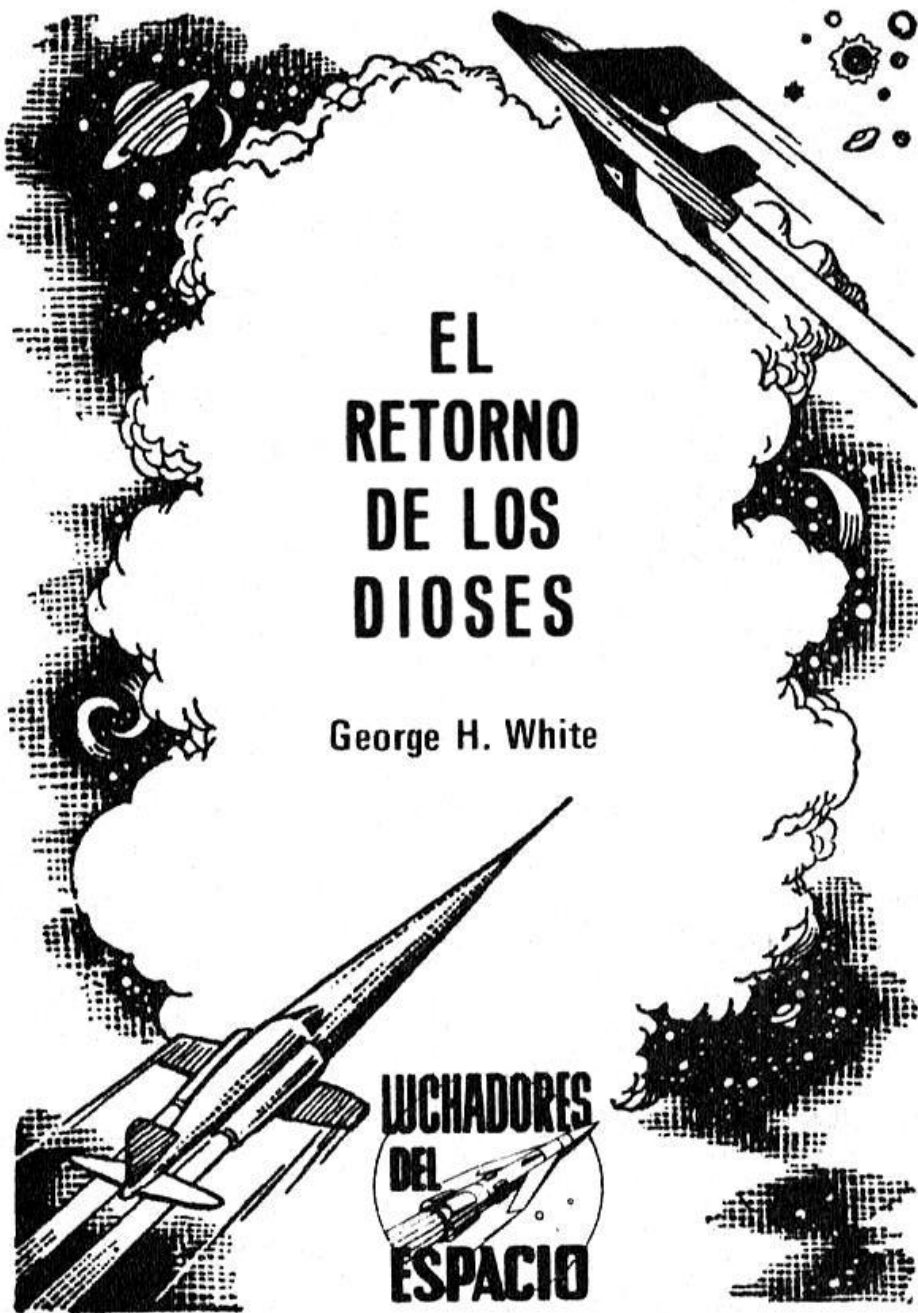
ePub r1.0

Titivillus 16.09.15

Título original: *El retorno de los dioses*
George H. White, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





EL RETORNO DE LOS DIOSES

George H. White

**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**



CAPÍTULO PRIMERO

El Almirante Aznar abrazó fuertemente a su hermano, dándole un par de golpecitos cariñosos en la espalda.

Había humedad de lágrimas en los oscuros ojos del Almirante al contemplar de nuevo a su hermano.

—Todos hemos sentido mucho lo de Fidel —murmuró.

—Lo sé —dijo Adler Ban Aldrik. Y tendió la mano a su sobrino Alejandro.

La escena tenía lugar en el nuevo domicilio del Almirante, que era momentáneamente el de su nieto Tuanko.

—Tuanko está en misión de patrulla en el espacio —aclaró el Almirante—. Tienes un magnífico aspecto.

El aspecto de Fidel Aznar, cuyo nombre bartpurano era Adler Ban Aldrik, era exactamente el mismo que tenía a la edad de veinte años. También el Almirante había transmigrado recientemente, abandonando su envoltura mortal de noventa y ocho años para “regresar” a su aspecto de veintidós. Al encontrarse los dos hermanos volvían a la misma diferencia de edad que tenían en los lejanos tiempos que juntos abandonaron el circumplaneta para

acompañar a su padre en aquel épico viaje del autoplaneta “Valera” a la Tierra.

Parecía como si no hubiese pasado el tiempo, pero muchas cosas habían ocurrido desde entonces.

—Veo que estuviste en Renacimiento, puesto que recuperaste tu “vetatom” —observó el Almirante^[1].

—Estuve allí.

—¿Cómo andan las cosas por allá?

—La gente está desconsolada. La dictadura les resultó funesta en más de un aspecto. Ahora piensan que si MacLane no les hubiera arrastrado a aquella estúpida guerra contra los ghuros, hoy todavía conservarían intacta su Armada Sideral para combatir a los thorbod.

—Esa guerra fue realmente una locura —admitió el Almirante Aznar—. No sólo los renacentistas perdieron su flota, sino que también los ghuros perdieron la suya. Ambos se aniquilaron mutuamente, con los desastrosos resultados que ya conocemos. Los thorbod están ahí, y sólo quedamos nosotros para detenerles.

—Pero en tu opinión los tapos no podremos detenerles —añadió Alejandro Aznar.

—Soy pesimista a este respecto, lo siento —respondió el Almirante—. Sólo disponemos de diez mil esferonaves, y los thorbod acaban de lanzar al espacio un millón de buques. Aunque en teoría, cada una de nuestras esferonaves tiene tanta potencia de fuego como cien buques de los thorbod, las cifras no lo expresan todo en este caso. Tal vez los thorbod disponen de otra fuerza de reserva que todavía no nos han mostrado. Pero incluso si destruyéramos a la armada thorbod en el espacio, nosotros no saldríamos mejor parados que ellos. Liquidadas ambas flotas, los thorbod tendrían expedito el camino para desembarcar en cualquiera de los trece planetas de Atolón. Eso no podremos impedirlo. Y una vez establecida su cabeza de puente, ¿quién será capaz de echarles de allí?

—Solamente somos trescientos millones de tapos, pero hay más de quince mil millones de ghuros repartidos en los planetas de Atolón.

—Los ghuros no lucharán —aseguró el Almirante.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Alejandro.

—Me maravilla vuestra ingenuidad. Yo no soy tapo y carezco de

vuestras dotes de precognición, pero me atengo a la lógica. Para los ghuros no hay diferencia entre nosotros y los thorbod; unos y otros somos intrusos que vinimos a perturbar su paz y amenazar su existencia. No tiene sentido que los ghuros luchen para rechazar a un invasor, cuando ya nos tienen a nosotros como invasores. Si yo fuera los ghuros, me sentaría a esperar a que tapos y thorbods se destruyeran mutuamente, y luego obraría según fuera el resultado de la batalla, acabando con los tapos o haciendo fracasar el desembarco thorbod.

—Aunque los thorbod fracasen en el primer intento, volverán sobre este hiperplaneta en una nueva ocasión. No existen en todo el orbe criaturas más tenaces que los thorbod. Este circumplaneta reúne todas las condiciones que pudieran soñarse, y los thorbod no renunciarán a conquistarlo una vez que lo han encontrado. Además, tienen su autoplaneta, y conocemos las ventajas que supone atacar desde una fortaleza inexpugnable que se mueve constantemente.

—Los ghuros no saben nada de eso. No han conocido a los thorbod como nosotros.

—Pues alguien debería advertirles.

—Los ghuros han dejado de confiar en nosotros. Hemos faltado a todas nuestras promesas de respetar las ciudades y enclaves que ya poseían cuando llegamos aquí.

—No fuimos nosotros quienes faltamos a nuestras promesas, sino los renacentistas —protestó Alejandro.

—Para los ghuros todos somos los mismos. Y realmente lo somos. Cuando después de derrotar a los renacentistas en el espacio estaban los ghuros a punto de invadir Renacimiento, fuimos nosotros, los tapos, quienes nos opusimos enfrentándonos a ellos.

—Naturalmente, no podíamos permitir que los ghuros aplastaran a los renacentistas, haciendo con ellos una masacre.

—Exactamente así fue. Pese a nuestras diferencias con los renacentistas, al final pudo más la llamada de la sangre y salimos a hacer de escudo entre los ghuros y los terrícolas. No podíamos hacer otra cosa, pero eso fue una llamada de aviso que los ghuros no van a echar en saco roto. Apuesto a que si es preciso, pactarán con los thorbod. De cualquiera de los modos no lucharán por nosotros.

—¿Quieres decir que nuestra causa está perdida sin remisión? —

interrogó Alejandro.

El Almirante se limitó a levantar los hombros.

Siguió un breve silencio que rompió el gigantesco Fidel preguntando:

—¿Qué hay de la “Operación Éxodo”?

—El autoplaneta está prácticamente terminado —dijo Alejandro Aznar, quien había intervenido de forma directa tanto en la confección del proyecto como en la construcción de la gran esferonave—. Puede empezar a recibir los rollos de “vetatom” tan pronto como el Gobierno curse la orden de evacuar.

—¿Pero, vamos a evacuar?

—Nada se ha decidido todavía. Las opiniones están divididas. Mientras una parte de la nación está dispuesta a ser evacuada inmediatamente, la otra mitad se resiste a abandonar antes de haber luchado. Mientras tanto los thorbod han anclado su autoplaneta a doce millones de kilómetros y esperan.

—¿Qué es lo que esperan? —interrogó Fidel Aznar.

—A que nos impacientemos y salgamos a hacerles frente con nuestra Armada. No tienen prisa, saben que en la espera nuestra moral se resiente de día en día —aseguró el Almirante.

—¿Y es así? —preguntó Fidel Aznar clavando sus hermosos ojos azules en el rostro de su sobrino.

—Esta falta de actividad está haciendo estragos en nuestra moral —afirmó Alejandro—. Cada día que pasa es más notoria la existencia de una psicosis de derrota, de impotencia...

—Esa misma impresión la he captado entre los renacentistas —aseguró Fidel Aznar—. Claro que en su caso es distinto. Ellos no tienen siquiera una Armada Sideral con la que salir a luchar. No pueden hacer nada, excepto esperar a ver lo que hacen los tapos... y confiar en que si llega el momento les ofrezcamos un rincón en nuestro pequeño autoplaneta para sus “vetatom”. De hecho los renacentistas embarcarían hoy mismo.

—Es natural que piensen de ese modo —dijo Alejandro—. Aunque la mayoría de ellos han nacido en Atolón, los renacentistas no se sienten en el fondo vinculados al circumplaneta. Todos los esfuerzos de MacLane por crear en su pueblo un espíritu patriótico fueron vanos, como fueron inútiles los grandes sacrificios por crear una gran potencia militar de primer orden. Ahora que ha caído la

dictadura y pueden manifestarse abiertamente en sus opiniones, se ha visto claro que los renacentistas siempre consideraron su presencia aquí a título temporal, como un paréntesis en el tiempo hasta poder regresar a la Tierra y volver a encontrar a “Valera”. Nuestro caso es distinto. Los tapos habitamos este mundo desde hace un millón de años. El circumplaneta es nuestra verdadera patria, la sentimos en la sangre y no la dejaríamos, ni siquiera por la promesa de una vida más fácil y segura en la Tierra.

—Con ese condenado autoplaneta thorbod, desde ahora no hay lugar seguro para nadie en todo el Universo —dijo el Almirante Aznar volviendo al sillón que había abandonado al llegar su hermano.

—¿Es tan grande como dicen? —preguntó Fidel Aznar.

Fue Alejandro quien contestó:

—Evidentemente, los thorbod se empeñaron en hacer una copia aumentada sobre el modelo de “Valera”. No es un planetillo de “dedona”, sino de simple roca, pero tiene todas las demás ventajas de “Valera” y es más grande. Le hemos calculado un diámetro de cinco mil quinientos kilómetros, lo que supone en números redondos una superficie exterior de noventa y cinco millones, treinta y tres mil kilómetros cuadrados, y un volumen total de ochenta y siete mil, ciento trece millones, setecientos cuarenta y seis kilómetros cúbicos; es decir, tres veces mayor que “Valera” en superficie, y cinco veces más grande en volumen. Ignoramos cuál es su espacio interior hueco, aunque probablemente no será menor que el de nuestro “Valera”. Al parecer se trata de un planetillo artificial.

—¿Cómo crees que lo construyeron? ¿Tomaron los thorbod un planetillo cualquiera y lo ahuecaron excavando, o utilizaron una técnica más depurada, creando tal vez un centro de atracción gravitacional y reuniendo gas interestelar alrededor?

—Los thorbod emplean las fuerzas “G” y “aG” para impulsar, dirigir y frenar su autoplaneta. Puesto que conocen y utilizan las fuerzas gravitacionales, lo más seguro es que reunieran gas interestelar alrededor de un campo magnético, formando en primer lugar la bóveda. Una vez obtenida la bóveda el resto no debería ofrecer mayores dificultades. El gas interestelar sería atraído por el centro gravitacional artificial y se adheriría a la parte exterior de la

bóveda. Sometidas a enorme presión desde el interior de la bóveda, las sucesivas capas de gas se consolidarían hasta formar materia sólida... Más o menos, fue así como los viejos bartpuranos formaron el circumplaneta —terminó diciendo Alejandro.

Una leve sonrisa curvó los bien dibujados labios de Fidel Aznar.

—Considerando el tamaño del autoplaneta thorbod y comparándolo con los ciento veintidós mil, quinientos veintidós TRILLONES de kilómetros cúbicos de materia sólida del circumplaneta, calculo que los viejos bartpuranos debieron de echarle algo más de ciencia y de paciencia a su obra —dijo irónicamente.

Alejandro Aznar enrojeció ligeramente, lamentando haber subestimado la gigantesca obra de los bartpuranos. Fidel Aznar, hijo del anterior Almirante Aznar y de una dama bartpurana, era el único ejemplar vivo que quedaba de aquella raza de superhombres que fueron los bartpures, y no lo era del todo limpio, puesto que la mitad de su sangre era de origen terrícola. No obstante, si por la mezcla de sangres era un mestizo, podía considerárselo puro en cuanto a sus portentosas facultades psíquicas. Cuando Fidel fue engendrado, los científicos bartpuranos separaron cuidadosamente aquellos cromosomas maternos que harían que se perpetuaran en el nuevo ser los rasgos más notables de la vieja raza de la cual era el último descendiente.

El nombre bartpurano de Fidel Aznar era Adler Ban Aldrik; es decir, Adler Hijo de Aldrik, con lo que se perpetuaba el nombre de su ilustre abuelo materno.

—De todas maneras —añadió Fidel Aznar—, los thorbod demuestran haber alcanzado una alta técnica en este último millón de años. Efectivamente, con un autoplaneta de las características del suyo, pueden llegar a todas partes y hacer realidad su sueño de dominio universal.

—Naturalmente, conocerán también las máquinas “Karendón”.

Esta observación había brotado como un suspiro de los delgados labios del Almirante Miguel Ángel Aznar, hundido en su confortable butaca con la mirada perdida en un punto inconcreto del espacio que se dominaba a través del enorme ventanal acristalado.

—Eso podemos darlo por seguro —respondió Alejandro, quien rompiendo la tradición castrense de la familia se había inclinado

por la rama de la ciencia—. Es mucho más sencillo inventar la “Karendón” que descubrir la técnica de los vuelos subespaciales o hiperespaciales. La investigación sobre la transmutación atómica comenzó en el siglo veinte, y los thorbod habrán tenido mucho tiempo para seguir investigando hasta culminar en las “Karendón”.

—¡Demonios de thorbod! —exclamó Miguel Ángel Aznar sacudiendo la cabeza—. No sólo hemos vuelto a dar con ellos, sino que les encontramos más fuertes, y probablemente más decididos que nunca a conquistar el orbe. Ese autoplaneta suyo es un peligro. De alguna forma debemos de destruirlo.

—Siempre he oído hablar de los thorbod en los términos más execrables... y todavía recuerdo aquellos telefilmes de la televisión de “Valera”, donde los thorbod representaban el papel del malvado incorregible, que al final resultaban castigados por los buenos, que eran los terrícolas —dijo Fidel Aznar, que continuaba de pie en el centro de la sala.

—Tú nunca has visto un thorbod de verdad —aseguró el Almirante—. Aquellos eran de pacotilla, con una careta de goma y las piernas y brazos envueltos en algodón. Ni siquiera mi padre conoció a los hombres grises verdaderos. Sin embargo, había algo que trascendía de aquellos telefilmes, con su ingenuidad y sus exageraciones; el temor ancestral del terrícola a los thorbod. La Humanidad nunca ha tenido peor enemigo que los hombres grises, ni siquiera los sadritas, a pesar de que éstos nos expulsaron del Reino del Sol y ocuparon los planetas terrícolas durante dieciséis mil ciento veinte años. Pero durante la ocupación de los sadritas no vivía un solo hombre en la Tierra. Fue mucho peor, aún siendo más corto, el período de mil novecientos veintitrés años que duró la ocupación de los hombres grises. Los thorbod siempre han tenido dificultades para la procreación. Son hermafroditas, es decir, cada individuo posee los dos sexos a la vez. Pero por alguna razón congénita no pueden procrear a voluntad, haciéndolo generalmente sólo un par de veces en el curso de su vida. Los thorbod, además, son de desarrollo lento. Necesitaban mano de obra abundante para acudir a tantas tareas como querían realizar, y recurrieron a los terrícolas en cautiverio. Durante esos diecinueve siglos, los thorbod se ensañaron con los terrícolas como jamás ninguna raza lo ha hecho con otra. Les emparejaban como bestias, obligando a las

hembras a una fecundidad brutal para cubrir las enormes bajas que se producían entre los esclavos en virtud de los duros trabajos que éstos realizaban en las fábricas, en los campos de cultivo y en las minas de las malsanas selvas de Venus y Ganímedes, en las peores condiciones de trato, de alimentación y salubridad. Los thorbod han sido el azote de la Humanidad, y ésta sufrió tanto durante su dominación, que su recuerdo permanece imborrable en la mente del terrícola, como transmitido genéticamente con los demás rasgos de la herencia. Tanto ha sido así, que hasta fecha reciente todavía era obligatorio el estudio de la lengua thorbod entre los astronautas de la Armada Sideral valerana. Parecía existía como un temor premonitorio a volver a encontrarse con esa raza maldita algún día... ¡y ese encuentro se ha realizado en el peor momento y en las peores condiciones para nosotros!

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces —observó Fidel Aznar—. La pura verdad es que los valeranos, viajando continuamente de un lado a otro, viven en un tiempo anclado en el pasado. Ha transcurrido bastante más de un millón de años desde la última vez que los terrícolas tuvieron contacto con aquellos thorbod de la antigüedad. En un millón de años nació, floreció y se extinguió sin dejar rastro la civilización que los valeranos trajeron a este circumplaneta. Si allá en la Tierra existe todavía una humanidad, ésta debe haber evolucionado de tal modo que tal vez no encontremos sino remotos puntos de contacto entre nosotros y aquella civilización adelantada. Pero esto no debe haber ocurrido solamente con las civilizaciones terrícola y atolonita; los thorbod también han debido evolucionar. La finalidad de toda la vida inteligente dispersa en el Universo consiste en la búsqueda continua de la perfección suprema. No es concebible que al cabo de un millón de años los thorbod sean peores de lo que eran cuando dominaron y esclavizaron a la humanidad terrícola. También ellos habrán mejorado.

—¡Vaya, ya salió el místico redentor de almas! —exclamó irónicamente el Almirante—. ¡Si a lo mejor resulta que los temidos thorbod de antaño son ahora unos angelitos!

Las pullas de Miguel Ángel Aznar contra su hermano solían ser, por lo general, lacerantes. Aunque era indudable que se querían, existía entre ambos una incompatibilidad congénita, motivada por

el hecho de que, siendo hijos de distinta madre, Fidel Aznar era un paragnóstico nato, mientras que Miguel Ángel no estaba siquiera a la altura de las facultades, también paragnósticas, de sus propios hijos.

—No es ningún disparate —dijo Alejandro—. En un millón de años hasta los thorbod podrían haber cambiado.

—Tal vez podrían, si estuviera en su ánimo hacerlo —replicó malhumorado Miguel Ángel—. El ser humano posee en sí mismo la facultad connatural de discernir entre el bien y el mal. Una condición indispensable para mejorar es admitir que uno no es perfecto. Pero ese no es el caso de los thorbod. Ellos se consideran perfectos. En tal caso, ¿para qué querrían mejorar? Su orgullo, su soberbia, no son de este mundo. Son seres diabólicos.

—¿Cómo puedes afirmar lo que no sabes? —protestó Fidel Aznar—. Nunca has visto un thorbod.

—¿Les has visto tú acaso? ¿Has hablado con alguno de ellos?

—No, pero espero poder hacerlo pronto.

—¿Cuando ellos nos invadan tal vez?

Fidel sacudió su enorme y rubia cabeza, de pelo cortado al rape.

—El presidente me ha llamado —dijo casi entre dientes.

—¿Cuál presidente? —interrogó Miguel Ángel sorprendido.

—Me refiero al señor Da Hera, claro está. El Gobierno está intentando concertar una entrevista con el alto mando thorbod. Si ésta llega a realizarse, el presidente quiere que forme parte de la embajada. Veo que te ha molestado —observó Fidel Aznar.

—¿Molestarme? —rugió Miguel Ángel saltando en pie—. Como jefe del Servicio de Inteligencia, creo que debería haberseme informado de todo ese tejemaneje.

—No se trata de un asunto militar, sino de una gestión política —dijo Fidel tratando de apaciguarle.

Pero el rejuvenecido Almirante se percató de la intención de su hermano, la cual consideró humillante. Fidel, incluso Alejandro, jugaban con ventaja sobre él. Podían leer su pensamiento, cosa que Miguel Ángel no podía hacer a la recíproca.

—Hace solamente tres meses yo era todavía el presidente de este país —dijo echando fuego por los ojos—. No estoy tan desvinculado de la política actual que no mereciera siquiera la delicadeza de ser consultado.

Alejandro acabó de estropearlo todo diciendo con acento paternal:

—Has estado hablando demasiado últimamente, papá. Tus declaraciones en la televisión sembraron el temor y el desaliento en el país. El Gobierno conoce tus opiniones acerca de los thorbod. Saben de sobra que no aprobarías la idea de pactar con los thorbod. ¿Para qué iban a consultarte?

—¿De modo que yo hablo demasiado? —estalló el Almirante.

—Inoportunamente, diría yo —rectificó Alejandro.

—¡Demasiado e inoportunamente! Bien, haced todos los arreglos que queráis con los thorbod. El tiempo demostrará quién estaba en lo cierto; si vosotros, con vuestras ideas acerca de la evolución de los thorbod, o yo con mi idea de que todo trato con esos monstruos es imposible. ¿Pero, es que todo el mundo se ha vuelto imbécil en este país? ¿Cómo se pueden obtener ventajas del enemigo negociando desde una posición de debilidad? Los thorbod no harán ninguna concesión, por la sencilla razón de que no tienen necesidad de hacerlas. Durante meses nos han espiado, han escuchado nuestros programas de radio, han visto nuestra televisión, incluso han andado de un lado a otro por estos planetas sin que nosotros nos apercibiéramos de su presencia. Pueden tomar el circunplaneta en el momento que quieran. ¿Qué es entonces lo que vamos a ofrecerles?

Fidel y Alejandro cambiaron entre sí una mirada de inteligencia. Miguel Ángel Aznar sabía que los dos se comunicaban telepáticamente, tal vez censurándole o burlándose de él. Pero lo que el Almirante pensaba también fue captado por su hijo y su hermano. Las suspicacias del Almirante acerca de estas experiencias fenomenológicas eran harto conocidas por los dos.

Fue Fidel Aznar, quien asumiendo el deber de deshacer el error del Almirante, indicó con voz pausada:

—Estamos en todo de acuerdo contigo, hermano. Sólo discrepamos en una cosa; tú consideras a los thorbod como “el enemigo”. Nosotros queremos comprobar si realmente lo son. Tú sabes que no podrán engañarnos con simples palabras. Cualquier propósito tenebroso que se esconda tras sus palabras lo descubriremos en su pensamiento. Es por esa sola razón que el presidente Da Hera desea que yo forme parte de esa embajada. El

piensa que soy la persona más calificada para descubrir las intenciones de los thorbod.

El propio Miguel Ángel estaba convencido de ésto. Nadie como Fidel poseía tan agudizado el sentido de la percepción telepática.

—¿Pero, por qué no han consultado conmigo? ¿Por qué han tenido que mantenerme al margen de este asunto? —protestó Miguel Ángel lleno de amargura.

—Probablemente Da Hera teme que ataques su iniciativa de parlamentar con los thorbod, haciendo inviable la misma entrevista. No es que esperamos mucho de ella. Pero puesto que, según tú mismo, todo está perdido, nada se pierde con probar.

Esta explicación pareció calmar al Almirante, aunque no del todo. Para Miguel Ángel Aznar sólo existía una razón capaz de explicarlo todo. ¡Ingratitud!

CAPÍTULO SEGUNDO

Transferidos desde la estación misora de Molli a comisiones parlamentaria tapo fueron materializados a bordo de un patrullero de la Armada Sideral. El patrullero puso en marcha sus motores fotónicos, y acelerando uniformemente a 100 metros por segundo salvaba en ocho horas los veinte millones de kilómetros que le separaban del autoplaneta thorbod.

En los últimos cien mil kilómetros, mientras el patrullero desaceleraba, el autoplaneta thorbod se mostraba a los ojos de los parlamentarios más cerca de lo que nunca lo habían visto a través de los telescopios de largo alcance. En este momento se hacía notar una potente interferencia, destinada sin duda a impedir que el patrullero enviara señales de televisión a tierra. Medida inútil puesto que, siguiendo las instrucciones del mando thorbod, el patrullero no estaba emitiendo entonces, pero grababa en video todo cuanto se ofrecía al alcance de sus cámaras de televisión.

El autoplaneta thorbod era realmente imponente; un planetillo de 5.500 kilómetros de diámetro, con una superficie de algo más de noventa y cinco millones de kilómetros cuadrados, equivalente a la suma de la superficie de cuatro continentes terrícolas: Europa, Asia, África y Oceanía.

Iluminada parcialmente por el sol de Atolón, semejaba una pálida luna, ofreciendo un paisaje desolado, uniformemente ondulado, con escasas alturas y algunos cráteres, señales sin duda de los astrolitos que en alguna ocasión llegaron a hacer impacto en su superficie. Al igual que “Valera”, el autoplaneta thorbod carecía de atmósfera exterior, y estaba fuertemente artillado mediante rampas lanza-misiles y baterías de proyectores de “luz sólida”.

Los thorbod habían sacado al espacio un millón de buques de combate, los cuales aparecían reunidos en grupos girando en una

órbita de satélite alrededor del planetillo. Por tamaño y características estos buques no debían diferir mucho del tipo de crucero Stelar de la Armada Valerana. Una escuadrilla de ellos se acercó al patrullero de la Armada Sideral tapo para escoltarle en los últimos millares de kilómetros.

La voz áspera de un oficial de control thorbod, con acento marcadamente nasal y empleando un castellano antiguo, dio al piloto del patrullero las instrucciones precisas para el aterrizaje de éste en el lugar indicado. En la Armada Sideral Valerana, después de milenios, todavía era obligatorio el estudio del idioma thorbod. En la Armada thorbod debía ocurrir algo parecido. El castellano de los terrícolas había cambiado en el curso de los siglos, y el mismo idioma thorbod también parecía ligeramente modificado, pero no existía dificultad para entenderse, bien fuera en uno o en otro idioma.

Los parlamentarios tapos no conocían la lengua thorbod y tuvieron que aprender este idioma pocas horas antes de dirigirse al encuentro de los hombres grises. La designación de los miembros fue largamente discutida. El presidente Da Hera, que en principio debería haber formado parte de la embajada, desistió a última hora en vista de la actitud displicente de los thorbod.

Acaso el Almirante Aznar estuviera en lo cierto cuando aseguraba que los thorbod no habían cambiado. Primeramente se hicieron los sordos. Cuando más tarde respondieron al requisito del Gobierno tapo, se fingieron sorprendidos y preguntaron para qué era necesaria aquella entrevista. Luego rechazaron la invitación de los tapos a visitar Maquetania, haciendo una contrapropuesta para que una delegación tapo fuera a parlamentar al autoplaneta. Los tapos aceptaron.

Aunque la entrevista pudo haberse realizado también por televisión, instalados cómodamente el almirante mayor thorbod y el presidente tapo en sus respectivos despachos, ambos parecían tener motivos secretos para buscar un encuentro personal.

El deseo de los tapos era claro. Los tapos poseían facultados paragnósticas extraordinarias, entre ellas la telepatía. En una entrevista a través de la televisión, desde millones de kilómetros de distancia, el presidente Da Hera no podría penetrar en las intenciones ocultas de la mente del almirante thorbod. Por el

contrario, en una entrevista de persona a persona, el presidente y sus acompañantes estarían en condiciones de ventaja, pudiendo adivinar el pensamiento de sus interlocutores.

Si la razón de los tapos estaba clara, ¿cuál era la intención de los thorbod? ¿Habían desarrollado éstos, como los terrícolas, sus facultades psíquicas, hasta alcanzar las ventajas de la telepatía?

Todavía se hacía Fidel Aznar esta pregunta cuando el patrullero, siguiendo las instrucciones que recibía por radio, fue a posarse sobre una gran explanada de hormigón próxima a un alto acantilado. La falta de atmósfera hacía muy compacta la enorme sombra que el acantilado proyectaba sobre el suelo, a tal punto que no era posible ver lo que quedaba cubierto por ésta.

En el momento que el patrullero se posaba verticalmente sobre la explanada de hormigón, vieron a través de la pantalla de televisión una nube de polvo que avanzaba rápidamente. Luego, de esta nube de polvo, surgieron media docena de vehículos todo-terreno, especie de automóviles blindados que se movían sobre orugas.

La comisión parlamentaria tapo estaba formada por seis individuos; el secretario de Estado, señor Oria Dolf; el secretario de Defensa, almirante Jul Luva, el presidente del Congreso, señor Nodgo; el líder del partido de la oposición, señor Leiba; otro senador llamado Nitor, y por último Fidel Aznar.

Equipados con sus armaduras de vacío los seis parlamentarios entraron en la cámara de descompresión. Mientras esperaban a que el aire escapara de la esclusa encendieron sus aparatos de radio individuales. La luz verde se encendió sobre el marco de la puerta de “dedona”. Luego la puerta se abrió y por el redondo hueco vieron a los thorbod que esperaban de pie junto a los vehículos.

Lo primero que notaron al desembarcar fue una súbita disminución de peso. Este fenómeno entraba dentro de las previsiones, ya que el autoplaneta thorbod tenía una masa inferior a la de la Tierra. Mientras desembarcaban escucharon en sus auriculares la voz áspera de un hombre gris:

—Diríjanse por parejas a los vehículos. Solamente dos en cada automóvil, dense prisa.

Los vehículos, grandes y de aspecto sólido, estaban parados en una fila. Junto a cada uno de ellos se veían dos thorbod armados,

enfundados en sus recias armaduras de diamantina teñidas de azul oscuro. El oficial que parecía mandar el convoy hizo imperiosas señas a los tapos. Éstos se agruparon por parejas, correspondiéndole a Fidel el senador señor Leiba.

Dos thorbod subieron al automóvil en la banqueta que estaba detrás de los parlamentarios.

La caravana se puso en marcha, alejándose del patrullero, que pronto quedó atrás. Los vehículos rodaron en silencio sobre la explanada de hormigón y luego se adentraron por un camino polvoriento entre informes rocas grises, algunas de las cuales aparecían pintadas con pintura roja fluorescente. El convoy entró en la compacta sombra del acantilado y allí los conductores se vieron obligados a encender los faros. Los trazos de pintura roja en las rocas brillaban en la oscuridad señalizando el camino.

El alto acantilado estaba más cerca de lo que parecía a la vista y el viaje resultó más corto de lo que se esperaba.

Al salir de un recodo del camino vieron enfrente un rectángulo iluminado. Los vehículos-oruga pasaron sobre un puente de frágil apariencia, enfilando en línea recta el rectángulo iluminado, que luego resultaría ser una puerta.

En efecto, poco después la caravana cruzaba bajo el alto umbral de la puerta y entraba en una especie de amplio hangar de altos techos sostenidos por columnas y arcadas de acero.

Todavía recorrieron los vehículos un buen trecho en el interior del hangar hasta detenerse junto a un muro gris.

—¡Desembarquen! —ordenó rudamente el oficial thorbod.

Los seis parlamentarios se reunieron de nuevo ante una puerta de acero bastante angosta. La puerta se abrió y los visitantes fueron invitados a entrar por medio de señas. Era una cámara de descompresión.

Solamente el oficial thorbod, entonces sin armas, siguió a los parlamentarios al interior de la cámara. La puerta exterior de ésta se cerró, esperando todos mientras era insuflado aire hasta igualar la presión de la atmósfera que había al otro lado de la puerta. Junto al grupo parlamentario tapo el oficial thorbod guardaba silencio. Era un tipo gigantesco, que sacaba a Fidel Aznar toda la cabeza, y eso a pesar de que el bartpurano medía sus buenos dos metros de estatura. Enfundado en su recia armadura negra el thorbod no

parecía distinto de los tapos, excepto por su gran talla. Pero existían notables diferencias orgánicas entre los hombres grises y los terrícolas.

Como el terrícola, el thorbod era un animal vertebrado, pero su esqueleto y la forma de sus músculos eran distintos. El thorbod no tenía corazón ni pulmones. Su sangre era un líquido incoloro y viscoso parecido a la savia de las plantas, y en cierto modo podía asegurarse que participaba más de las características del vegetal que del animal. Al igual que las plantas, el thorbod u hombre gris respiraba a través de los poros de la piel. Sin embargo, se alimentaba a través de un aparato digestivo que, aunque más simplificado, no difería sensiblemente del terrícola.

El thorbod era una criatura constituida para durar mucho. Crecía despacio, pero alcanzaba un desarrollo extraordinario y llegaba a vivir ochocientos años en circunstancias normales.

Fidel Aznar, cuya curiosidad científica no tenía límites, esperaba no fracasar en su intento de penetrar el pensamiento de los thorbod. El pensamiento era el único idioma común a todas las formas de vida inteligente que habitaban la inmensidad del Cosmos. La Naturaleza solía servirse de una variedad de formas casi ilimitadas. El mecanismo del cerebro del terrícola era distinto de los sadritas, y el de los ghuros difería a su vez de ambos. Pero estaba demostrado que, cualquiera que fuera la mecánica del cerebro, el resultado era el mismo para todos. Terrícolas, sadritas, ghuros y thorbod coincidían en lo esencial; todos pensaban.

Fidel Aznar ya había iniciado un cauteloso intento de contactar con el pensamiento del thorbod, cuando se vio obligado a suspender el experimento. Se encendió una luz verde sobre el marco de la puerta, y ésta se abrió.

—Salgan —ordenó el thorbod.

Al salir de la cámara se encontraron en un amplísimo corredor de muros metálicos. Casi un centenar de thorbods se encontraban allí formando grupos, mirándoles con curiosidad. Por primera vez los tapos vieron a los temidos hombres grises sin escafandra ni armadura.

Los curiosos, al parecer libres de servicio, vestían mono negro de mecánico. Los había de todas las estaturas, ninguno más bajo de un metro ochenta centímetros por lo menos. La Naturaleza no había

sido generosa con los thorbod a la hora de adjudicarles su belleza. Realmente eran feos.

Lo más aparente del thorbod era su gran cabeza en forma de huevo, con un cráneo mondo y lirondo, pelado como una bola de billar. La frente, alta y abombada, ensombrecía la expresión de unos ojos redondos y enormes, de pupila dorada, parda o de color gris, que ofrecía la particularidad de estar hendida verticalmente, como las de los gatos. Una corta, rugosa y móvil trompa, sustituía a la nariz. Bajo esta trompetilla aparecía una boca repugnante, sin labios y casi sin maxilar inferior, provista de afilados dientes. Sus orejas eran grandes, largas y puntiagudas, y estaban cubiertas de un vello corto y fino.

El oficial thorbod se despojó de la escafandra, indicando a los tapos que podían desprenderse de las suyas. Así lo hicieron los parlamentarios, siguiendo luego al oficial hasta un ascensor que les llevó varios pisos más arriba. Cuando salieron del ascensor se vieron en otro amplio corredor, que a diferencia del primero tenía el piso cubierto de moqueta roja. Los parlamentarios fueron introducidos en una sala de estar de dimensiones generosas, donde el mobiliario estaba formado por cierto número de divanes, sillones y mesitas. En dos de los muros se veían sendas pantallas de televisión, entonces apagadas.

—Esperarán aquí —dijo el oficial thorbod.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó el secretario, señor Dolf.

—No —fue la seca respuesta del thorbod—. Permanezcan de pie y no toquen nada.

—¡Qué falta de cortesía! —murmuró el señor Dolf.

—Tal vez no debimos haber venido —dijo el almirante Jul Luva—. Presiento que nuestra misión está condenada al fracaso.

—No se desanimen —dijo Fidel Aznar—. No hemos venido en viaje de placer, sino cumpliendo un deber.

Los tapos guardaron silencio.

Una hora y veinte minutos tendrían que esperar hasta la llegada del almirante mayor thorbod. Durante la espera Fidel Aznar contactó con el pensamiento del oficial thorbod.

Las ideas del oficial fluctuaban pasando de un tema a otro sin coherencia:

“¡Qué aspecto tan raro tienen estos terrícolas! —se decía el

thorbod, demostrando la validez del aserto de que la belleza estaba en los ojos de quien la veía—. Y todavía voy a tener que esperar largo rato, porque es seguro que el almirante mayor no acudirá en seguida. Tiene que hacer esperar a los terrícolas para que estos estúpidos no crean que estamos ansiosos por dialogar con ellos. ¿Para qué habrán venido? ¿Son tan necios que piensan en serio que vamos a darles ninguna ventaja?”

“La guerra será corta, somos muy superiores a ellos, y sobre todo, les superamos en moral. Están acobardados, pero tal vez luchén, en cuyo caso puedo tener la oportunidad de que me asciendan”...

“Ya sería hora, tengo trescientos cuarenta y seis años y ese ascenso está tardando en llegar. Entonces iré a vivir en la urbanización de los almirantes”...

“Esta Khaufma me está jorobando, no sé para qué demonios ha consentido en recibir a esta gente. Se dice que poseen facultades extraordinarias, entre ellas la de adivinar el pensamiento. No debe ser cierto, o Khaufma no se arriesgaría a que descubran los planes que tiene en mente... Bueno, tal vez no les permita regresar a su casa, en cuyo caso tanto da que lean lo que piensa Khaufma”...

Fidel Aznar llegó a la conclusión de que el oficial thorbod era un tipo bastante estúpido, con un coeficiente de inteligencia bajo. Esto le sorprendía, sobre todo teniendo en cuenta la fama de inteligentes que gozaban los thorbod en el recuerdo de los terrícolas. Tal vez los hombres grises habían evolucionado poco, mientras los terrícolas continuaban escalando metas, tanto en el plano intelectual como espiritual...

El zumbador de un teléfono rompió el largo silencio de la espera. El thorbod fue a coger el aparato, escuchó y dijo en su idioma:

—Los extranjeros están esperando... de acuerdo, sí.

Colgó el aparato y se volvió hacia los expectantes parlamentarios.

—Su excelencia el duque Khaufma, almirante mayor de este autoplaneta, va a entrar en unos minutos. Cuando entre su excelencia ustedes le saludarán con una inclinación, de esta forma, y permanecerán así hasta que él les autorice a erguirse.

El thorbod demostró cómo debían hacerlo, doblando la cintura e

inclinándose hasta que crujieron las piezas de su armadura. Los tapos cruzaron entre sí una mirada de asombro.

—Hagámoslo como ellos quieren, ya que esa es su costumbre a lo que parece —dijo el doctor Fidel Aznar.

El oficial thorbod instruyó a los tapos para que se situaran en una línea de cara a la puerta por donde debía entrar el almirante mayor. La puerta se abrió violentamente minutos después, empujada por un oficial thorbod que vestía un uniforme negro con coraza de diamantina esmaltada de porcelana verde, con dibujos y fileteados dorados, el acerado casco bajo el brazo, el cual anunció estentóreamente:

—¡Su excelencia el duque Khaufma, almirante mayor del autoplaneta “Argos”, comandante jefe de las Fuerzas Expedicionarias Imperiales!

El oficial se hizo a un lado, sosteniendo la puerta abierta. Un nuevo personaje apareció cubriendo todo el hueco de la puerta. Era un thorbod gigantesco, de unos dos metros y medio de estatura, vestido de azul oscuro y cubierto el tórax por una coraza negra con esmaltes verde y oro, y un casco dorado con cimera de plumas amarillas y blancas, que le daban un ridículo aspecto.

Los seis parlamentarios se inclinaron doblando la cintura cuanto les permitía la articulación de sus armaduras, permaneciendo en esta posición hasta que el oficial ordenó casi gritando:

—¡Incorpórense!

El almirante mayor, duque Khaufma, contempló detenidamente a los tapos. Por detrás del duque entraron otros dos oficiales que cerraron la puerta a sus espaldas.

—¿Quién de vosotros es el presidente? —preguntó en lengua thorbod.

Fue el señor Oria Dolf quien contestó en el idioma de los thorbod:

—El presidente Da Hera no ha venido, excelencia. Yo le represento en mi condición de secretario de Estado.

Como se temía, el duque Khaufma montó en cólera.

—¿De modo que vuestro presidente no ha venido? ¿Y me envía a sus inferiores a parlamentar conmigo? ¡Después de haber rogado tanto para que le concediera esta entrevista! ¿Quién se figuran que soy? ¡Soy el duque Khaufma, almirante mayor de este autoplaneta y

comandante jefe de las Fuerzas Armadas Expedicionarias del Imperio! ¡Soy mil veces más poderoso e importante que su presidente!

Mientras el duque arrojaba sus diatribas como venablos, Fidel Aznar le observaba atentamente. Estudió en primer lugar su aura, aquella especie de flujo eléctrico que emanaba de todos los seres vivos, incluso de las plantas, y que sólo los ojos de un paragnóstico eran capaces de ver sin auxilio de aparatos especiales.

El aura del duque Khaufma era distinta de la de los humanos, cosa lógica, ya que se trataba de un ser constituido de forma también distinta. Ésta era un aura que Fidel Aznar veía por primera vez, pero juzgando por su luminosidad casi podía asegurarse que el duque Khaufma era un individuo vigoroso, de tipo colérico, y que gozaba de buena salud.

Generalmente, por el estudio del aura podía determinarse el estado de salud del individuo, pero no era el estado de salud lo que entonces interesaba a Fidel Aznar, sino su pensamiento, sus ideas ocultas, sus intenciones.

—Debería echaros a patadas —dijo el duque—. Pero ya que estáis aquí, decidme ¿qué quiere de mí vuestro presidente?

—Excelencia —dijo el secretario de Estado—, la nación tapo, a la cual representamos, se siente intranquila con la llegada de vuestro autoplaneta. Ignoramos cuáles son vuestras intenciones, y nos preocupa saber si estáis sólo de paso, o si abrigáis algún propósito hostil que ponga en peligro la paz y la seguridad de los habitantes de estos mundos.

—¿Sólo eso queréis saber? —respondió el duque—. Bien, os diré lo que pienso. El circumplaneta es muy grande y está poco poblado. Los thorbod necesitamos nuevos territorios donde acomodar nuestros excedentes de población, y este hiperplaneta cumple todas las condiciones necesarias. Los thorbod podremos vivir en él sin que se nos planteen problemas de espacio en muchos milenios.

¿Debemos entender entonces que vuestro propósito es quedaros a perpetuidad en el circumplaneta?

—Es lo que estoy diciendo. ¿O no me he expresado bien?

—¡Pero el circumplaneta ya está habitado, excelencia! Allí viven ghuros, tapos y terrícolas, incluso mantis —dijo el secretario de Estado—. ¿Podemos preguntaros qué habéis dispuesto respecto a los

atolonitas, entendiendo por tales a todas las razas que actualmente lo habitan?

—El circumplaneta es muy grande —respondió el duque Khaufma—. Allí hay lugar para todos... al menos de momento. En el futuro será distinto. A fecha más o menos larga, la lógica expansión de nuestro pueblo exigirá nuevos territorios, cada vez más amplios. Si esos territorios están ocupados por terrícolas o ghuros, tendréis que abandonarlo en beneficio de los nuevos colonos. Una sabia decisión, por vuestra parte, sería evacuar vuestro territorio lo más pronto posible. No es que haya verdadera urgencia por nuestra parte, pero debéis acostumbraros a la idea de que permaneceréis en el circumplaneta a título temporal. Es inútil, por lo tanto, que emprendáis nuevas obras, ni siquiera que os molestéis en restaurar lo viejo. Como primera medida de prudencia ejerceremos un severo control de la natalidad sobre vuestro pueblo. No permitiremos que nazcan nuevos niños, ¡ni siquiera uno más! Y, por supuesto, tampoco permitiremos que construyáis más esferonaves, aunque os permitiremos conservar las que ya tenéis para la defensa de vuestro territorio...

Los parlamentarios tapos escuchaban asombrados las condiciones que, como sin conceder importancia, iba dejando caer el duque Khaufma. La primera reacción vino de parte del secretario de Defensa, almirante Jul Luva:

—¿Qué decís? Eso es una monstruosidad, supone, sencillamente, la renuncia a todo futuro de nuestro pueblo.

—El pueblo terrícola jamás tuvo futuro, ni antes ni ahora. Sois una raza débil y degenerada, condenada a su total extinción. Con el tiempo sólo una raza habitará el Universo ¡los thorbod!

Oria Dolf se sumó a la protesta de Luva diciendo:

—Vuestras condiciones son muy duras. Los tapos no las aceptarán.

Khaufma dejó escapar violentamente el aire por su trompetilla produciendo un extraño sonido.

—Os ofrezco la oportunidad de abandonar pacíficamente el circumplaneta, en lugar de aniquilaros en una guerra que de seguro perderíais, ¿y os permitís rechazar mi proposición?

Contestó el almirante Luva incisivamente:

—Tal vez, vuestra generosidad sea una consecuencia impuesta

por las circunstancias. Seguramente no sois tan fuertes como pretendéis hacernos creer. ¿Cuántos hombres tenéis en vuestro autoplaneta? ¿Cuántos buques tenéis, además de los que nos habéis mostrado? Un millón de buques no representan una superioridad neta sobre nuestras diez mil esferonaves. Cada esferonave tiene tanta potencia de fuego y puede transportar tantos torpedos y caza-interceptores como cien de vuestros buques. A los thorbod os conviene pactar con los tapos, sencillamente porque necesitáis tiempo para incrementar la potencia de vuestra armada. Pienso, y creo no equivocarme, que si tuvierais una superioridad absoluta sobre nosotros no os molestaríais en ofrecernos un pacto.

Fue en este diálogo cuando Fidel Aznar captó los pensamientos de la mente de Khaufma. El duque estaba furioso y gritó:

—¡No he sido yo quien ha ido a buscaros y rogaros, sino vosotros quienes habéis venido a mí!

De nuevo tomó la palabra Oria Dolf, en un último intento por salvar del fracaso su misión negociadora:

—Es cierto, los tapos hemos acudido a ti esperando encontrar una actitud abierta a la conciliación y al diálogo, pero nos habéis decepcionado.

—¿Hubierais preferido que os fuera con mentiras y promesas que no estaba en mi ánimo cumplir? —replicó el desconcertante duque—. Los tapos tenéis fama de adivinar el pensamiento, por lo tanto, hubiera sido inútil tratar de engañaros. Os declaro abiertamente nuestras intenciones, y casi parece que me lo reprocháis. ¡Extraordinario! Los terrícolas siempre habéis sido unas criaturas irracionales.

—¿Hablarás a los ghuros con la misma sinceridad que a nosotros, duque Khaufma? —preguntó el secretario de Estado.

—No haré trato alguno con los ghuros. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Los ghuros suman más de quince mil millones en todo el circumplaneta. Su punto débil es la falta de unidad entre sus mini-estados, pero pueden ponerse de acuerdo ante una emergencia y unir sus fuerzas para hacer frente a un peligro común.

—¿Cuáles fuerzas? Los ghuros no tienen siquiera una flota que oponer a nuestra poderosa armada. No pueden impedir que desembarquemos en el circumplaneta, en el momento y en el lugar

que queramos. Además, ¿por qué os preocupáis por los ghuros? Ni siquiera son vuestros aliados. Dejad a los ghuros con sus problemas y ved de solucionar los vuestros.

—Nuestro problema es que no nos dais opción a escoger, Khaufma. Como es lógico los tapos no abandonarán su territorio sin haberlo defendido —dijo el almirante Luva.

—¿Llamáis a eso una actitud lógica? —replicó Khaufma—. Admito que se acepte correr un riesgo cuando existe una posibilidad razonable de obtener la victoria. Para los tapos no queda una probabilidad entre un millón. ¿Qué objeto tiene entonces sacrificar millones de vidas en una resistencia inútil?

—No se lucha solamente por una victoria fácil —replicó Luva—. Se puede luchar incluso a sabiendas de que todo está perdido; por rebeldía, por dignidad... por amor a la tierra donde uno ha nacido... o por odio contra aquellos que quieren arrebatarémosla.

Fidel Aznar, que seguía atentamente el desarrollo de las ideas de Khaufma, pudo asistir a la confusión que las palabras de Luva creaban en la mente del almirante thorbod. Entonces comprendió que la mentalidad de los hombres grises no había evolucionado. Khaufma era básicamente idéntico a todas las generaciones que le habían precedido; un ser intrínsecamente lógico, para quienes todos los actos de la vida estaban ordenados por la inflexible ley del más puro pragmatismo. Según ésto, el único criterio válido para juzgar la verdad de toda doctrina científica, moral o religiosa, se fundaba en sus efectos prácticos.

El alma del thorbod era de una aridez sin calificativos. Se trataba de un ser, ni hombre ni mujer, que ignoraba el placer sexual y no conocía el amor, ni siquiera el amor de los hijos. Frío, egoísta y calculador, la vida del thorbod transcurría en un sórdido ambiente de intrigas y traiciones, cada uno luchando individualmente por elevar su nivel social. La agresividad era consustancial con el ser mismo de esta extraordinaria criatura, y su actitud disciplinada frente al poder del Estado solamente expresaba su temor al castigo. En el fondo el thorbod era una criatura indómita e indomesticable.

—Nunca acabaré de comprenderos —dijo el duque—. Los terrícolas sois unas criaturas muy extrañas.

—Si nos lo permites regresaremos a Maquetania para dar cuenta de nuestra gestión —dijo Oria Dolf.

Fidel Aznar vio con alarma que el duque vacilaba. Fue sólo cuestión de un segundo, pero en la brevedad de ese instante se decidió entre la vida y la muerte de los seis emisarios tapos. Khaufma pensó primero en retenerles prisioneros, pero inmediatamente desistió de su idea. Todavía tenía esperanzas de que la nación tapo evacuara el circumplaneta sin lucha.

Khaufma hizo un gesto con la mano y pronunció una sola palabra:

—Regresadlos.

Luego dio media vuelta brusca. Uno de sus oficiales abrió la puerta. El almirante mayor abandonó la habitación sin una palabra de despedida, seguido de sus altivos oficiales. Solamente quedó allí el thorbod que había servido de guía a los parlamentarios tapos.

—Síganme —dijo el thorbod secamente.

Desandando el mismo camino que habían seguido al llegar, decepcionados por el resultado de su misión, pero contentos de haber salvado la vida, los parlamentarios regresaban poco después al patrullero, el cual encontraron en el mismo lugar donde lo habían dejado.

Apenas se había cerrado la sólida puerta de “dedona” de la cámara de descompresión tras el último parlamentario, cuando utilizando el teléfono de la misma cámara el almirante Luva ordenó:

—Comandante, encienda los motores y salgamos de aquí rápidamente, antes de que se arrepientan y nos derriben.

Todos se habían dado cuenta del peligro en que habían estado durante aquel crucial segundo en que Khaufma duró entre retenerles o dejarles marchar.

—Khaufma todavía confía en que los tapos abandonemos el circumplaneta sin lucha —dijo el secretario de Estado, coincidiendo con la primera apreciación de Fidel Aznar.

—En buena lógica así deberíamos hacerlo —dijo este último mientras esperaban a que la presión del aire subiera en la cámara—. Ahora sabemos por qué Khaufma no opuso reparos a que nos entrevistáramos directamente con él. Es un tipo astuto y quería que nos convenciéramos por nosotros mismos de su fuerza. En efecto, todavía tiene medio millón de buques en reserva en el interior del autoplaneta, y sus tropas ascienden a cuatro mil millones de hombres, que vienen almacenados en forma de cintas perforadas,

por un sistema análogo al de nuestras máquinas “Karendón”. Con cuatro mil millones de adultos los thorbod pueden iniciar con éxito la colonización del circumplaneta. No habrá fuerza que les pare, ni siquiera los ghuros, en el supuesto que éstos se decidieran a luchar por su libertad.

—¿Qué más descubrió usted en la mente de Khaufma? —preguntó el señor Dolf.

—Ha decidido desembarcar sus tropas, estableciendo una cabeza de puente en Veres. Y lo hará muy pronto, en cuestión de días. Sus “Karendón” están restituyendo hombres sin parar.

—Bien. Si desembarcan en Veres todavía tendremos un tiempo de respiro.

—Khaufma no tiene el propósito de atacar Maquetania, ni ahora ni probablemente en varios años. Su estrategia consiste en consolidar su cabeza de puente, estableciendo allí parte de su industria y sus ciudades permanentes subterráneas. La industria de los thorbod, como la nuestra, se apoya exclusivamente en las máquinas transformadoras de energía. Éste es el único punto débil de los thorbod, las fuentes de energía. En su autoplaneta la única fuente de energía la obtiene de la fisión nuclear de las rocas; es decir, se ven obligados a devorar su vehículo para hacer andar a éste. Es cierto que los valeranos hacen lo mismo con su autoplaneta, pero la materia de “Valera” no es roca, sino “dedona”, que es veinte mil veces más pesada que el agua y contiene una enorme cantidad de energía por decímetro cúbico. En Veres los thorbod podrán utilizar el hidrógeno contenido en el agua de los océanos como materia fisionable, cosa que no pueden hacer con el agua de los mares interiores de su autoplaneta, pues los agotarían en muy breve tiempo.

—Ha hecho usted un buen trabajo, doctor —dijo el secretario de Estado—. Enhorabuena.

Una luz verde acababa de encenderse sobre el umbral de la puerta. Los seis hombres abandonaron la esclusa y se despojaron de sus escafandras.

Un minuto después el patrullero de la Armada Sideral Tapo se elevaba y partía como una exhalación impulsado por sus tres motores fotónicos.

CAPÍTULO TERCERO

El principal tipo de aeronave de reducida respuesta a la necesidad de acción, más pequeña que el crucero de combate convencional y, al igual que éste, capaz de llevar a cabo misiones prolongadas de patrulla ofreciendo amplio confort a la tripulación.

Construido integralmente sobre un monocasco de “dedona” de un metro de espesor, tenía las formas aerodinámicas de un elipsoide, estando propulsado por tres motores fotónicos alimentados por dos reactores nucleares gemelos. Medía 53 metros de eslora, por 14 de manga y 8 de puntal. Su armamento consistía en proyectores de “luz sólida” (dieciséis por metro cuadrado de superficie), proyectores “Zeta” y cañones automáticos de 30 milímetros que disparaban proyectiles miniaturizados de cabeza nuclear (missiles “aire-aire” y “aire-tierra”).

Las misiones de patrulla a larga distancia exigía de las tripulaciones cualidades excepcionales. Por lo regular, estas misiones invertían semanas, incluso meses. Los hombres encerrados entre los muros de una aeronave, rodeados de la soledad del espacio, pasaban por todos los fenómenos conocidos de la claustrofobia, la depresión psíquica y el tedio. La historia de la astronáutica era rica en relatos de motines y peleas, que comprendían una larga lista de delitos de sangre.

El problema consistía en que, mientras la técnica progresaba continuamente, ofreciendo aeronaves cada vez más seguras, más cómodas y capaces de llegar más lejos, el ser que había de tripularlas no era capaz de evolucionar al mismo ritmo. Un verdadero avance vino a experimentarse con las máquinas “psí” y los programas de enseñanza por el sistema de inducción directa al cerebro. Ahora los astronautas podían ser mentalizados, preparados psíquicamente para soportar una larga permanencia en el espacio.

Cualquier señal de fatiga psíquica, o un cambio en el comportamiento del astronauta, era inmediatamente corregido en la máquina.

En los patrulleros de crucero todos los elementos de confort estaban cuidados al máximo; cabinas individuales con cuarto de baño, sala de estar, gimnasio y una cocina rica en gran variedad de alimentos, prácticamente cualquier cosa que los astronautas quisieran y en el mismo instante que lo quisieran. Pero un patrullero era demasiado pequeño para incluir en su equipo una máquina “psi”, que era muy complicada y requería la asistencia de un especialista en psiquiatría para garantizar su adecuada y eficaz utilización. De aquí que las tripulaciones de los patrulleros del tipo “Tridente” fueran objeto de un proceso selectivo más riguroso que para el resto de las unidades de la Armada Sideral Tapo.

Después de seis semanas de patrulla, vigilando los movimientos del gigantesco autoplaneta thorbod, Tuanko Aznar se sentía satisfecho de su tripulación. Ésta, incluyendo al propio Tuanko, estaba formada por tres mujeres y tres hombres.

Durante todas aquellas semanas, el patrullero “P-104” había andado de un lado a otro, como un sabueso al acecho. Se aproximaron al autoplaneta cuanto les permitieron los thorbod, hasta recibir algunos impactos de “luz sólida” como aviso, tomaron gran cantidad de fotografías a distancia, y anotaron cuidadosamente el número de esclusas de salida y la cantidad de “discos volantes” (transportes siderales) disimulados sobre la árida superficie del autoplaneta.

Celosos del poder de “Valera”, los thorbod habían construido su autoplaneta copiando todas las características del autoplaneta de los terrícolas, incluso repitiendo la forma y tamaño de los famosos transportes siderales en forma de disco. Fue en el interior de uno de estos “discos-voladores” donde se celebró la entrevista entre una comisión parlamentaria de los tapos y el almirante mayor, comandante jefe de las Fuerzas Expedicionarias Thorbod.

Horas después de la entrevista, los medios de difusión de la República de Maquetania daban cuenta del resultado negativo de la misma. Seguros de su superioridad, los thorbod habían impuesto sus condiciones: los terrícolas (tapos y renacentistas) deberían evacuar el circumplaneta. No se les exigía que lo hicieran inmediatamente.

Saliéndose de lo que era su estilo, los thorbod se mostraban extrañamente magnánimos esta vez. Los terrícolas podrían continuar un tiempo en Atolón, a condición de que no ejecutaran nuevas obras, ni ampliaran su industria, ni construyeran más esferonaves, ni creciera su población...

En toda la República Tapo (Maquetania) la imposición de los thorbod levantó oleadas de indignación.

“No aceptaremos sus condiciones” —manifestó el presidente Da Hera en un decepcionante mensaje dirigido al país a través de la televisión. Pero no dijo qué medidas se proponía tomar el Gobierno, ni cómo sobrevivirían los tapos después de rechazar las proposiciones de los thorbod.

Las consecuencias de la indecisión de Da Hera no se hicieron esperar, y en todo el país se reprodujeron manifestaciones violentas que exigían la dimisión del Gobierno y proponían al Almirante Aznar como presidente.

El Almirante Aznar era abuelo de Tuanko Aznar.

—Lo que los tapos necesitamos en estos momentos es un hombre enérgico, capaz de agrupar a todas las facciones políticas bajo su mando y plantarle cara a los thorbod —manifestó el teniente Artadi, segundo del capitán Tuanko a bordo del “P-104”.

—Ni siquiera el almirante puede hacer milagros —respondió Tuanko—. Con sólo diez mil esferonaves es imposible hacer frente a los thorbod.

—Cada una de nuestras esferonaves vale por cien buques de combate de los thorbod —apuntó la alférez Mika Alva, una agraciada joven de veintidós años, de cabellos rubios y hermosos ojos grises—. Cien multiplicado por diez es un millón. La inferioridad no es tan grande, sobre todo teniendo en cuenta que los thorbod no pueden dejar totalmente desguarnecido su autoplaneta. Aunque dispongan de un millón quinientos mil buques, ese medio millón estará inmovilizado en su autoplaneta. Es decir, si derrotáramos a la flota thorbod cuando se disponga a apoyar a sus transportes de desembarco, podríamos luego atacar al autoplaneta y obligarle a huir.

—Mis queridos amigos —suspiró Tuanko—. Da la impresión de que todos habéis olvidado las lecciones de Historia de la Guerra que os grabaron en el cerebro. Tenemos una larga experiencia en eso de

hacer la guerra desde un autoplaneta. “Valera” lo ha hecho muchas veces; contra los thorbod, contra los hombres de silicio, contra los nahumitas, contra los sadritas, y últimamente contra los ankoranos y los ghuros. Los valeranos, entre los que se puede contar a mi abuelo, aunque éste naciera en Atolón, hicieron un verdadero arte de esta forma de lucha. Las ventajas de combatir desde un autoplaneta del tamaño de “Valera” son muchas. En primer lugar, el autoplaneta es en sí mismo una fortaleza inexpugnable. Llevando en su interior a millones de habitantes, su flota y su industria, un autoplaneta es como un mundo viajero. Puede desencadenar la guerra en el lugar y el momento por él escogidos, y si las cosas se ponen mal puede retroceder, escapar y ponerse fuera del alcance del enemigo. El factor psicológico es también importante, y con frecuencia decisivo. El autoplaneta se sitúa a una distancia del planeta al que se propone atacar, y el enemigo le ve todas las noches brillando amenazador en el cielo, recordando que está allí, interfiriendo las emisiones de radio y televisión y haciendo su propia propaganda. Puede acercarse al planeta y provocar con su masa erupciones volcánicas, terremotos y asoladoras mareas. Incordia, quebranta la moral del enemigo, desencadena ataques bacteriológicos, y como último y decisivo recurso amenaza con la aniquilación total y desintegración de la atmósfera vital del planeta. “Valera” ha ejercitado esta clase de guerra durante siglos y ha ganado todas las batallas. Sabemos que un autoplaneta es un arma decisiva, y esa arma ahora está en manos de los thorbod. No tenemos defensa posible contra su autoplaneta.

—¿Ninguna defensa? —interrogó la sargento Drina.

—Ninguna. Incluso si obligáramos a los thorbod a retroceder en la primera batalla, no habríamos hecho sino aplazar el desenlace. Los thorbod, con su industria intacta y sus cuatro mil millones de hombres, reconstruirían su flota para volver a la carga en poco tiempo. Pero no olvidemos lo esencial. En el peor de los casos los thorbod procederían por el sistema expeditivo, atacando con bombas “W” y volatilizand nuestra atmósfera. Maquetania quedaría convertido en un mundo muerto, sin aire, sin agua ni vegetación.

—Si es así, ¿qué esperanza nos queda? —exclamó la muchacha estremeciéndose.

—Yo diría que ninguna. A eso me refería cuando dije que ni siquiera el Almirante puede realizar milagros.

Pocas horas después de esta conversación, el autoplaneta thorbod se ponía en movimiento abandonando su órbita de satélite y arrastrando consigo a su flota de cruceros. El capitán Tuanko se apresuró a enviar un radio a Molikai informando que se disponía a seguir al enemigo. De Molikai le contestaron lacónicamente:

“Sabemos a dónde se dirige el enemigo; van a desembarcar tropas en Veres. Regresen.”

Siendo así que el mando no especificaba el lugar donde debían dirigirse, Tuanko entendió que debía regresar a la base de Negros.

Negros era un lugar del océano donde se registraban profundidades abismales de hasta cinco mil metros, de lo que resultaba un paraje adecuado para anclar las grandes esferonaves de hormigón de mil metros de diámetro de la Armada Sideral, que por lo regular se sumergían para descansar en el fondo. Negros era también la base donde se construyó el autoplaneta “Hermes”, una esfera de 3.000 metros de diámetro, la mayor que se había construido empleando la técnica del hormigón armado.

Al contrario que las esferonaves, cuyo peso era superior a su desplazamiento en toneladas de agua, el “Hermes” había sido calculado de modo que el peso total del hormigón, más la obra interior, más la maquinaria y equipo, eran igual a su desplazamiento. Debido a esto, el autoplaneta flotaba entre aguas, asomando en la superficie un casquete de 500 metros de diámetro, que en su punto más elevado sobresalía 20 metros del nivel del mar y tenía el aspecto de una isla de 20 hectáreas de superficie, con una antena parabólica de 25 metros de diámetro en la cúspide.

La base de Negros estaba en mar abierto, expuesta a todos los vientos. Sus instalaciones estaban montadas sobre un enorme pontón de hormigón, que era una caja de seis kilómetros de longitud y tres metros de ancho, sobresaliendo diez metros del nivel del mar. El pontón era hueco y una parte considerable de las instalaciones, como cuarteles, comedores, talleres y pañoles, se albergaban en su interior.

En Negros sólo quedaban media docena de esferonaves dedicadas a efectuar reparaciones, pero desde el aire podían verse dos cruceros renacentistas de tipo “Stelar” arrimados al muelle que

rodeaba el casquete del “Hermes”. Contemplado desde el aire éste parecía el lomo de una gran tortuga gris, con la bandera de la República Tapo ondeando en lo alto de la torre metálica de radio-televisión.

Llevando el patrullero directamente sobre el pontón, el teniente Artadi hizo descender verticalmente la aeronave hasta que ésta tocó ligeramente el suelo. Desde el lejano edificio principal llegó un automóvil para trasladar a la tripulación.

El conductor del automóvil, una agraciada chica del Servicio Auxiliar (S.O.T.) se mostró particularmente locuaz con los astronautas.

—¿Qué hacen esos cruceros renacentistas atracados al “Hermes”? —preguntó Tuanko Aznar.

—¿No lo saben? ¿Cuánto tiempo llevan ustedes en el espacio?

—Seis semanas.

—Pues llegan a tiempo de hacer las maletas. Nos marchamos; ha empezado la “Operación Éxodo”.

—¿Evacuamos? —repitió el teniente Artadi sorprendido—. ¿Cómo no nos han dicho nada?

—La operación se lleva medio en secreto; es decir, no se ha anunciado por la radio ni la televisión a fin de no anticipar nuestros proyectos a los thorbod. ¡Fíjense, ahora que iban a concederme una casa nueva! ¿No es para llorar, que tengamos que dejar todo lo que hemos levantado con tanto esfuerzo? Bueno, espero que nuestros zapadores lo arrasen todo antes de marcharnos. ¡Que esos sucios hombres grises no vengan a aprovecharse de nuestras ciudades!

¡Había comenzado la “Operación Éxodo”! Esto significaba la evacuación rápida y total de Maquetania, y la perspectiva de un inminente viaje a la Tierra.

Tuanko sintió acelerarse los latidos de su corazón. Simultáneamente se sintió avergonzado de sí mismo. Debería sentirse triste. Maquetania era su patria, una patria grande, fabulosamente rica y bella. Ni la Tierra, ni el gigantesco planeta Redención, eran seguramente tan hermosos como Atolón. En el futuro, donde quiera que la suerte les llevara, los tapos se sentirían desgraciados, añorando la patria perdida y lejana.

Algún día, quizás los tapos y los hijos de éstos regresarían para reconquistar el circumplaneta. Pero, la esperada reconquista de

Atolón, pertenecía al futuro. Lo inmediato era el abandono y el exilio.

La desgracia de su pueblo entristecía también a Tuanko, aunque no en la medida del resto de sus compatriotas. Esta amargura quedaba atenuada en el ánimo de Tuanko por la perspectiva de viajar a lo desconocido. Siempre había deseado conocer la Tierra. Y, sobre todo, volver a encontrar a “Valera”, el fabuloso autoplaneta campeón de la cristiandad, patria de sus antepasados y escenario de épicas contiendas y de increíbles aventuras, la mayoría de ellas protagonizadas por los miembros de la familia Aznar.

Siendo así que Tuanko pensaba viajar con el “Hermes”, era de lamentar que este vuelo tuviera que producirse forzado por las circunstancias. No era de este modo como lo había deseado él.

En las oficinas de la base reinaba gran actividad. Oficiales y amanuenses de la Armada iban de un lado a otro. Abrían los archivos, sacaban carpetas y papeles y los tiraban al suelo formando montones, que luego eran llevados en carretillas al horno crematorio para su destrucción. Se arrancaban los mapas de las paredes, las fotografías, los cuadros...

Flotaba en el aire como un sentimiento de furor destructivo, y había cólera y amargura en la actitud de todos aquellos hombres y mujeres, que se reflejaba también en la forma descuidada, casi violenta, de manejar los teléfonos, de abrir y cerrar las puertas... incluso en el acento de la voz. Por toda la base se escuchaban golpes, estallidos de cristales, derrumbarse de estanterías y crujir de muebles.

En la oficina del jefe de Personal, un almirante sudoroso guardaba la fotografía de un grupo familiar en un portafolios sobre la mesa. El suelo aparecía sembrado de papeles y todos los archivadores mostraban sus cajones abiertos.

—No sé quién le mandó venir e ignoro dónde le van a destinar —dijo el almirante con aire malhumorado, respondiendo a la pregunta del capitán Tuanko Aznar—. Como puede ver usted mismo todo anda patas arriba. Hemos dejado de funcionar como organización. Todas las órdenes deben venir a partir de ahora del Centro de Operaciones Alfa. Pero, no se moleste en llamar a Alfa, las líneas de comunicación están bloqueadas.

—¿No estamos desarrollando la “Operación Éxodo” un poco

desordenadamente? —apuntó Tuanko Aznar—. He visto el autoplaneta thorbod alejándose en dirección a Veres. Parece ser que se proponen desembarcar allí. Si disponemos de tiempo, ¿por qué tanta prisa en desmontar todo?

—No disponemos de tanto tiempo, sólo del que los thorbod tarden en iniciar las operaciones de desembarco.

—¿Por qué? —preguntó Tuanko. Pero escrutando el pensamiento del almirante fue descubriendo la razón a medida que éste hablaba.

—Hemos decidido abandonar el circumplaneta. Esta decisión no supone obligatoriedad de hacerlo, el que quiera puede quedarse, y de hecho, ya se están formando grupos de resistencia que se proponen refugiarse en las montañas. Una vez decidida la evacuación, ésta no debe demorarse si queremos sorprender a los thorbod. Disponemos de una Armada Sideral de diez mil esferonaves, la cual nos planteaba un problema. ¿Qué hacer con esas esferonaves? Obviamente no íbamos a regalárselas al enemigo. Teníamos que deshacernos de nuestra flota, y se pensó en darle un final honroso.

—¿Quiere decir que vamos a atacar a los thorbod, no es eso? —preguntó Tuanko, aunque estaba leyendo la respuesta en el pensamiento del almirante.

—No queremos salvar ni una sola de nuestras esferonaves, y esperamos arrastrar con nuestra flota a la mayor parte de la armada thorbod. Sí, vamos a atacar.

—Y el mejor momento es cuando los thorbod se dirijan a Veres escoltando sus grandes transportes de desembarco. ¡Magnífico, me parece estupendo! Los thorbod se verán entonces embarazados por sus transportes y su autoplaneta quedará demasiado lejos para asistirles —dijo Tuanko con entusiasmo.

—Eso nos obliga a precipitar la evacuación. La respuesta de los thorbod, después que les hayamos arruinado más de la mitad de su flota, no se hará esperar. Vendrán directamente sobre Maquetania con el resto de su flota. Pero entonces nosotros no tendremos ni una sola esferonave que oponerles. Es necesario, por lo tanto, que no quede un solo tapo en Maquetania cuando los thorbod vengan a ajustarnos cuentas.

Tuanko comprendió entonces la razón de tanta prisa por realizar

la “Operación Éxodo”. También comprendió por qué se había mantenido en secreto, fuera de las fronteras de los tapos, el propósito de apresurar la operación sorprendiendo a los confiados thorbod.

—¿Quién va a dirigir la batalla? —preguntó Tuanko.

—La batalla se dirigirá enteramente desde el Centro de Operaciones Alfa, pero su abuelo no estará allí, si es eso lo que quiere saber. El Almirante Aznar tiene otra misión quizás más importante. Le han ofrecido el mando del “Hermes” y deberá conducirnos a los tapos sanos y salvos a la Tierra.

—Así que ya está decidido, será a la Tierra donde nos dirijamos —murmuró Tuanko—. ¿Se encuentra el Almirante en el autoplaneta?

—Sí, allí le encontrará si quiere usted verle.

El almirante pareció olvidarse de Tuanko para seguir vaciando los cajones de su escritorio. Tuanko abandonó la oficina regresando con sus compañeros, que le esperaban tomando el sol, sentados sobre cajones.

Soplaba un brisote fresco que estaba levantando pequeñas olas empenachadas de blanca espuma sobre un mar de un intenso azul oscuro. Lejos, a unos diez kilómetros, podía verse la isla que formaba el casquete superior del autoplaneta “Hermes” con su gran bandera desplegada al viento. Alrededor de la base levantaban sus moles las esferonaves entretenidas en operaciones de reparación. Uno de los cruceros renacentistas se apartaba del muelle del “Hermes” y un tercero acababa de emerger del seno del océano navegando semi-sumergido en dirección al autoplaneta.

Con la tripulación de Tuanko se encontraba un oficial de la base, conocido del teniente Artadi.

—¿Qué hacen aquí esos cruceros renacentistas? —preguntó Tuanko Aznar al oficial.

—Traen sus propios rollos de “vetatom” para embarcarlos en el “Hermes”. Los renacentistas no poseen un autoplaneta capaz de volar hasta la Tierra. Nos rogaron que les admitiéramos y van a hacer este viaje con nosotros —informó el oficial.

—¿No sería más cómodo desmaterializar a toda esa gente en el propio Renacimiento y enviar los datos por radio para componer sus “vetatom” a bordo del autoplaneta?

—Tenemos cinco mil máquinas “Karendón” funcionando a la máxima velocidad en el “Hermes”, y aún así no terminaremos la evacuación de nuestros trescientos millones de tapos antes de cuarenta días. La “Operación Éxodo” comenzó hace diez días y todavía nos falta un mes para terminarla. Es posible que los thorbod no nos concedan tanto tiempo antes de iniciar sus operaciones de desembarco. Aunque resulte engorroso para los renacentistas acarrear esos pesados rollos de “vetatom” es mejor hacerlo de este modo. Cada minuto cuenta, y las horas finales pueden ser decisivas.

Tuanko miró sobre la superficie del mar en dirección al autoplaneta. El viento agitaba sus cabellos, negros y duros, y sus ojos verdes tenían cierta expresión evocadora de inmensas lejanías.

—Mi abuelo está en el “Hermes” —dijo a sus compañeros—. Voy a ir allá.

—¿Podemos ir también nosotros? —preguntó Artadi poniéndose en pie—. Me gustaría ver cómo es el autoplaneta por dentro. Después de todo soy uno de los que van a viajar en él, aunque sea convertido en una tira de cinta perforada.

Poco después los seis miembros de la tripulación del patrullero embarcaban en una aerofalúa de la base, que les llevó en un breve vuelo sobre el mar hasta el muelle del autoplaneta.

El muelle rodeaba el casquete del “Hermes” formando una plataforma de 30 metros de profundidad. En cuatro puntos del muelle, distribuidos en cruz, la plataforma se prolongaba otros 30 metros en una pequeña excavación para alojar en cada uno un gran montacargas, los cuales atravesaban los 200 metros de macizo hormigón del casco y llegaban hasta la última planta de la esfera pasando por todas las cubiertas intermedias.

Los cruceros renacentistas tenían abiertos sus grandes portalones laterales a la altura del muelle, y por una plataforma hacían deslizarse los pesados rollos de “vetatom”, cada uno montado sobre un armazón provisto de ruedas, metiéndolos en los montacargas.

Utilizando uno de los dos montacargas libres, Tuanko y su tripulación descendieron hasta el interior del autoplaneta. Dejando a sus compañeros curioseando por allí, Tuanko se dirigió a las oficinas del comandante de la nave en busca de su abuelo.

El Almirante firmaba unos papeles en presencia de una muchacha del Servicio Auxiliar.

—Hola, Tuanko. Te esperaba, aguarda un momento —saludó el rejuvenecido Almirante.

Una vez quedaron solos el Almirante se retrepó en su sillón dejando escapar un suspiro de fatiga.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Tuanko tomando uno de los sillones frente a la mesa.

—¡Uf! ¿Sabes que hemos comenzado la “Operación Éxodo”?

—Estoy enterado. Los thorbod se disponen a desembarcar en el planeta Veres. Vamos a lanzar nuestra flota sobre ellos y a continuación salir huyendo.

—Sólo disponemos del tiempo que los thorbod tarden en comenzar sus desembarcos. Si para entonces no hemos evacuado no podremos atacar a los thorbod. ¿Vienes a trabajar con nosotros?

—No lo sé. Alguien me ordenó regresar, pero ignoro de dónde partió la orden. En personal nadie sabe nada. Allí todo anda manga con hombro.

—Es natural, estamos desmontando todo el aparato administrativo y eso tiene que notarse. Bueno, puedes quedarte, nadie te reclamará.

—Allí en la base he dejado mi patrullero. ¿Qué debo hacer con él?

—No te preocupes por él, alguien vendrá a recogerlo. Los patrulleros no van a tomar parte en el ataque. Se entregarán a los grupos de resistencia que han optado por quedarse. A éstos pueden prestarles un buen servicio. Los patrulleros son pequeños y pueden esconderse en cualquier gruta de las montañas.

—Admiro a esa gente que va a quedarse. Su vida no va a resultar muy grata aquí, una vez que los thorbod hayan ocupado todo el circumplaneta —apuntó Tuanko.

El Almirante hizo un gesto.

—Bueno, el circumplaneta es muy grande y los thorbod todavía tardarán en ocuparlo totalmente. Ellos se reproducen muy despacio y sólo son cuatro mil millones. ¿Quién sabe? Puede que regresemos antes de que los thorbod hayan poblado todos estos planetas.

—¿Tú esperas regresar? —preguntó Tuanko sorprendido.

—¡Naturalmente! Regresaremos con “Valera”, si es que lo encontramos en la Tierra. Si no estuviera allí tendríamos que buscarle dondequiera que haya ido. Los thorbod poseen ahora un

autoplaneta tan poderoso como “Valera”. Su autoplaneta representa un peligro para la humanidad. Dentro de un tiempo, cuando los thorbod hayan poblado Atolón, querrán hacer lo mismo con los planetas terrícolas, con los de Redención y con los de Nahum... La ambición de los thorbod no tiene límites. Alguien tiene que pararles, y eso sólo puede hacerlo “Valera”.

—¿Te propones enfrentar a “Valera” con el autoplaneta thorbod? —preguntó Tuanko maravillado.

—Un día u otro, inevitablemente, “Valera” y “Argos” tendrán que enfrentarse, y de ese encuentro sólo saldrá un vencedor. Será un gran espectáculo ver a esos dos titanes frente a frente.

—Un espectáculo que tú no piensas perderte —aseguró Tuanko descubriendo el secreto pensamiento de su abuelo.

—Bueno, dejémoslo —dijo el Almirante con un ademán—. Todavía ha de llover mucho hasta ese día. Pero espero verlo, sí. ¡Ya lo creo que espero verlo!

Tuanko sonrió para sí. En efecto, Miguel Ángel Aznar confiaba en presenciar aquel choque fabuloso de los dos gigantes. ¡Pensaba hacerlo desde el puente de mando de “Valera”, dirigiendo personalmente la batalla!

* * *

La dotación del “Hermes” era para 5.500 “Karendón”. Contando las paradas por avería u otras atenciones, podía asegurarse que había por lo menos 5.000 máquinas trabajando incesantemente las veinticuatro horas del día. Cada máquina confeccionaba una cinta perforada de dos metros de longitud en menos de un minuto. Esta tira quedaba integrada en el conjunto de un rollo de 1,60 metros de diámetro y 15 centímetros de grosor, en cada uno de los cuales se hallaban mil personas desmaterializadas.

Cada veinticuatro horas llegaban de esta forma 7.200.000 personas a bordo del autoplaneta. Los grandes tambores de cinta perforada, montados sobre un soporte con ruedas, eran empujados hasta los montacargas y conducidos al almacén. El trabajo era incesante y agotador, y también continuamente llegaban al “Hermes” nuevos contingentes de hombres para relevar a los turnos que ya estaban trabajando desde el primer día que se puso en

marcha la “Operación Éxodo”.

Contemplada desde el autoplaneta, la “Operación Éxodo” parecía desvirtuada. Siempre costaba acostumbrarse a la idea de que los miles de rollos de cinta perforada que se movían diariamente eran seres humanos... personas que habían sido desmaterializadas en alguna ciudad de Maquetania, analizadas minuciosamente por las “Karendón” y convertidas en una simple tira de metal acribillada de pequeños agujeros. Desde cualquiera de las “estaciones de emigración” distribuidas en toda la nación tapo, las “Karendón” trasmitían por radio al “Hermes” la disposición de las perforaciones de cada sección de cinta. A bordo del autoplaneta, otras “Karendón” idénticas interpretaban las órdenes enviadas por radio y confeccionaban las cintas perforadas.

A las dos semanas de permanecer en el “Hermes”, Tuanko y su abuelo se trasladaron a Hiperburgo en un viaje rápido realizado en una aerofalúa de la Armada. Iban a despedirse de Héctor y Loanda, y de paso a recoger sus efectos personales para regresar definitivamente al autoplaneta hasta que éste emprendiera su viaje.

Loanda y Héctor Aznar eran los hijos del malogrado Fidel Aznar, hijo de Adler Ban Aldrik, y, por lo tanto, tíos de Tuanko, aunque todos tenían parecida edad.

Un dato curioso era que la madre de Héctor y Loanda había sido también madre de Alejandro y Dalia, de lo que resultaba que el padre de Tuanko y su tía Dalia eran hermanos de Héctor y Loanda por parte de madre. Esto había sucedido cuando, al divorciarse del Almirante Aznar, Banda, la abuela tapo de Tuanko, se casó con el sobrino de su anterior esposo.

Los descendientes de la raza terrícola empezaban ahora a experimentar los resultados de la intervención de las “Karendón” en sus vidas. Por ejemplo, el Almirante Aznar, reencarnando a los 98 años en su físico de 22, tenía ahora la misma edad que su nieto, y era 28 años más joven que su hijo Alejandro, que tenía 50. ¡Algo realmente fantástico!

Héctor y Loanda habían decidido quedarse en Atolón. Extraña resolución, considerando que el resto de la familia se disponía a viajar hasta la Tierra a bordo del “Hermes”.

Mientras volaban sobre la ciudad, por uno de los canales de penetración hacia el domicilio de Tuanko, podía apreciarse desde el

aire el cambio operado en la fisonomía de Hiperburgo. La ciudad era esencialmente la misma, pero había disminuido notablemente el tráfico aéreo, y se veía poca gente por las calles y avenidas. Hiperburgo sería destruida por un ingenio termonuclear de espoleta de relojería cuando el autoplaneta que llevaba a los exiliados hubiera emprendido ya su larga singladura. Algo realmente triste, en lo que más valía no pensar.

Al cesar en su cargo de presidente de la República, el Almirante Aznar y su hija habían venido a vivir en la casa de Tuanko. Allí había acudido también el profesor Alejandro Aznar, padre de Tuanko, y su hermana Virela. Finalmente, para despedirse de la familia, había llegado Héctor y Loanda acompañados de su abuelo, el inefable Adler Ban Aldrik.

Dalia había preparado la que sería última comida de toda la familia reunida; la última en Atolón, y quizás también la última hasta la eternidad. Mientras las mujeres preparaban la mesa el Almirante regañó a su hermano.

—¿Cómo has permitido a tus nietos que se queden en Atolón? Esto se va a convertir en un infierno después que nosotros nos hayamos marchado. ¿Has pensado siquiera que probablemente no volverás a verlos vivos?

—No puedo impedirlo, ni en justicia creo que deba hacerlo. Son mayores de edad y dueños de sus actos —respondió el “bundo”^[2] tranquilamente.

—¿Y no te apena separarte de ellos?

—Sí.

—No lo creo. Tienes la sangre de agua —espetó el Almirante.

Pero Tuanko, que podía sentir telepáticamente el pensamiento de su tío-abuelo, se dio cuenta del profundo sentimiento de aquel Adler Ban Aldrik extraordinario.

—¡Abuelo, cállate! —dijo Tuanko.

El Almirante se volvió a mirarle furioso.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono? ¡A mí, tu abuelo!

—Bueno, eres mi abuelo, pero ahora tienes la misma edad que yo, y casi tan poco sentido común como tenías cuando verdaderamente eras un muchacho de veintidós años. ¿Qué esperas que haga tu hermano, di? ¿Quieres que se eche a llorar sobre tu hombro para demostrarte lo mucho que siente tener que separarse

de sus nietos? ¡Por favor, déjale en paz!

—Tuanko, un día de estos voy a darte un puñetazo, no como se lo daría un abuelo a su nieto, sino como de un muchacho de veintidós años a otro de la misma edad —gruñó el Almirante.

Tuanko se encogió de hombros.

La comida no resultó una fiesta, ni con la mejor voluntad de los asistentes. Quizás el que parecía más animado de todos era el Almirante, por una razón simple. Miguel Ángel Aznar era el único de la familia que no poseía las facultades paragnósticas propias de los tapos. Todos los demás podían entenderse y comunicarse sus sentimientos telepáticamente. El Almirante era terrícola puro y no disfrutaba de esta facultad. En este momento podía considerarse en ventaja. De la tristeza de los demás solo podía captar lo que la expresión de los rostros y las miradas dejaban escapar.

Dalia, Virela y el profesor Aznar iban a regresar con el Almirante y Tuanko al autoplaneta. Adler Ban Aldrik se quedaría un par de días más con sus nietos, hasta que éstos partieran en dirección a las montañas formando parte de los grupos guerrilleros. Tuanko quedó sorprendido de saber hasta qué punto se había planteado la acción de estos grupos de resistencia.

—Tenemos abundantes armas en arsenales secretos, máquinas “Karendón” y reactores nucleares de tipo pequeño escondidas en las grutas de las montañas —dijo Héctor a su primo—. Hasta dispondremos de dos millares de patrulleros siderales, cada uno de ellos con su propia “Karendón Traslator” y su armamento.

—A pesar de todo, ¿confiáis en infligir algún daño serio a los thorbod? —preguntó Tuanko—. ¿Cuál es vuestro propósito, en definitiva?

—Es posible que pasen algunos años antes de que entremos en combate contra los thorbod. Durante este tiempo nos organizaremos y adiestraremos, adaptándonos a las condiciones del terreno como hicieron los antiguos tapos. Afortunadamente los tapos todavía no hemos perdido nuestros viejos hábitos. Resistiremos, creceremos y haremos la guerra a los thorbod hasta que regreséis con “Valera”. Esperamos que nuestra contribución a la liberación de Atolón sea muy valiosa cuando llegue el momento. Éstos son nuestros planes; estimular la resistencia entre los ghuros, incluso contando con las mantis si fuera necesario. Los thorbod quizás prosperen en Veres y

algún otro planeta lejano, pero nuestro propósito es no dejarles establecerse en Maquetania ni Bartpur.

—Tal vez me haya equivocado en mi elección. Seguramente lo vais a pasar más divertido quedándoos aquí —dijo Tuanko.

—Tuanko, tú vienes conmigo derecho a la Tierra —advirtió severamente el Almirante—. Tus primos están locos. Ya basta con un par de locos en la familia.

Terminada la comida, tras un rato de sobremesa, llegó el momento de la despedida.

—Buena suerte, muchachos —dijo Tuanko al abrazar a su primo—. No os dejéis cazar por los thorbod. No tardaremos en regresar, sólo un par de siglos como mucho.

—Aquí estaremos —aseguró Héctor Aznar.

Adler Ban Aldrik se marchó con sus nietos. La familia del Almirante ya tenía preparado el equipaje; solamente una maleta de tamaño mediano y un portafolios o alguna bolsa de mano, como si se dispusieran a hacer un corto viaje de fin de semana. Al salir, Dalia Aznar se detuvo a echar una última mirada a la casa.

—No he vivido mucho tiempo aquí, pero siento dejar todo esto —murmuró.

—Vamos, chica. Déjate de sentimentalismos —gruñó el Almirante.

Cinco minutos después estaban a bordo de la aerofalúa volando en dirección a la Plaza de la República, donde se levantaba la blanca cúpula del Parlamento. Al otro lado de la plaza estaba la Estación de Emigración, emplazada en un profundo subterráneo antinuclear. Desde las bocas del ferrocarril suburbano, cuyas líneas confluían bajo la enorme plaza, salían torrentes ininterrumpidos de tapos; hombres, mujeres y niños, todos con sus maletas y sus bolsas de viaje dirigiéndose hacia las escalinatas de la Estación de Emigración, donde un millar de “Karendón Traslator” funcionaban incesantemente.

Aquel torrente humano, todo un pueblo encaminándose hacia el exilio, eran los rollos de cinta perforada que se almacenaban en el autoplaneta “Hermes”.

CAPÍTULO CUARTO

Aparecía evidente que mes tarde comenzarían los trabajos propios de la autoplaneta thorbod estaba ya sobre el planeta Veres tomando posiciones para iniciar los desembarcos, y los responsables de la “Operación Éxodo” se encontraban a diez días de distancia de cubrir su objetivo.

Los últimos grupos de la resistencia tapo se habían perdido de vista en los vericuetos de las montañas. Adler Ban Aldrik estaba ya a bordo del “Hermes”. Los renacentistas habían terminado el transporte de los rollos de “vetatom”. Las unidades de zapadores del ejército tapo casi habían terminado de colocar las cargas nucleares que harían volar por los aires las ciudades, los arsenales y las instalaciones industriales. Los renacentistas, dando muestras de una gran eficiencia, ya habían terminado también esta operación. Pero los renacentistas eran apenas 40 millones. Los tapos sumaban más de 300 millones.

Afortunadamente, los thorbod no tenían prisa. Se movían despacio, como tanteando el terreno antes de dar el siguiente paso. O como dijo el profesor Aznar, los thorbod tenían sus propios problemas que resolver.

En efecto, los thorbod eran más de cuatro mil millones, y esta ingente multitud había llegado a bordo del autoplaneta en estado de desmaterialización, de forma idéntica a como viajaban los valeranos durante los trayectos largos de una a otra galaxia.

Gracias a la información que Adler Ban Aldrik había obtenido del propio duque Khaufma, extrayéndola de la mente de éste sin que se diera cuenta, ahora se sabía con certeza que las paredes del autoplaneta thorbod tenían un espesor de 200 kilómetros. La superficie interior del “Argos” era de ochenta y un millones, setecientos doce mil, ochocientos veinticuatro kilómetros

cuadrados.

Pese a la considerable extensión de este territorio, los thorbod no disponían de ciudades e instalaciones para alojar a cuatro mil millones de tripulantes. Los thorbod habrían esperado casi hasta el último momento para restituir a su enorme población, y en esta tarea habría de invertir mucho más tiempo que los tapos en desmaterializar la suya, aun en el caso de que dedicaran a esta tarea un número superior de máquinas “Karendón”, como sin duda estaban haciendo.

En los últimos días, en mitad de un ajetreo agotador, se llevaron a cabo puntualmente las previsiones establecidas en el plan. Entre éstas, figuraba la programación de la computadora principal del “Hermes”, que debería guiar al autoplaneta a la Tierra por medios totalmente automáticos. Esta tarea exigía un cuidado sumo y un conocimiento profundo de las matemáticas, y le fue confiada al doctor Fidel Aznar, que además tenía experiencia en otros vuelos anteriores en el subespacio.

A Tuanko, cuyo fuerte no eran precisamente las matemáticas, le maravillaba la serenidad de su tío-abuelo.

—Si yo tuviera que programar la ruta del “Hermes” me asustaría pensar que de mí dependerían la seguridad y, tal vez, la vida de trescientos cuarenta millones de personas —le dijo en cierta ocasión—. ¿Cómo se puede estar tan seguro de uno mismo?

El Almirante Aznar, que era a quien iba dirigida esta pregunta, se limitó a levantar los hombros.

—Mi hermano es así. Es capaz de hacer cosas y asumir actitudes que no soportaríamos las personas corrientes. A veces pienso que no es humano —respondió.

Faltando todavía una semana para cumplirse el plazo de cuarenta días que se impusieron los programadores de la “Operación Éxodo”, empezaron a llegar a la base de Negros importantes contingentes humanos tripulando sus pequeños aerobotes familiares.

Toda esta gente impaciente temía quedar abandonada si, debido a falta de capacidad de las “Karendón T”, llegaba el momento y el “Hermes” zarpaba sin más demora. Recelo pueril, puesto que nadie iba a quedar abandonado en Maquetania, pero que no podía anunciarse por la radio y la televisión, para evitar que los thorbod

descubrieran el plan de fuga de los tapos.

Respecto a la radio y la televisión, era curioso comprobar a qué grado de astucia habían llegado los tapos y renacentistas para disimular su marcha. A cualquier hora uno podía encender la televisión o sintonizar cualquier emisora de radio, y de este modo, se enteraba de las cosas que estaban ocurriendo en Renacimiento y Maquetania.

No eran cosas importantes, por lo general. Tapos y renacentistas seguían desarrollando sus actividades con la acostumbrada normalidad. Si uno ponía la televisión veía las calles de Hiperburgo con la gente moviéndose. Podía presenciar toda clase de competiciones deportivas, con estadios a rebosar de multitudes ruidosas, o ver un telefilme, o escuchar un concierto o una conferencia. Ocurrían accidentes, se abrían nuevas exposiciones de pintura o escultura, se debatían asuntos domésticos en el Parlamento...

Se trataba de programas conservados en video y de filmes que en algunos casos tenían años de antigüedad. Otros programas se habían grabado expresamente después de decidida la evacuación, y entre éstos se intercalaban noticias recientes del movimiento del autoplaneta thorbod y comentarios de los estrategas de Renacimiento y Maquetania.

Si los thorbod seguían espionando a los renacentistas y tapos a través de las emisiones de radio y televisión, debían suponer que éstos continuaban en sus ciudades desarrollando su vida normal. En estos momentos las ciudades estaban totalmente desiertas, a excepción de unos cuantos millares de personas impacientes que esperaban turno para entrar en las cámaras de las “Karendón” en las llamadas Estaciones de Emigración.

Los impacientes que venían a la base de Negros, volando en ocasiones millones de kilómetros para asegurarse un sitio en el “Hermes”, desembarcaban en el gran pontón flotante y se alojaban, temporalmente, en los abandonados cuarteles. Sus aerobotes eran arrojados inmediatamente al mar, y las aerofálúas y aerobotes de la Armada los traían, luego, directamente al muelle del “Hermes”, al cual entraban por los montacargas. El autoplaneta albergaba en su interior una ciudad capaz para tres millones de habitantes.

El torrente de aerobotes fue menguando en los últimos días

hasta cesar completamente el día treinta y nueve avo. La gente, que todavía quedaba en las desiertas ciudades, se daba cuenta de que iba a sobrar plazas en las Estaciones de Emigración. En efecto, con ocho horas de anticipación al plan propuesto, terminaba la “Operación Éxodo”. Ahora sólo quedaban en las ciudades de Maquetania y Renacimiento el personal encargado de hacer funcionar las emisoras de radio y televisión, y algunas unidades de zapadores esperando la orden de conectar las espoletas de tiempo que harían detonar los ingenios nucleares dispuestos para volarlo todo.

Unas cinco mil personas quedaban en el Centro de Operaciones Alfa para dirigir el ataque relámpago contra la flota de desembarco thorbod. Diez mil doscientos comandantes se encontraban todavía a bordo de sus esferonaves, esperando en la soledad de sus navíos la orden de zarpar. El ataque sería dirigido totalmente desde el Centro de Operaciones Alfa por control remoto. A su vez, cada una de las 10.200 esferonaves disponía de elementos de control robot para dirigir su propio ataque. Un centenar de patrulleros vigilaban todavía los movimientos de los thorbod y servirían de estaciones de enlace para transmitir las órdenes impartidas desde el Centro de Operaciones.

Veres se encontraba a 395 millones de kilómetros de Maquetania, en el extremo opuesto del cinturón de planetas. Las órdenes emanadas del centro emisor de Alfa tardarían veintidós minutos en alcanzar Veres. La presencia de los comandantes a bordo de las esferonaves era indispensable para corregir los errores consecuentes de esta diferencia de tiempo. Una vez dirigidas las esferonaves contra el enemigo, los comandantes abandonarían sus buques a través de las “Traslator” para ser recuperados a bordo del “Hermes”.

Tres días después de terminada la “Operación Éxodo” seguía la espera. Las emisoras de radio y televisión seguían en sus falsos programas, mostrando ciudades llenas de animación y estadios repletos de público vociferante, todo lo cual contrastaba con la triste realidad de unas ciudades desiertas y silenciosas, sin más habitantes que unos cuantos hombres en las emisoras, y un equipo que les esperaba en la Estación de Emigración para evacuarlos.

Al final de este tercer día el teletipo se puso en marcha en la

Sala de Control del “Hermes” tecleando rápidamente un lacónico mensaje:

“El enemigo hace despegar sus transportes siderales.”

Los thorbod iniciaban las operaciones de desembarco, y era de esperar que ahora se movieran con rapidez. En este mismo momento, la flota tapo se ponía en movimiento, abandonando sus bases y sus posiciones en el espacio para reunirse en un lugar previamente determinado.

Los thorbod habían escogido Veres para establecer su cabeza de puente, porque Veres quedaba en el extremo opuesto del lugar que ocupaba Maquetania en el cinturón de planetas. Todo el diámetro del circumplaneta, 390 millones de kilómetros, separaba a los tapos de los thorbod, y en medio de ambos estaba el Sol.

La flota de esferonaves aceleró poniendo rumbo al Sol. El astro se interponía entre los tapos y los thorbod y éstos no podían detectar los movimientos de los atacantes, debido a la pantalla que formaba el astro. Sin embargo, al alcanzar determinada distancia, la flota tapo se vio obligada a desviarse de su rumbo para rodear el Sol y continuar en dirección a Veres. La sorpresa ya no era posible a partir de este momento.

En diez horas, aplicando una aceleración de 200 metros/segundo, la flota tapo había recorrido 130 millones de kilómetros, y seguía acelerando. A las quince horas había recorrido 291 millones de kilómetros, y fue entonces descubierta por los thorbod.

Los thorbod habían sido engañados. Su proverbial mala fe les aconsejó desembarcar lo más lejos posible de los tapos, cuando lo prudente y conveniente hubiera sido hacerlo a una distancia desde la cual pudieran vigilar todos los movimientos de sus potenciales enemigos. La armada imperial fue sorprendida en plena operación de desembarco, cuando sus gigantescos discos volantes ya se encontraban sobre la atmósfera de Veres. Las operaciones tuvieron que ser suspendidas mientras la flota de cruceros daba media vuelta y salía al encuentro de las esferonaves tapo.

En la base de Negros, el autoplaneta “Hermes” arriaba la bandera. Un solo hombre subió al casquete que afloraba de la superficie del agua para recoger la enseña. Era el capitán Tuanko Aznar. Después de él ningún otro ser vivo utilizó los montacargas para entrar en el autoplaneta.

Cuando Tuanko Aznar entró en la Sala de Control, su abuelo el Almirante estaba de pie sobre la plataforma del puente. Tuanko se dirigió a su tío-abuelo, el doctor Fidel Aznar, y puso la bandera plegada en sus manos.

—Que esta bandera no vuelva a ser desplegada por otros vientos que no sean los de Atolón —dijo Tuanko.

—Así sea, en el nombre de Dios —respondió el “bundo” aceptando la bandera.

A su alrededor los controladores presenciaban, en silencio, la sencilla y emotiva ceremonia. Una voz gritó:

—¡Viva Atolón! ¡Viva la nación tapo!

Contestaron doscientas voces estentóreas. Luego, otra voz anunció:

—Clausuradas las compuertas.

—¡Listos para despegar! —gritó el Almirante Aznar.

Con sus poderosos reactores nucleares en marcha, el “Hermes” empezó a emerger del seno del océano. Parecía una boya a la que se le hubiera insuflado aire. Su enorme mole gris salía del agua, creciendo como una montaña, hasta que toda la esfera se separó del mar y flotó en el aire, subiendo y subiendo...

A 380 millones de kilómetros de Negros, la flota tapo lanzaba al espacio “paquetes” de caza-interceptores “Delta” y torpedos robot de cabeza nuclear. Tanto los “Delta” como los torpedos, reducidos por el sistema de eliminación de los espacios vacíos existentes entre la materia, recobraban su tamaño natural al salir del “paquete” y operaban por cuenta propia dirigiéndose a los blancos.

Precedida por una densa nube de torpedos y caza-interceptores, la flota tapo cargó con fuerza imparable desbaratando la formación defensiva thorbod. Las enormes esferas de un kilómetro de diámetro se llevaban por delante cuanto encontraban a su paso. Su objetivo eran los 300 transportes siderales de 12 kilómetros de diámetro, costosas aeronaves de “dedona”, cuya construcción invertía años.

En este momento, los comandantes de las esferonaves abandonaban los buques desmaterializándose en las “Karendón Traslator”, para ser recuperados veinte minutos más tarde en las “Karendón” del autoplaneta “Hermes”. Mientras tanto, en el Centro de Operaciones Alfa, el personal se dirigía ordenadamente a las baterías de máquinas “Karendón” para ser transferidos igualmente

al “Hermes”.

En las ciudades de Renacimiento y Maquetania, los grupos de demolición activaban los dispositivos detonadores automáticos y se dirigían a las Estaciones de Emigración para ser desmaterializados y transferidos al “Hermes”.

El “Hermes” se encontraba ya a tres millones de kilómetros de Maquetania, acelerando a razón de diez metros/segundo, cuando la alcanzaron las imágenes de televisión que llegaban de Veres pasando por algunos repetidores intermedios. Entonces, en las grandes pantallas murales de televisión de la Sala de Control, se vieron las animadas escenas de la batalla sideral. Los caza-interceptores “Delta” atacaban como un enjambre de avispas furiosas a los buques thorbod, mientras las pesadas esferonaves se dirigían contra los discos-volantes.

La colisión entre las esferonaves y los transportes thorbod fue de una violencia apocalíptica. Algunos de los discos-volantes, alcanzados de plano, fueron atravesados de parte a parte por las esferonaves. Éstas, a su vez, se desbarataban, haciendo explosión sus reactores nucleares. Los reactores de los discos volantes y las municiones que llevaban a bordo estallaban a su vez haciendo añicos los costosos transportes. Ni uno solo se salvó del desastre. Si los thorbod insistían en desembarcar en Veres tendrían que hacerlo utilizando otros sistemas más lentos y costosos.

Los almirantes de la Armada tapo y los miembros del Gobierno que procedían de Alfa todavía llegaron al “Hermes” a tiempo de presenciar el final de la flota de transportes de los hombres grises. Además de la totalidad de sus discos volantes, los thorbod perdieron alrededor del medio millón de buques de su armada.

Contra lo que pudiera esperarse no hubieron vítores ni felicitaciones en la Cámara de Control del “Hermes”. El presidente Da Hera, cuyos familiares ya se encontraban a bordo, desmaterializados desde hacía semanas, se dirigió al almirante Jul Luva y dijo sencillamente:

—Ha sido un buen trabajo. Los planes de los thorbod sufrirán un considerable retraso, aunque lógicamente, esto no les detendrá.

—Era todo cuanto podíamos hacer. Hemos dado un honroso fin a nuestra flota —contestó el Almirante.

Una hora después, los miembros del gabinete del presidente, los

jefes de la Armada y los oficiales de la tripulación del “Hermes” se reunían para celebrar juntos la última comida. Se imponía que alguien pronunciara unas palabras de despedida, y el presidente Da Hera se puso en pie para decir:

—Amigos míos, mientras despachaba estas excelentes ostras se me ocurrió pensar que ésta será la más larga digestión de una comida que haya realizado jamás. Empezada ahora, no terminará hasta dentro de un siglo, en otro lugar lejano situado a seis mil años luz de distancia, cuando de un trozo “vetatom”, recomponiendo átomo por átomo todas mis células, una “Karendón” reconstruya enteramente mi cuerpo y acuda mi alma a reunirse con él. Esto, que parece obra de brujería, jamás se me hubiera ocurrido que pudiera sucederme a mí cuando, hace cincuenta años, era yo un chiquillo que vivía en una cueva de trogloditas en el planeta Cuarto. Por aquella época apareció repentinamente un hombre joven, de mirada centelleante y cálida voz, que encaramado al techo de un aerobote nos habló a la tribu con un castellano casi ininteligible. A pesar de todo le entendimos. Aquel hombre nos descubrió parte de nuestro remoto pasado, nos habló de nuestros orígenes, y nos llamó a la unión de todos los tapos para formar una sola entidad nacional, para formar una gran nación donde los tapos se verían libres de persecuciones, donde habría comida para todos, y libertad y justicia para todos. Ese hombre extraordinario, fundador de la nacionalidad tapo, era el Almirante Miguel Ángel Aznar.

Hubieron unos discretos aplausos para el Almirante Aznar, el cual se puso colorado como un colegial. Luego el presidente terminó diciendo:

—Todos conocemos de sobra la labor del Almirante Aznar y el resultado del extraordinario impulso que él dio a nuestra joven nación. Para los que nacimos en las grutas de las montañas y conocimos la amargura de una existencia marcada por las penalidades y la persecución de las mantis, todo lo ocurrido en este último medio siglo es como un sueño. Un sueño maravilloso del que casi temíamos despertar, y que ha concluido de manera súbita y trágica con la aparición en nuestra galaxia de esa raza enemiga, de esa maldita raza thorbod. Lo hemos perdido todo. Nuestra labor de tantos años, nuestras ilusiones y nuestras esperanzas en un futuro que veíamos prometedor. Si consideramos lo poco que teníamos

hace sólo cincuenta años, casi podemos considerarnos afortunados. Pero las experiencias de los hombres son irreversibles, y hoy conocemos otro modo de vivir, otra manera de pensar, otra forma de concebir los planes para el futuro. Los tapos no vamos a regresar a las cuevas de donde nos sacó el Almirante Aznar. Gracias a nuestra técnica, a la que tanto contribuyeron los exilados de “Valera”, hoy tripulamos una poderosa aeronave dispuesta a abrirse camino en las misteriosas rutas del hiperespacio. Vamos a la Tierra, pero no para pedir asilo en ella. Los tapos tienen su propia patria en Atolón, y lo que vamos a pedir a los terrícolas es ayuda para reconquistar nuestro propio planeta. Curiosamente, el destino de los tapos vuelve a estar hoy en manos del hombre que nos dio el ser. El Almirante Aznar es el comandante de esta nave, en la cual viajan trescientos millones de tapos, cuyas almas esperan regresar de la dimensión temporal. Confíemos en el Almirante Aznar, en la seguridad de que él nos conducirá sanos y salvos a la Tierra, y algún día no muy lejano, de regreso a Atolón para continuar nuestro interrumpido camino. ¡Viva el Almirante Aznar!

Entre una salva de aplausos el presidente hizo ponerse en pie al Almirante Aznar y le abrazó. Parecía que el Almirante, deseaba decir algo. Se hizo el silencio.

—Amigos míos, sólo diré una cosa. Os agradezco la confianza que depositáis en mí. Espero conducir esta Arca de Noé salva hasta la Tierra, y confío en la Providencia para que algún día podamos regresar a este lugar donde nos encontramos ahora y rescatar nuestra patria. ¡Viva la nación tapo!

Los comensales se pusieron en pie para aplaudir y ya no volvieron a sentarse. Allí mismo comenzaron las despedidas, dirigiéndose unos a sus puestos y la mayoría a las máquinas “Karendón” para ser desmaterializados.

Tuanko Aznar, que no asistió a aquella comida, veía a través de las pantallas murales de televisión cómo saltaban las ciudades de Maquetania bajo el impulso brutal de las deflagraciones termonucleares. No sólo las ciudades; arsenales militares, bases de la Armada, complejos industriales, canales, puentes y presas, toda la obra realizada por los tapos en el último medio siglo, y todo cuanto los renacentistas habían llevado a cabo en Renacimiento, saltaba en añicos. Poco de lo que allí quedara serviría a los thorbod.

Cuando dos horas más tarde Tuanko se fue a dormir, todavía conservaba grabado en las retinas el brillo fulgurante de las explosiones termonucleares y la visión de las enormes columnas de humo que, en forma de seta, se levantaban del suelo del circumplaneta.

Veinticuatro horas más tarde le correspondía a Tuanko el turno de entrar en la “Karendón”.

Después de acelerar constantemente, el “Hermes” estaba a pocas horas de alcanzar la velocidad de la luz. Pero nadie asistiría al momento en que el autoplaneta, impulsado por ondas gravitacionales, cruzaría la barrera de la luz y se sumergiría en el subespacio, una dimensión distinta del espacio vulgar donde la vida humana quedaba interrumpida y sólo podían seguir operando las máquinas.

Para el personal de servicio de la Sala de Control se disponía de una “Karendón” conectada a la computadora principal de la nave. Una vez el último tripulante hubiese entrado en la máquina “Karendón”, la computadora, y sólo ésta, determinaría el momento en que los tripulantes deberían regresar. En el intervalo, el autoplaneta sería como un gran ataúd repleto de muertos, cruzando el subespacio convertido en algo parecido a una tenue nube de gas que cubría millones de kilómetros. Una nube casi invisible que atravesarían los planetas y los astros sin más daño que un ligero revoloteo de las distanciadas partículas, que luego volverían a ocupar su lugar.

En la gran Sala de Control sólo quedaban dos docenas de hombres aparte del Almirante Aznar, el doctor Fidel Aznar y el padre de Tuanko. El profesor Alejandro y Tuanko fueron acompañados por el Almirante y Adler Ban Aldrik hasta la cámara contigua donde estaba instalada la “Karendón”. Todos poseían experiencia anterior en el fenómeno de la desmaterialización, aunque en esta ocasión las cosas eran algo distintas. Si el autoplaneta sufría algún percance durante su vuelo, si la complicada computadora se equivocaba, ni uno solo de los trescientos cuarenta millones de seres que viajaban en el “Hermes” regresaría a la vida.

En el subespacio, a diferencia del espacio convencional, un móvil estaba siendo continuamente frenado. El “Hermes”, después

de fisionar el último kilo de “dedona” en sus reactores nucleares, perdería impulso y emergería del subespacio realizando entonces el fenómeno de contracción de su masa. En el espacio convencional, el “Hermes” continuaría volando a la velocidad de la luz, porque en esta dimensión bastaba la energía cinética para seguir moviéndose. Y así continuaría hasta Dios sabía cuando, probablemente hasta que un astro, o un planeta se interpusieran en su camino, o fuera a caer en uno de los llamados “agujeros negros”, encontrando de cualquiera de estos modos un dramático final.

¿Qué ocurriría entonces con los trescientos cuarenta millones de tripulantes? Pues, sencillamente, permanecerían hasta la eternidad en la dimensión temporal, sin posibilidad de transmigrar, condenados a una especie de estado fantasmal, como castigo a su audacia.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Tuanko al estrechar la mano del “bundo”.

Contestó el padre de Tuanko:

—¡No seas ave de mal agüero! Esas cosas ni se dicen. ¡Naturalmente que volveremos a vernos! Anda, entra ya.

Empujado cariñosamente por su padre, Tuanko Aznar se deslizó por entre el borde de la cabina y la pantalla de extraordinario grosor que cubría toda la parte abierta. El interior de la cámara y de la pantalla estaban enteramente recubiertos de vidrio. El espacio útil de la cámara no era mayor que el de una cabina de teléfonos.

Tuanko esperó oyendo el intenso zumbido de la máquina mientras ésta hacía acopio de energía. Había un punto en que este sonido cambiaba de intensidad, y era la señal de que se iba a disparar la “Karendón”. Tuanko escuchó este cambio de sonido y casi en el mismo instante brilló un relámpago verde azulado. La luz verde azulada pasó a convertirse luego en una especie de resplandor rosado. Todo el espacio a su alrededor estaba lleno de esta luz extraterrena, que le penetraba y le hacía sentir ligero, como sumido en un estado de ingravidez. Se sentía elevar, elevar..., pero no era una sensación física, sino de naturaleza distinta.

De pronto brilló un relámpago y Tuanko se vio parpadeando, todavía rodeado de las vítreas paredes y el techo de la cámara de la “Karendón”. ¿Había fallado la máquina? Una voz pastosa y de timbre agradable, una voz femenina anunció:

—Ya puede usted abandonar la cámara.

Siempre ocurría igual. Cuando uno era desmaterializado en una “Karendón” y era restituido de nuevo, nunca podía saber si se encontraba en el mismo sitio o en un lugar diferente. Salió de la cabina y miró a su alrededor. Nadie había acudido a esperarle. La puerta de la cámara estaba abierta y por la abertura se divisaba parte de la Sala de Control.

Tuanko entró en la Sala de Control. Los mismos controladores ocupaban las mismas consolas. Su padre, el doctor Fidel y el Almirante Aznar permanecían de pie contemplando la imagen de una de las pantallas murales de televisión. En la pantalla se veía un globo terráqueo, a su derecha estaba la Luna. Tuanko, que jamás había visto la Tierra, la reconoció en seguida.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó Tuanko jubiloso—. ¡Esa es la Tierra!

El profesor Alejandro se volvió a mirarle.

—Hola, hijo —sonrió—. ¿No es cierto que se ve bonita desde aquí?

Tuanko reparó entonces en el bello color azul del planeta.

—Sí, es muy hermosa. ¿Hemos establecido ya contacto con los terrícolas? —preguntó.

El Almirante Aznar se volvió a mirarle.

—Ninguna clase de contacto —gruñó malhumorado—. No hay señales de radio ni televisión, allí todos parecen muertos. Además, si te fijas observarás que no se ve, por parte alguna, rastro del autoplaneta.

—¡Es cierto, “Valera” no está ahí! ¿Se habrá marchado, o tal vez no ha llegado todavía?

—Tal vez no haya llegado —dijo Adler Ban Aldrik sin dejar de contemplar el planeta.

—¿Pero, cómo es posible eso? ¡Si salió de Atolón cincuenta y dos años antes que nosotros!

—Tal vez equivocara el camino... o tal vez lo equivocáramos nosotros.

—¿Equivocarnos? ¡Eso es la Tierra, no cabe duda!

—Sí, ¿pero cuál de ellas? —dijo el “bundo” clavando sus ojos azules en la cara de Tuanko.

—¿Cuántas Tierras hay? —preguntó Tuanko, pero adivinando el

pensamiento de su tío se estremeció—. Vamos, ya entiendo lo que quieres decir. No hay una sola Tierra, sino muchas, cada una de ellas en una dimensión del tiempo. ¿Te refieres a eso?

—Tu tío cree que hemos venido a dar con la Tierra del pasado —dijo el Almirante Aznar pensativamente.

—¿Cuál pasado? —preguntó Tuanko.

—Eso tendremos que averiguarlo por nosotros mismos.

Tuanko Aznar se quedó mirando maravillado el hermoso planeta azul.

CAPÍTULO QUINTO

A servicio de la Sala de Control fue Asnar, el resto del personal de este personal se encontraba Virela Aznar y la alférez Mika Alva, ambas asignadas a este servicio desde semanas antes que el autoplaneta emprendiera su viaje a la Tierra. El total de la dotación de la Sala de Control era de casi doscientas personas, entre almirantes, jefes, oficiales y suboficiales especialistas, que se repartían el trabajo en turnos de seis horas.

Tuanko fue a esperar a las dos muchachas junto a la máquina “Karendón”. Apareció primero Virela Aznar, y a continuación, en el intervalo de un minuto, la alférez Mika.

—¿Hemos llegado bien? —preguntó Mika.

—Estamos vivos, ¿no es cierto? —contestó Tuanko. Las dos chicas le interrogaban telepáticamente y él continuó—: Bueno, parece que ha habido un pequeño error. Hemos venido a parar a las coordenadas de un tiempo de la Tierra anterior al tiempo actual.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Mika sorprendida.

—Pues, sencillamente, que ésta no es la Tierra que buscamos, sino la Tierra en el remoto pasado. No hemos podido determinar todavía la edad en que vive el planeta.

—¡Vaya, eso tiene gracia! —exclamó Virela—. A lo mejor hemos descubierto la Tierra del siglo veinte, aquella que ya visitaron los abuelos hace un millón de años, cuando “Valera” vino a reconquistar los planetas terrícolas, que entonces estaban en poder de los sadritas. ¡Sería la mar de divertido!^[3]

—De momento no hay señales de radio, así que no puede ser el mismo tiempo.

—Bueno, tal vez encontremos la Tierra de la Era Terciaria, con sus saurios gigantescos y todas esas cosas tan interesantes.

Estaban saliendo más personas restituidas por la “Karendón” y

Tuanko empujó a las chicas hasta la amplia Sala de Control a fin de que no estorbaran el paso a los que iban llegando. En la gran pantalla mural, la imagen de la Tierra atraía la atención de todos cuantos llegaban a la Sala de Control. Había bastante ruido allí, debido a las preguntas que los recién llegados hacían a los que suponían enterados. Un capitán de navío gritó:

—¡Por favor, guarden silencio!

Mika Alva acercó sus labios al oído de Tuanko.

—¿No podemos ver la Tierra más cerca?

—La tenemos en el máximo alcance de nuestros telescopios. Todavía nos encontramos lejos, girando alrededor de ella en una espiral y frenando nuestro impulso.

El mismo capitán de navío que había rogado silencio llamó a Tuanko.

—Tuanko, sitúese junto a la puerta y ocúpese de que la gente no se detenga aquí. Que se dirijan a sus camarotes, a la sala de recreo o a cualquier otro lugar.

—Pero la gente va a querer saber lo que está ocurriendo... ¡Va a ser una lata repetir la misma historia cada tres minutos!

—De acuerdo, esa va a ser su misión —dijo el capitán alejándose.

—¡Vaya un encarguito! —refunfuñó Tuanko.

Durante las dos horas y media siguientes, Tuanko se vio desempeñando el papel de guía. Acompañaba en grupos de tres a los que iban saliendo de la “Karendón”, y mientras les empujaba suave, pero firmemente hacia la salida, les hacía un breve resumen de las circunstancias. Cuando dejaba al grupo en el corredor y volvía, ya había otros dos o tres nuevos individuos haciendo preguntas. Los asía del brazo y se los llevaba hacia la puerta repitiendo la misma historia.

Cuando la “Karendón” se detuvo, finalmente, Tuanko estaba agotado y ronco. Salió en busca de Virela y Mika y se fueron a comer juntos. En el comedor había instalada una “Karendón” del tipo llamado “dispensera”, que podía compararse a aquellas muy antiguas máquinas automáticas en las que, introduciendo una moneda, servían café, zumos de frutas y platos combinados.

La diferencia consistía en que aquí no había que introducir moneda alguna; el dinero había sido abolido en las modernas

civilizaciones desde hacía milenios. Además, la “dispensera” tenía una capacidad prácticamente ilimitada para servir cualquier tipo de alimento, a condición de que la comida deseada estuviera impresa en el rollo de “vetatom” que utilizaba la máquina. Las comidas no eran almacenadas previamente; la “Karendón” las fabricaba en el mismo instante sobre la fórmula que aparecía en el “vetatom” mediante un código de perforaciones. Alimentada de energía eléctrica, la “dispensera” reponía átomo por átomo la materia que un día sirviera de modelo. Aparecía en el armario ya cocinada, caliente o fría según de lo que se tratara (sopa, helado, fruta) con sus aspecto y olor característicos, incluso con plato, tenedor y cuchillo, en frasco, vaso o taza.

Cuando el comensal había terminado cogía todos los restos, platos, botellas, vasos, servilletas y cubiertos, levantaba la tapa de un cajón y lo echaba dentro. Otra máquina, de características complicadas, lo desintegraba todo reduciéndolo a la nada. En el “Hermes” no había problema de recogida de basuras.

El autoplaneta, guiado por controles automáticos según un plan de vuelo previamente programado, había identificado la Tierra sirviéndose de las constelaciones próximas, y en ese momento inició la operación de frenado mediante la aplicación de las ondas antigravitacionales. Al pasar de una velocidad traslumínica a una velocidad sublumínica, el “Hermes” pasó al estado de contracción y emergió del subespacio. Si un observador situado lo bastante cerca hubiese podido presenciar este fenómeno, habría visto cómo de pronto surgía de la nada y se materializaba aquella esfera de tres kilómetros de diámetro que todavía volaba a una velocidad próxima a la de la luz. Dicho en términos vulgares, el “Hermes” era como un submarino que, de pronto, surgiera del seno del océano haciéndose visible.

La computadora del “Hermes” había funcionado en el momento preciso, cumpliendo las órdenes recibidas, restituyendo en la máquina “Karendón” al primer tripulante, que en este caso debió ser el doctor Fidel Aznar. A continuación del científico “bundo” fueron restituidos el Almirante Aznar y la primera tanda de técnicos y controladores de la Sala de Control.

Ahora el autoplaneta necesitaba algún tiempo para deshacerse de su energía cinética, frenar su tremenda velocidad y acercarse a la

Tierra describiendo una espiral de círculos cada vez más cerrados.

—Supongamos que hemos venido a parar a la Tierra de los tiempos de Napoleón Bonaparte —dijo la alférez Mika—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Nos acercamos a saludar a Napoleón, o nos marchamos en busca de la verdadera Tierra?

—No lo sé, tal vez hagamos ambas cosas, una a continuación de otra —respondió Tuanko—. Conste, sin embargo, que esta Tierra que tenemos a la vista es tan verdadera como esa otra Tierra que buscamos.

—¿Cómo es posible eso? Napoleón y su tiempo pertenecen al pasado. No existen en nuestro tiempo actual. Lo que es más convincente todavía, nosotros no existíamos en la época de Napoleón. Si no existíamos entonces, y ese entonces es el ahora de la Tierra, ¡nosotros no existimos en este momento ni en esta Tierra! ¿Qué somos entonces, fantasmas? ¿O somos nosotros reales, y eso que vemos es sólo un fantasma de la Tierra del pasado?

—Todo es real —aseguró Tuanko—. Resulta difícil de entender, pero así es. ¿Conoces la teoría del filme? Los grandes metafísicos como mi tío-abuelo aseguran que todo lo que fue en el pasado permanece, “es”, existe en su dimensión del tiempo. Podemos representar entonces el tiempo como un largo filme que comienza en el principio de la creación del universo y se extiende en el tiempo y el espacio. Si tomando como punto de partida el momento actual pudiéramos viajar en sentido inverso a lo largo de ese filme, asistiríamos a la escena de lo ocurrido ayer y anteayer. Nos veríamos a nosotros mismos de niños, de recién nacidos. Veríamos a nuestros padres antes de que nosotros naciéramos, asistiríamos a la juventud de nuestros abuelos, de nuestros bisabuelos... Ahora bien, si llegados a un punto del filme nos detuviéramos, y empezáramos a recorrerlo en sentido contrario, asistiríamos a la batalla de Waterloo, y en línea ascendente presenciáramos todo lo que ha ocurrido en la Tierra hasta el momento presente.

—El símil del filme está claro —interrumpió Mika—. ¿Pero se puede aplicar a la realidad? El filme no es más que una sucesión de imágenes. Veríamos entonces fantasmas, sombras de gentes que existieron y murieron, seres y cosas inaprensibles que se desvanecerían cuando quisiéramos tocarlos.

—Supongamos que esas cosas existen en realidad, que cada

hora, que cada segundo y cada fracción de segundo existe en su propia dimensión del tiempo. Al recorrer el pasado en sentido inverso sólo veríamos imágenes, pero en el mismo instante de detenernos penetraríamos en ese tiempo, andaríamos con él formaríamos parte de él. No existe ninguna máquina capaz de trasladarnos a otra dimensión del tiempo, ni es previsible que llegue a inventarse jamás. El ejemplo del filme que se extiende desde el presente al pasado no es aplicable en la realidad. Obviamente, si recorriéramos ese camino a la inversa, no llegaríamos a ninguna parte. Andando hacia atrás alcanzaríamos muy pronto la fecha de nuestro nacimiento y nos desvaneceríamos en la nada. Si nosotros hemos podido llegar hasta aquí, se debe a circunstancias muy especiales. No vinimos en carne y hueso, sino desmaterializados. Incluso la materia de nuestros “vetatom” y la misma materia de nuestro autoplaneta han pasado por una serie de fenómenos que todavía nos son desconocidos. Probablemente mientras volábamos en el subespacio a mayor velocidad que la luz no éramos materia, sino energía. A velocidad sublumínica la energía de nuestro “Hermes” recobró su forma material. Nosotros fuimos materializados después por las “Karendón”. Adler Ban Aldrik asegura que no hay otra forma posible de irrumpir en la dimensión del tiempo. Ningún ser vivo soportaría esa prueba. Algún día aprenderemos a fijar con exactitud las coordenadas del tiempo y viajar tanto al pasado como al futuro, pero siempre se hará de la forma que lo hicimos nosotros.

La larga disertación de Tuanko fue interrumpida por los altavoces instalados en todas las dependencias de la esferonave. El profesor Alejandro habló a través del circuito para informar a la tripulación del estado de cosas:

“Debido a un error de cálculo hemos venido a encontrarnos con un planeta situado en una dimensión del tiempo distinta de la que buscábamos. Un hecho semejante sólo había ocurrido una vez anteriormente, pero quizás debamos hacernos a la idea de que puede darse con más frecuencia de lo que habíamos supuesto. En definitiva, no ha pasado nada que no pueda ser corregido, el “Hermes” volará de nuevo y, esta vez sobre datos más fidedignos, alcanzará la Tierra en su dimensión actual. Para que no se confundan ustedes, sepan que esta Tierra que tenemos a la vista es

tan real y actual como la otra Tierra que buscamos. Aquí también están ocurriendo cosas, y nos hemos propuesto acercarnos a echar una mirada, con lo cual sólo perderemos una semana, o dos a lo sumo. Creemos que la Tierra que estamos viendo pertenece a una antigüedad remota, con toda seguridad anterior a la edad arcaica... Aunque todavía es pronto para llegar a una conclusión definitiva, vemos tierras emergidas que nos son totalmente desconocidas. La deriva del continente americano hacia el oeste está aproximadamente a la mitad de la distancia que figura en nuestros mapas. Es decir, o esta separación sufrió algún retraso sobre la época propuesta por nuestros geólogos, o realmente estamos ante una Tierra de notable antigüedad. Les tendremos informados de los sucesivos descubrimientos. Gracias por su atención.”

A continuación, antes de que comenzaran los comentarios a la noticia, los altavoces dieron las listas de las sucesivas guardias, tal como éstas habían quedado establecidas. Tuanko y Mika Alva estaban en la segunda guardia, que entraría en servicio nueve horas más tarde.

—Chicas, vosotras haced lo que gustéis, yo me voy a dormir, quiero estar bien despierto cuando empiecen a ocurrir cosas interesantes —dijo Tuanko Aznar poniéndose en pie y empezando a recoger los platos y cubiertos que había utilizado.

Cuando Tuanko se levantó al día siguiente había dormido ocho horas y le quedaba el tiempo justo para acudir a tomar su guardia en la Sala de Control. Se vistió rápidamente, dejando el afeitado y la ducha para más tarde, salió al corredor y llamó a la puerta de Mika, pero el camarote estaba vacío según pudo comprobar al abrir la puerta. La alférez había madrugado más que él.

Se dirigió a la Sala de Control, encontrándose en el pasillo con los controladores que dejaban la guardia. El oficial de servicio, vicealmirante Samper, tenía la lista en la mano y le apremió:

—Vamos, Tuanko. Encima que se retrasa llega sin afeitar.

Tuanko reemplazó al timonel, tomando asiento ante la consola de mandos. Ante sí tenía una pantalla de un metro de ancho en la que se veía el globo terráqueo ocupando todo el cristal. Al pie de la televisión, en otra pantalla negra rectangular más pequeña aparecían las indicaciones del radar: “Distancia 26 millones de kilómetros. Velocidad 5.000 Km/segundo.”

Pero el “Hermes” no se dirigía en línea recta a la Tierra, sino que giraba alrededor de ésta describiendo una espiral cada vez más cerrada. Siendo la desaceleración del “Hermes” de 50 mts./seg. éste tardaría en detenerse completamente veintisiete horas y cuarenta y seis minutos. Pero probablemente la intención del Almirante no era dejar el “Hermes” completamente parado, sino girando alrededor de la Tierra a unos 15 millones de kilómetros de distancia. Para girar con la Tierra, manteniéndose siempre sobre un punto fijo de ésta, el “Hermes” tenía que sostener una velocidad de 1.090 Km/seg. Por, lo tanto, el “Hermes” sólo tendría que rebajar la velocidad en 3.910 Km/segundo, en lo cual invertiría un tiempo de 21 horas 43 minutos.

Incluso este tiempo le parecía excesivo a Tuanko. Una cápsula portadora de una “Karendón Traslator” podría aplicar una deceleración más enérgica y llegar a la Tierra en unas horas. Posada en cualquier lugar terrestre, la “Traslator K” restituiría una patrulla exploradora en cuestión de minutos. ¿Habría pensado ya el Almirante en ello? Tuanko no podía saberlo, el Almirante no estaba en la Sala de Control cuando llegó Tuanko, ni estaba allí su padre ni su tío Fidel. El oficial de guardia ignoraba cuáles eran los planes concretos del comandante de la nave.

Después de tres horas seguidas ante los controles, Tuanko fue relevado para que se tomara un descanso de media hora. No había tomado nada en nueve horas y se dirigió a la cafetería del vestíbulo para desayunar. Mientras tomaba una taza de café y unas tostadas con mantequilla se produjo un ligero incidente; la esferonave experimentó una brusca sacudida y la taza de Tuanko salió lanzada del platillo derramándole el café por el blanco uniforme de astronauta.

Hubo la consiguiente alarma entre los que se encontraban en la cafetería. Tuanko regresó a la Sala de Control para indicar qué había ocurrido. El vicealmirante Luis Samper estaba de pie junto al timonel y dio una explicación documentada de lo ocurrido.

—Hemos estado a punto de ser alcanzados por un astrolito de gran tamaño. Todavía nos tocó de refilón, ignoro los daños que haya podido causarnos.

Según explicó el vicealmirante, existía alrededor del Sol y en un plano zodiacal un anillo cósmico constituido por millones de

partículas sólidas, algunas de las cuales eran verdaderos asteroides. La presencia de este anillo se manifestaba a los terrícolas con la luz zodiacal, perfectamente visible en marzo y septiembre.

—Dos veces al año, la Tierra atraviesa este anillo cósmico. Durante esta travesía, la luz solar queda parcialmente interceptada, con lo que se produce un enfriamiento general del globo terráqueo; en primavera, del nueve al quince de mayo, y en otoño, del uno al seis de noviembre, en que se producen heladas nocturnas. En estos días sólo los rayos anaranjados y rojos del espectro tienen la longitud de onda suficiente para atravesar esa especie de neblina cósmica y llegar hasta la Tierra, mientras que la Luna aparece de color rojizo, como la sangre. Las dos travesías anuales de la Tierra por este anillo constituyen un serio peligro para los terrícolas. Es por estas épocas cuando desde la Tierra se ven las estrellas fugaces, que en realidad no son sino caídas de aerolitos, fenómeno que se produce en la misma atmósfera de la Tierra.

—¿Era tan grande ese astrolito que no hemos podido desviarle de nuestra trayectoria? —preguntó Tuanko.

Holgaba la respuesta; si el “Hermes” hubiese podido desviarlo no habría chocado con él. El “Hermes” disponía de un sistema para apartar los obstáculos que se interponían en su trayectoria en vuelo. Esta tarea quedaba confiada a las ondas “aG”, (antigravitacionales) que empujaban y apartaban los escollos de su camino. Pero el “Hermes” no podía, obviamente, empujar una mole mayor que su propia masa. Cuando el obstáculo tenía superior masa que el autoplaneta, era éste quien se apartaba de la trayectoria de aquél evitando el choque. De aquí la ventaja de viajar en un autoplaneta de gran masa, como el “Valera” o el “Argos” de los thorbod.

El incidente no había pasado desapercibido en las otras dependencias del “Hermes”, registrándose numerosas llamadas para indagar lo ocurrido. Entre éstas figuraba una del Almirante Aznar, despertado de su sueño por la sacudida.

Samper envió un equipo al exterior para inspeccionar los daños. Éstos, por fortuna, eran leves. El asteroide se había llevado algunos metros cúbicos de hormigón y cierto número de proyectores de “luz sólida”, además de una antena de radar.

El cuarto de guardia terminó sin otra novedad digna de mención y Tuanko fue relevado por el oficial piloto entrante.

Después de almorzar en compañía de Mika Alva, Tuanko fue en busca de su padre, a quien no veía desde el día anterior. Lo halló en compañía de Adler Ban Aldrik, examinando unas ampliaciones fotográficas en el cuarto de cartografía, anejo a la Sala de Control.

—Mira esto —dijo el profesor Alejandro mostrando a Tuanko una fotografía todavía húmeda—. Es una ampliación fotográfica del istmo entre África y Asia.

—Ya veo —dijo Tuanko—. El Canal de Suez no ha sido construido todavía.

—¡Tonto! No sólo no se había construido el Canal de Suez, tampoco las pirámides.

—No había caído en el detalle. ¿Quiere decir eso que estamos ante una Tierra en la cual todavía no ha hecho su aparición el hombre?

—Nada de eso —respondió Adler Ban Aldrik tendiéndole otra ampliación—. Observa esto.

—¿De qué se trata?

—Es una ampliación sobre otra ampliación de ese continente desconocido que tanto nos llamó la atención. ¿Qué ves?

—No sé, parece una mancha en forma de trapecio. Aquí se ve un río. ¿Es un río, verdad?

—En efecto, es un río. ¿Qué ves sobre el río?

—Parece cruzado por una presa... ¡no, es un puente! ¿Lo es?

—Es un puente. Y esa mancha en forma de trapecio una ciudad amurallada.

—¡Una ciudad! ¿Luego allí vive gente? ¿Qué continente es éste?

—No lo sabemos, no existía en la época que se confeccionaron los primeros mapas. Todo indica que nos encontramos en una época antiquísima de la Tierra, en la cual, no obstante, ya vivía el hombre, y éste había alcanzado cierto nivel social. Las grandes ciudades, tal como las conocemos ahora, no existieron hasta fechas relativamente recientes. Ur, Babilonia, Nínive y Tebas surgieron como grandes urbes mucho antes que Atenas y Esparta. Pero la ciudad que estamos viendo aquí es incluso anterior a los imperios caldeos, asirios y egipcios.

—¿Vamos a explorar ese continente desconocido? —preguntó Tuanko.

—No tendríamos perdón si no lo hiciéramos —respondió el

profesor Alejandro—. Ese continente podría ser la clave de un misterio jamás explicado. La civilización terrícola más antigua de la que tenemos noticia es la sumeria. No cabe duda de que los sumerios, gente no semita, de cabellos oscuros, llamados en las inscripciones cabezas negras, fueron los últimos en llegar al gran delta del Éufrates y el Tigris. Anteriormente el país estaba poblado por otras tribus semitas. Pero los sumerios llevaban consigo una cultura superior, ya perfeccionada en sus puntos esenciales, y la impusieron a los semitas semibárbaros. La cuestión es ¿dónde perfeccionaron los sumerios su cultura? La antigua leyenda sumeria nos habla de un pueblo que llegó por mar al país del Éufrates y el Tigris. Existe la versión de que los sumerios eran originarios del valle del Indo, situado unos dos mil cuatrocientos kilómetros más a oriente. Pero suponiendo que fuera esa su procedencia, todavía quedaría en pie el problema del origen de ese pueblo misterioso.

—A menos que procedieran de este continente que acabamos de descubrir, y que luego por alguna causa desapareció —apuntó Tuanko, quien añadió a renglón seguido—: Estoy impaciente por ir a tierra. ¿Qué dice el viejo? ¿Por qué no toma ya una decisión? ¿Dónde está que no le visto desde ayer?

—Aquí está el “viejo” —dijo una voz. Y el Almirante Aznar entró en la habitación—. ¿Qué es esto, una conspiración familiar? ¿Qué guiso se está cocinando aquí?

Adler Ban Aldrik le mostró el mazo de húmedas ampliaciones.

—Hemos estado examinando todo esto.

—¿Y bien?

—Seguimos tus indicaciones, aunque infructuosamente. Ni Babilonia, ni Tebas existían aún por esta época. En cambio hemos encontrado algo muy interesante; una gran ciudad, una auténtica megápolis en ese continente sin nombre.

El Almirante Aznar examinó atentamente las fotografías y escuchó las explicaciones de su hermano y su hijo.

—Tuanko es de la opinión de no demorar más la exploración de ese continente —dijo el profesor Alejandro—. Te corresponde a ti tomar una decisión.

—De acuerdo, lanzaremos una cápsula portadora sin tripulación para que sobrevuele ese territorio. Si logra aterrizar sin percance enviaremos allá una patrulla.

—¿Me dejarás formar parte de esa expedición? —preguntó el joven Tuanko ansiosamente.

—Pregúntale a tu padre si te dejará ir —gruñó el Almirante.

Pero, utilizando sus facultades telepáticas, Tuanko vio que no había oposición a su viaje por parte paterna.

CAPÍTULO SEXTO

La cápsula portadora de longitud total por 71 metros de diámetro y anchura. Su casco, enteramente de “dedona”, tenía un metro de espesor en todas sus partes. Los motores fotónicos, situados a popa, estaban alimentados por un reactor nuclear convencional que utilizaba la “dedona” como material de fisión. Este reactor estaba situado atrás entre el equipo propulsar y la cabina de mando, con un aislamiento de plomo de un metro de espesor para protección de los tripulantes.

La cabina de mando estaba en un lugar intermedio entre el reactor nuclear y la “Karendón Traslator”, que estaba emplazada en la parte delantera, cerrada por una puerta de dos metros de grosor en forma de cono. La cámara de restitución de la “K-T” era un túnel de piso plano y techo abovedado, de dos metros cincuenta centímetros de altura, tres metros de ancho y ocho metros de profundidad. Podía desmaterializar o restituir de una sola vez a 24 hombres con su equipo de campaña, incluso con armaduras de “diamantina” y “back” (equipo de vuelo individual) o un aerobote de tamaño normal.

Alojada en un túnel practicado en el casco de hormigón de la esferonave, la cápsula portadora fue lanzada al espacio mandada por control remoto desde la Cámara de Control del “Hermes”.

La cápsula, impulsada por cuatro motores fotónicos, aceleró al salir al espacio y mantuvo esta aceleración en 50 metros segundo durante cinco horas y 33 minutos. En este tiempo había recorrido diez millones de kilómetros y llevaba una velocidad de mil kilómetros/segundo. A partir de este momento, la “K-T” empezó a desacelerar a 100 metros/segundo recorriendo los cinco millones que le faltaban en dos horas y 46 minutos. Al llegar a la superficie de la Tierra su velocidad era $V_0 - a \cdot t = 0$.

La elección del punto de aterrizaje de la cápsula había sido objeto de animada discusión, decidiéndose por fin por el delta que formaba la desembocadura del gran río, junto al cual se levantaba la ciudad. Cuando la cápsula se posó en tierra era de noche, el aterrizaje se realizó a luz de la Luna.

La patrulla de desembarco estaba formada por seis hombres: Adler Ban Aldrik, el profesor Alejandro Aznar, el vicealmirante Luis Samper, el capitán Tuanko Aznar, el teniente Artadi y el sargento Ribo. De ellos, el último llevaba consigo una cámara de filmación.

Los seis hombres, equipados con escafandra y armadura de “diamantina”, con “back” y subfusil lumínico, se encontraban en la Cámara de Control del “Hermes” cuando la cápsula portadora quedó posada en tierra firme. La cápsula estaba enviando continuamente imágenes de televisión, y estas imágenes aparecían en una de las grandes pantallas murales a bordo de la esferonave.

—Bien, parece que todo está tranquilo allí abajo —murmuró el vicealmirante Samper.

—Vayan ya —dijo el Almirante Aznar—. Tengan cuidado. Buena suerte y no tarden.

Para llegar hasta la cápsula portadora los expedicionarios tenían que utilizar una “Karendón Traslator” idéntica en tamaño a la que ya se encontraba posada en el fértil delta del río, a quince millones de kilómetros de distancia. Esta “Traslator” se encontraba en otra planta distinta del autoplaneta, y para llegar hasta ella los seis hombres tuvieron que tomar uno de los grandes montacargas que atravesaban de arriba abajo el interior de la esferonave.

La puerta de la cámara, de dos hojas de un metro de espesor, ya estaba abierta. Los expedicionarios entraron en el túnel llevando sus escafandras bajo el brazo y el subfusil colgado al hombro, y se repartieron por el amplio espacio interior depositando las escafandras y los fusiles a sus pies.

Al cerrarse las puertas quedaron sumidos en la más profunda oscuridad. Todos llevaban su linterna eléctrica, y el sargento, además de la linterna, un potente foco para filmar en interiores. Pero no encendieron las linternas, ya que la espera iba a ser corta.

En efecto, de afuera llegó atenuado el poderoso zumbido de la “Karendón”. El sonido bajó de tono y brilló un relámpago verde-azulado. Después quedaron de nuevo en la oscuridad. Por lo

general, la persona que era desmaterializada confundía el relámpago de la desmaterialización con el de la restitución. A menos que la máquina hubiera fallado, lo que raramente solía ocurrir, los seis astronautas estaban ya en la Tierra.

Así era. Pasado apenas un minuto vieron aparecer ante sus ojos una rendija por la que se filtraba una pálida claridad. La rendija se fue haciendo mayor a medida que se abrían las hojas de la puerta accionadas por un mecanismo hidráulico. La luz que entraba hasta el interior de la cámara era el pálido reflejo de la Luna. Una bocanada de aire húmedo, que olía a fango y materias orgánicas en descomposición, llegó hasta el olfato de Tuanko Aznar.

Este olor desconocido hizo latir más aprisa el corazón del muchacho. ¡Él, un hombre nacido en otro mundo lejano, estaba en la Tierra! Tuanko sintió la emoción de su padre. Por el contrario, Adler Ban Aldrik y Samper estaban perfectamente tranquilos.

—Vamos allá —dijo el vicealmirante.

Los astronautas recogieron sus escafandras y sus armas y avanzaron hasta el mismo borde de la cámara. La cápsula estaba hundida dos metros en el suelo blando. El piso de la cámara quedaba, por lo tanto, a ras del suelo. La puerta había barrido hacia afuera los altos juncos, y éstos se levantaron de nuevo formando a modo de un seto ante la boca del túnel.

Al saltar fuera de la cabina, Tuanko sintió el leve retemblar de una delgada corteza de tierra endurecida bajo la cual había un suelo blando e inconsistente.

El grupo se detuvo a mirar a su alrededor. Por todas partes se escuchaba el canto de los grillos y el croar de las ranas. Los juncos les cubrían hasta el pecho, y cerca de allí se levantaba un oscuro cañaveral, cuyos penachos mecía una brisa húmeda y suave cargada de efluvios marinos; sal, yodo y algas.

Sobre sus cabezas brillaba la pálida Luna.

—El mar está por ese lado —señaló Adler Ban Aldrik—. Luego la ciudad debe quedar por la parte contraria.

—Artadi, vaya usted a la cabina —ordenó Samper—. Cierre la “Traslator”, comunique al “Hermes” nuestra llegada y quédese aquí. Bajo ningún pretexto se alejará de la cápsula ni permitirá que nadie se acerque a ella.

—Sí, señor —dijo Artadi. Y se alejó andando a lo largo de la

cápsula en busca de la escotilla de acceso a la cabina.

—Estamos a siete u ocho kilómetros de la ciudad. Tendremos que utilizar los “back” —indicó Adler Ban Aldrik.

—Bien, de acuerdo —dijo el vicealmirante.

Se colgaron los subfusiles del cuello, se ajustaron las escafandras y accionaron el botón del reostato. Inducida por una corriente eléctrica, la chapa de “dedona” de la caja que llevaban a la espalda creó un campo de fuerza antigravitacional que les empujó por reacción hacia arriba. Esta fuerza de rechazo, característica de la “dedona”, era tanto más enérgica cuanto más próxima a tierra, y disminuía con el cuadrado de las distancias.

Para la intensidad de la corriente que habían utilizado, ésta sólo alcanzaba a elevarles a quinientos metros. A dicha altura quedaron inmóviles, suspendidos en el espacio. Ahora dominaban una perspectiva mucho más amplia; a un lado el océano en calma, rielando a la luz de la Luna, a sus pies la llanura pantanosa surcada de canales entre campos de cultivo, y al otro lado el ancho río espejeante, más cultivos, y a lo lejos la ciudad amurallada, con sus cúpulas y torres brillando mortecinamente. Más alto que ninguna torre, formando siete plantas superpuestas, se elevaba por encima de todo una especie de pirámide escalonada rematada por refulgente pináculo.

Aunque iban provistos de radio individual, los expedicionarios no necesitaban servirse de él. Un mensaje telepático de Samper, quien a pesar de su apellido era tapo puro, bastó para que todos abrieran simultáneamente el acelerador de partículas. Impulsados por un chorro de luz los astronautas volaron sobre el delta en dirección a la ciudad.

Tuanko se preguntó qué pensarían los vigilantes de las murallas si les veían llegar por el cielo empujados por un chorro de luz.

“Seguramente se iban a llevar un susto mortal” —se dijo.

Volaban sobre la orilla derecha del río por la margen contraria a la de la ciudad. A la vista tenían el puente que ya despertó su atención en las ampliaciones fotográficas. El río tenía allí más de un kilómetro de ancho, y la arquitectura del puente había suscitado la curiosidad de Adler Ban Aldrik, por cuanto suponía de progreso técnico.

Ahora, al estar más cerca, comprobaron que no hubo razón para

admirarse.

—Es un simple puente de barcas —manifestó el “bundo”—. La ingeniería no está tan desarrollada como había imaginado.

La ciudad era muy grande, mayor incluso de lo que habían calculado, y estaba rodeada por un doble cinturón de murallas, siendo el muro interior más alto que el exterior. En uno y otro se elevaban a distancias regulares altos torreones coronados de almenas. Más tarde, al volar sobre las murallas, verían que entre una y otra existía un foso de unos treinta metros de anchura lleno de agua.

De momento se habían detenido sobre el extremo del puente; una plataforma de madera sostenida por pontones flotantes. La forma achatada de los pontones había hecho suponer al profesor Alejandro que se trataba de estribos de piedra sillar.

—Bueno, sólo es un puente de barcas —dijo el profesor—. Pero, eso sí, están perfectamente alineadas.

—¿Qué les parece si volamos derechos a la ciudad? —propuso el vicealmirante a través de la radio.

—Hemos venido para verla, ¿no es cierto? —repuso el profesor Alejandro.

Abrieron de nuevo el acelerador y volaron sobre el puente en dirección a las murallas.

—Un par de nosotros, por lo menos, deberían dar la vuelta a la ciudad rodeando las murallas, mientras los otros se dirigen al interior —sugirió el vicealmirante, quien como militar propendía hacia las cosas hechas a conciencia.

Los demás guardaron silencio y Samper dijo:

—Tuanko, vaya usted y que le acompañe el sargento Ribo.

—¿Qué debo hacer? —refunfuñó Tuanko—. ¿Medir el grosor de las murallas y ver si tienen cañones?

—Obsérvelo todo con atención. Más tarde redactaremos una memoria de todo lo visto.

—Yo acompañaré a Tuanko —dijo el profesor Alejandro—. Es mejor que el sargento vaya con ustedes por si encuentran algo digno de ser filmado.

El vicealmirante no opuso reparos y Tuanko y su padre se apartaron hacia la izquierda para empezar a rodear la ciudad por aquel lado. Se acercaron a la muralla descendiendo hasta la altura

de las almenas. Calcularon diez metros de altura para el muro exterior, y unos quince para el segundo reducto. Poco después veían dos grandes torreones. Ya iban a pasar de largo cuando el profesor Alejandro se detuvo en el aire y dijo:

—Para, vamos a echarle una ojeada a esa puerta.

La luz de la Luna hacía brillar la enorme puerta de una forma extraordinaria. El profesor descendió hasta tocar el suelo, esperando hasta que Tuanko aterrizó a su lado. El piso era de grandes losas, más allá de las cuales se veía un camino polvoriento. Sólo la mitad inferior de las puertas estaba iluminado por la luna, quedando la mitad superior en la sombra que proyectaba el gran arco entre las dos torres.

El profesor echó a andar hasta la puerta, que estaba formada por dos enormes hojas de tres metros de ancho y ocho metros de altura, con grandes clavos cónicos del tamaño de la cabeza de un hombre. Las puertas parecían pintadas de purpurina dorada. Alejandro Aznar se acercó y golpeó primero con los nudillos de su guantelete de “diamantina”, haciéndolo a continuación con la culata de su subfusil lumínico.

—Tuanko, ven aquí. Mira esto.

—¿Qué ocurre?

—Estas puertas ¡son de oro! Tal vez no de oro macizo, pero forradas de oro con planchas de mucho espesor.

—¿Por qué habrán blindado sus puertas con oro? Es un metal muy blando y funde con relativa facilidad. Yo lo hubiera hecho con acero.

—No seas tonto —gruñó el profesor—. En la era que nos encontramos no se conocía el acero, ni siquiera el hierro. Sí el oro, aunque éste ha sido siempre un metal raro, de ahí que se le concediera extraordinario valor. Hacer unas puertas de oro en esta edad supone un alarde de riqueza extraordinario, ¡algo fabuloso, lo nunca visto!

Tuanko quedó perplejo. En Atolón los tapos y los renacentistas utilizaban con prodigalidad el oro en la construcción de tuberías para la conducción de agua, en grifos, en revestimientos exteriores para ventanas, y, en general, en aquellas cosas expuestas a la intemperie para protegerlo de la corrosión. El oro se obtenía fácilmente en las “Karendón” y sólo resultaba un poco más costoso

que el plomo por su mayor densidad, lo que suponía un gasto mayor de energía. Pero salvo por sus propiedades antioxidantes y anticorrosivas, el oro no tenía más valor que el plomo, el hierro o el mármol.

—Es cierto, recuerdo haber leído algo en los libros de historia acerca de la pasión que despertaba la posesión del oro. Nunca he podido comprender la mentalidad de aquella gente —dijo Tuanko.

En este momento algo duro golpeó con fuerza sobre la parte superior de la escafandra de Tuanko. El objeto que dio en Tuanko fue rechazado por la “diamantina” y rebotó en las losas. Tuanko se inclinó para recogerlo y lo levantó del suelo.

—Nos han arrojado un palo. ¡Qué desconsideración!

—¡Idiota, no es un palo! Es una lanza —gruñó el profesor tomando lo que Tuanko calificaba de simple palo. Retrocedió andando para atrás, levantando la cabeza para mirar hacia arriba. En ese momento le alcanzó tan violentamente un proyectil, que le dio en la parte anterior de la escafandra y le dejó sentado en el suelo.

Tuanko fue a recoger el proyectil y se lo mostró a su padre.

—Parece un ladrillo.

—¡Es un ladrillo! —rugió el científico poniéndose en pie.

Una cabeza asomaba entre dos almenas. Alguien dio una voz.

—Vámonos de aquí antes que ese energúmeno de vigilante despierte a toda la ciudad —dijo Tuanko despectivamente—. A lo mejor se creen que queremos robarle su oro.

Poniendo de nuevo en marcha sus “backs” se elevaron y partieron impulsados por sus motores fotónicos.

Rodeando la muralla tenían siempre a la vista, por encima del segundo baluarte, la gran pirámide escalonada con su refulgente cúpula. Al dar la vuelta a la ciudad se acercaban a la pirámide. Ésta se levantaba en un extremo del recinto amurallado, en el ángulo del trapecio que formaba la ciudad. Hasta llegar a él contaron 160 torreones en la muralla exterior, 180 en la muralla interior, y tres enormes puertas de oro. La cuarta puerta quedaba entre dos torreones en el mismo ángulo del recinto amurallado donde estaba la pirámide.

Al encontrarse más cerca advirtieron una débil luz en el interior del templete que remataba la pirámide.

—No es una pirámide, es un zigurat —dijo el profesor sin que Tuanko hubiese preguntado nada.

—¿Qué es un zigurat? —preguntó Tuanko en voz alta.

—Es un templo, formado, como ves, por siete cuerpos de edificio superpuestos.

—¿Por qué siete?

—No se sabe. Tal vez fuera el siete un número mágico. Los sumerios, que introdujeron este tipo de edificación, y los babilonios, que los copiaron de los sumerios, eran muy aficionados a la magia. Durante siglos, decir babilonio era sinónimo de mago. La relación entre este pueblo desconocido y los sumerios es evidente. Tal vez los sumerios que se dice llegaron a Mesopotamia por mar procedían de aquí. Vamos a echarle una mirada al zigurat, ya estoy cansado de contar torreones.

—Hay luz en el pabellón superior.

—Ya lo he visto. Seguramente haya allí un cuerpo de guardia, o una lámpara permanentemente encendida en honor del dios.

—¿Cuál dios? —preguntó Tuanko.

—¿Y yo qué sé, demonios? Pareces un chico tonto haciendo preguntas.

—¡Como tú lo sabes todo! Oyéndote hablar me doy cuenta de que soy un perfecto ignorante.

—¡Bastante, hijo! ¡Bastante! —gruñó el profesor.

Tuanko le siguió en su vuelo por encima de las murallas.

Fue entonces cuando descubrieron el profundo foso lleno de agua. El zigurat, macizo e imponente, elevaba sus siete pisos en mitad de un inmenso patio enlosado, el cual, a su vez, estaba separado de la ciudad por otra muralla y una puerta entre recias torres. Adosadas a la muralla, por el lado interior de ésta, se veía una serie de bajas edificaciones porticadas, destinadas, seguramente, a viviendas de los sacerdotes bajo cuya custodia estaba el templo.

Entre la muralla y la escalinata de un solo tramo que llevaba hasta el primer piso del zigurat, se extendía una avenida flanqueada de grandes figuras de animales, al parecer leones alados con rostro humano. Bajo la luz de la Luna, estas efigies reverberaban como hechas de oro bruñido.

Los dos Aznar fueron a aterrizar en el rellano, al final del primer

tramo de la escalinata del zigurat. Otro empinado tramo de escaleras alcanzaba al segundo piso, terminando allí. Para llegar a los restantes pisos la escalera giraba adosada a los muros, pero allí era mucho más estrecha.

—¡Fantástico! —exclamó el profesor maravillado—. ¡Realmente fantástico!

—La vista debe resultar todavía más espectacular desde arriba —señaló Tuanko—. ¿Subimos?

En este momento escucharon en sus auriculares la voz de Adler Ban Aldrik.

—¡Hola, Alejandro! ¿Estáis en el zigurat? Quedaos ahí, vamos a reunirnos con vosotros.

—De acuerdo, os esperamos —contestó el profesor Aznar.

Quedaron silenciosos un par de minutos, contemplando la bella perspectiva sobre la ciudad. Ésta estaba formada en su mayor parte de pequeñas casas de adobe con techumbre de paja, pero había una zona, próxima a la muralla del zigurat, donde estaba la mayor concentración de palacios y edificios suntuosos, de dos y hasta tres plantas.

—Voy a ver qué hay arriba —dijo Tuanko.

—Bueno, pero no tardes. Los otros no van a tardar en llegar.

Tuanko abrió el reostato de su “back”, alojado en un rebaje del antebrazo izquierdo de su armadura. Subió rápidamente hasta el último piso del zigurat, que era el más estrecho de los siete y estaba ocupado por un palacete rematado por una cúpula dorada. Las tejas del palacete eran de oro. Todo el exterior estaba revestido de azulejos. Este templete tenía una puerta y tres ventanas, y de su interior salía un tenue resplandor amarillento. Una cortina ondeaba al viento.

Desde lo alto de la cúpula Tuanko se dejó caer de pies en la terraza que rodeaba el templete. La puerta, alta y angosta, estaba forrada en el exterior por planchas de oro. Tuanko probó a empujarla. La puerta era muy pesada y chirrió levemente al girar sobre sus goznes.

En efecto, había luz en el interior del templete, y ésta procedía de una lámpara de aceite, cuya llama temblaba a punto de apagarse a causa de la corriente de aire. Al abrirse totalmente la puerta se estableció una corriente que apagó la llama.

Alguien dejó escapar un grito ronco.

El templo no estaba vacío y la mano enguantada de Tuanko se posó instintivamente en el subfusil lumínico que le colgaba del cuello sobre el pecho. Vio una cortina ondeando, y contra ésta una silueta.

Tuanko empuñó la linterna que llevaba colgando del cinto, la encendió y la enfocó sobre la figura. Era una mujer. Ésta lanzó un pequeño grito y se cubrió el rostro con las manos.

El astronauta sintonizó su mente con la del habitante del templo. Lo primero que descubrió fue el gran terror que ofuscaba aquella mente. Con todo, la mujer se esforzaba por armarse de valor.

“Él ha venido. ¡Los dioses han regresado! ¡Es Marduk! No debo tener miedo, o sabrá lo que pienso y me fulminará con su cólera” — hablaba consigo mismo la mujer.

Tuanko le habló al mismo tiempo que le transmitía telepáticamente sus pensamientos:

—No temas, mujer. No voy a causarte daño alguno, tranquilízate.

Para darle tiempo a reponerse del susto, Tuanko apartó la linterna de ella y abrió el foco de modo que la luz se dispersara llenando toda la habitación. Vio entonces una cama de oro cubierta de pieles de tigre y pantera, una mesa, también de oro y sobre ésta la lámpara humeante, una gran fuente repleta de frutos, y una especie de bandeja con una ave asada. En otra fuente contigua había un lechón también asado, y flores y hierbas aromáticas esparcidas sobre la mesa. Todos los objetos que estaban sobre la mesa eran de oro puro.

Tuanko quedó sorprendido, pues esperaba encontrar en el templo la esfinge de algún ídolo, fuera de oro o de piedra tallada. Pero no vio ningún dios, sólo la mujer, que por cierto era joven y tenía una hermosa figura. Sólo estaba vestida con una túnica de gasa transparente, a través de la cual se apreciaban no sólo los contornos del cuerpo, sino la sombra del vello del pubis y los pezones sonrosados de los firmes y redondos senos. En otras palabras, la mujer estaba desnuda debajo de su sutil vestido.

Ella apartó las manos del rostro y Tuanko vio entonces que era muy joven, casi una niña, aunque extraordinariamente desarrollada

y muy bonita.

—¿Quién eres? —le preguntó Tuanko.

La muchacha no podía entender el castellano de Tuanko, pero el sentido de su pregunta llegó perfectamente hasta ella a través de las facultades telepáticas del joven tapo.

—Soy Yona, tu esclava, Señor. Soy tu esclava —murmuró la muchacha juntando las manos y haciendo una reverencia.

El idioma de la joven era totalmente desconocido para Tuanko, sólo que éste no escuchaba las palabras, sino que leía el pensamiento de Yona.

—¿Estás sola? ¿Qué haces aquí?

—Te esperaba, mi Señor.

—¿Me esperabas? ¿Es que acaso sabías que yo iba a venir?

—Te esperamos siempre, Señor. Todas las noches... durante todo el tiempo. Mis compañeras y yo... una cada noche, durante todas las noches de la semana. Somos las vírgenes, Señor. Las vírgenes destinadas a regalar al Señor Marduk, a servirte el vino en la copa de oro, a proporcionarte placer en el lecho. Soy tuya, Señor, tu esclava Yona. ¿Tienes hambre, Señor? Toma el reclinatorio, sacia tu hambre y tu sed, y después yace conmigo si soy de tu gusto.

—¡Caramba! —exclamó Tuanko sorprendido—. Eres muy bonita, muchacha, difícilmente podría negarse uno a tu amable invitación, sólo que el momento no es oportuno. Vamos, quiero decir que así en frío... ¡pues, no sé, hija!

A través de los auriculares escuchó la voz de su padre:

—¡Tuanko! ¿Con quién hablas, demonio?

—Acabo de hacer una conquista, papá. Un flechazo a primera vista. Y eso que todavía no me he quitado la escafandra y la armadura. ¡No veas cuando me conozca!

¡Demon...! —la saliva se le atragantó al científico haciéndole toser—. ¿Es una chica? ¡Tuanko, no le des al verbo conocer el mismo sentido que los respetuosos padres de la Biblia que no estamos para eso! ¡Baja!

—Pero es que la chica es preciosa ¡y me ha confundido con un dios!

—¿Con un dios? ¡Oh, espera, aquí acaba de llegar tu tío!

—Tuanko —habló la voz de Adler Ban Aldrik—. ¿De qué dios hablas?

—Aquí hay una joven que me ha confundido con alguien llamado Marduk.

—Marduk fue el dios de los sumerios y caldeos —dijo Alejandro Aznar.

—Tuanko —volvió a hablar el “bundo”—. Si la chica te ha confundido con un dios, debes comportarte como un dios.

—¡Pues vaya una papeleta! Me gustaría saber cómo se comportaría el verdadero Marduk en mi lugar —dijo Tuanko.

—Espera, no hagas nada. Voy a subir donde tú estás —dijo Adler Ban Aldrik.

Tuanko soltó un gruñido, dejó la linterna eléctrica sobre la mesa y se arrancó la escafandra. La joven seguía temblando en su rincón, aunque parecía haber controlado su miedo. Su agitación se debía a un puro fenómeno psicológico, sencillamente le impresionaba la presencia del dios.

Contra lo que Tuanko esperaba al arrancarse la escafandra la actitud de Yona no cambió después de comprobar que se trataba de un hombre real. Sin duda la chica sabía que había un hombre debajo de aquella impresionante armadura. Yona pensó: “Es muy hermoso, aunque no tan alto como me habían asegurado.”

Tuanko medía descalzo un metro ochenta y dos centímetros. ¿Qué estatura debería tener el dios Marduk, si él todavía le parecía bajo? La muchacha en cambio era pequeña, de baja estatura, morena y de cabellos muy negros y rizados. Después de contemplarle, Yona se le acercó diciendo:

—Te ayudaré a despojarte de tu armadura, mi Señor. Debes estar cansado...

En este momento se escuchó en la terraza el ruido del subfusil de Adler Ban Aldrik al golpear la coraza de “diamantina”. El “bundo” apareció en la estrecha puerta. De la tobera de su “back” brotaba todavía la luz, y ésta le envolvía como en un polvo de oro, haciendo destacar en silueta su recia figura enfundada en la escafandra y la armadura de “diamantina”.

Así era como Tuanko había aparecido a los ojos de Yona, y no era de extrañar que la pobre muchacha se sintiera impresionada. Adler Ban Aldrik era mucho más alto que Tuanko, medía dos metros de estatura descalzo, y su talla parecía mayor con los tacones de sus zapatos y el volumen de la gran escafandra de cristal

azul, que con la escasa luz parecía negro.

“Éste es el verdadero Marduk, el otro debe ser su hijo” —se dijo la asustada muchacha.

Adler Ban Aldrik miró atentamente a su alrededor, se hizo cargo de la escena y habló a su sobrino:

—La joven nos ha tomado por sus dioses. No debemos defraudarla, aunque no esté bien mentir. Dejemos simplemente que siga en su confusión, puede ser mejor para nosotros y estaremos más seguros.

Entonces se escuchó la voz del vicealmirante Samper que decía por la radio:

—Escuchen, está llegando gente al patio. Seguramente alguien nos ha visto y ha corrido la voz de alarma. Saben que estamos aquí, ¿qué hacemos?

—Usted es el jefe de la misión —se oyó decir al profesor Alejandro.

—Bajo el punto de vista militar, una retirada sería una buena maniobra estratégica.

Habló Adler Ban Aldrik y dijo:

—No podemos marcharnos ahora, si lo hiciéramos perderíamos la oportunidad de conocer a esta gente. Nos han confundido con sus dioses, lo cual quiere decir que nos respetarán mientras permanezcan en su error. Dejémosles la iniciativa, esa es mi proposición.

—Bien, de acuerdo; pero bajen aquí, por favor. Si ocurre algo prefiero que estemos todos juntos —dijo el vicealmirante.

—Tuanko, el vicealmirante quiere que bajemos —dijo Adler Ban Aldrik.

—¿Qué hacemos con la chica?

—Déjala, ¿qué otra cosa podemos hacer?

—¿Te has fijado? Tienen vino, comida y hasta una doncella siempre preparada esperando la llegada de su dios. Me pregunto quién será el tunante que se aprovecha de la ignorancia de esta pobre gente.

—Todo es muy interesante, ¡muy interesante! —murmuró el doctor Fidel mirando a su alrededor—. Vamos a bajar.

Tuanko dirigió una sonrisa de disculpa a la muchacha, se caló la escafandra y siguió a su tío por la puerta de oro hasta la terraza.

Bajaron por las escaleras, descendiendo de uno a otro piso hasta reunirse con los demás en el rellano de la primera terraza.

La Luna estaba a mayor altura e iluminaba casi perpendicularmente el patio, donde se había reunido alrededor de medio centenar de personas. Arriba, en las murallas, había otros hombres armados de lanzas mirando con asombro a las cinco figuras cubiertas de vidrio que estaban de pie en el primer rellano de la gran escalinata.

Había que ponerse en lugar de los habitantes de la ciudad para comprender el tremendo efecto que causaba en éstos la presencia de los extranjeros. Allí en plena Edad del Bronce, cinco seres extraordinarios se presentaban de improviso “bajados del cielo”. Estos seres ni siquiera vestían como hombres, sino que se cubrían con una extraña armadura y encerraban su cabeza en una bola de cristal oscuro.

¿Qué pensaban aquellas gentes de sus extraños visitantes?

Adler Ban Aldrik había podido responder a esta pregunta, pues fue en este momento cuando el monje “bundo” sintió la presión psíquica de una mente poderosa que le interrogaba telepáticamente:

“¿Quienes sois, de dónde venís?”

Fidel Aznar respondió:

“Mi nombre es Adler Ban Aldrik, mi patria es Bartpur. Hemos viajado largo tiempo por el cielo hasta llegar aquí. No sé quién eres, a pesar de que reconozco en ti algo vagamente familiar. ¿Cómo te llamas?”

La otra mente respondió:

“Soy Mu-Ra, hijo de mortales y de los dioses, Gran Sacerdote. Reconozco en ti los poderes de Marduk, ¡oh, Aldrik! He profetizado vuestro regreso, lo he anunciado a nuestro pueblo, pero mi voz no ha sido escuchada. Tu cólera es justa, Señor. Tus delegados no han sido capaces de contener la viciosa tendencia de los mortales a la corrupción, la violencia y el crimen. ¡Merecemos tu castigo, Señor... merecemos tu castigo!”

Adler Ban Aldrik aumentó el volumen de su amplificador y su voz atronó los espacios, despertando sonoros ecos en las murallas y llenando de temor a los que le escuchaban desde el patio. Sin embargo, Fidel no empleó el castellano, sino el antiguo bartpurano, lengua muerta que los tapos no conocían.

—¡Mu, hijo de mortales, descendiente de los dioses, acércate para que pueda ver tu rostro! ¡Mu, Gran Sacerdote, ven a mi presencia!

Un clamor de lamentos se elevó del patio y todos los que se encontraban allí se echaron de bruces sobre las losas. Todos a excepción de un hombre que vestía una larga hopalanda y se tocaba la cabeza con un alto sombrero cilíndrico, el cual echó a andar en dirección al pie de la escalinata.

—Subamos al templo —transmitió telepáticamente el “bundo” a sus compañeros.

Mientras ascendían la empinada escalinata hasta la segunda plataforma, Alejandro Aznar preguntó por la radio:

—¿Qué te propones hacer, tío?

Adler Ban Aldrik redujo el volumen de su amplificador y respondió:

—He descubierto algo extraordinario. Ese sacerdote, Mu, habla bartpurano.

—¡Pero el bartpurano es una lengua muerta desde hace un millón de años! —exclamó Alejandro Aznar.

—Olvidas que no estamos en el tiempo de Atolón, sino un millón y varios milenios de años antes de nuestro tiempo real. Los antiguos bartpures fueron grandes astronautas y exploradores. Sus astronaves recorrían el Universo mucho antes que el género humano apareciera sobre la Tierra, y encendieron la llama de la vida y despertaron la luz de la inteligencia en los más remotos mundos. Hasta hoy no hemos tenido constancia de que la Tierra fuera uno de los planetas visitados por los bartpuranos, pero existe esa posibilidad. Tal vez estuvieron aquí más de una vez, y la última ha debido tener lugar en fechas recientes. Recientes si tenemos en cuenta el tiempo actual de este planeta, que corresponde a nuestro más remoto pasado.

—Es decir, si hubiésemos llegado con una diferencia de solamente un milenio, pudimos habernos encontrado con una astronave bartpur —dijo Tuanko Aznar—. Ante ellos nosotros seríamos viajeros del futuro. Podríamos haberles contado cómo su raza se extinguiría en Bartpur, cómo llegarían tiempo después los terrícolas y recibirían los conocimientos de la técnica bartpur, y cómo a su vez se extinguiría la civilización terrícola, quedando perpetuada en los actuales tapos, que somos nosotros. ¡Algo

realmente fantástico!

El grupo alcanzó el final de la escalinata y se detuvo ante un atrio de extraña y bárbara belleza, con un alto friso de figuras de mosaico sostenido por una fila de robustas columnas de madera dorada, con dibujos de vivo color e incrustaciones de bronce.

—Debe ser el templo de Marduk —dijo Adler Ban Aldrik—. Entremos.

El templo, abierto a los cuatro puntos cardinales, tenía el piso recubierto de losetas de azulejos, de un vidriado perfecto, con su característica tonalidad azul. En el centro, sobre un pedestal de oro macizo, se levantaba una extraña efigie tallada en negra y pulida obsidiana; una figura que su aspecto general difería poco del de los propios viajeros, excepto porque medía casi tres metros de estatura.

Los tapos quedaron mirando sorprendidos la imponente imagen. ¡El dios Marduk había sido un astronauta!

CAPÍTULO SÉPTIMO

Cuando Ribbo proyectó el foco eléctrico sobre Marduk, el sargento de película.

Poco después llegaba a la altura del templo el jadeante Mu-Ra. Al entrar éste en el templo, Ribbo encendió de nuevo el potente foco y lo dirigió sobre el Gran Sacerdote para filmarlo. La luz deslumbró a Mu-Ra, que se detuvo y cerró los ojos.

Era un hombre ya anciano, y, a pesar de ello, extraordinariamente alto, un verdadero gigante de dos metros y medio de estatura, delgado, de rostro alargado y largas orejas, rasgos todos ellos característicos de la raza bartpur, incluyendo la voluminosa cabeza cubierta con el alto gorro cilíndrico.

Mu-Ra, sorprendido por la luz, se dejó caer de rodillas, con tanta violencia que sus rótulas produjeron un sordo ruido al golpear las losetas del piso. Luego se tendió de bruces.

—Basta, Ribbo. Apague esa luz —dijo Adler Ban Aldrik.

El sargento apagó la luz y detuvo la cámara cinematográfica. El Gran Sacerdote seguía echado en el suelo. Adler Ban Aldrik le ordenó levantarse. Luego le habló y dijo:

—No quiero engañarte, Mu-Ra. Yo no soy el dios Marduk.

—Lo sé, Señor —respondió Mu-Ra en bartpurano—. Acabo de encontrarme con Yona en la escalera. Yona dice haber visto el rostro de uno de vosotros, cosa que yo me negaba a creer. Nadie ha visto jamás el rostro de nuestros dioses sin ser fulminado al instante. Vosotros debéis ser los descendientes de los dioses, ya que éstos eran mucho más altos.

—Soy descendiente de bartpurano. Bartpur es mi patria, y este nombre debe decirte algo, ya que hablas la lengua de los míos.

—Señor, como ya debes saber, vuestros antepasados visitaron en el pasado el país de Summer. El mundo estaba entonces habitado

por bárbaras criaturas que vivían en las copas de los árboles. Los dioses manipularon en los pequeños gérmenes que viven en el semen de los machos, lo inocularon en la vagina de las hembras bárbaras, y éstas alumbraron una nueva raza de hombres inteligentes. Esos fueron los orígenes de Summer. Pasó un largo tiempo, y los dioses regresaron para contemplar su obra. Vieron entonces que los hombres no eran buenos, y dejaron caer sobre Summer su aliento letal, matando a la mayoría de ellos. Quisieron entonces los dioses poner orden en la confusión reinante, y crearon las leyes de convivencia, pero desconfiando de que los hombres las respetaran se emparejaron con las hembras de carne mortal, y crearon una nueva raza, los sacerdotes de Marduk, cuya misión consiste en mantener vivo el temor de los mortales al castigo de los dioses, y, en general, de hacer respetar y cumplir las leyes morales.

—Tú eres uno de aquellos descendientes de los dioses ¿no es cierto? —preguntó Adler Ban Aldrik.

—Lo soy, Señor.

—Antes me dijiste que habías profetizado nuestro regreso. ¿Eres un clarividente o un farsante? —preguntó Fidel Aznar.

—Señor, he visto que habéis puesto la estrella de Baal en el camino de la Tierra. Presumía que si habíais decidido aniquilar el género humano vendríais quizás a presenciar vuestra obra destructora. En verdad hemos merecido vuestro castigo, y así lo he estado anunciando al pueblo de Summer. Pero ha pasado mucho tiempo desde vuestra última venida a Summer, y este pueblo insensato ha perdido el temor y el respeto a los dioses. Ellos vendrán a rogaros que los perdonéis y harán nuevas promesas de enmienda. No les escuchéis, aunque de sobra sé que no precisáis de mis consejos. Ellos nunca se enmendarán. A donde quiera que miréis sólo veréis estúpidos. Destruidlos, pues, Señor, ya que así lo habéis decidido.

Adler Ban Aldrik escuchó sorprendido las palabras del Gran Sacerdote. Reflexionó unos momentos y luego dijo:

—Estoy viendo tu aura, Mu-Ra, y observo que estás viejo y enfermo. Te sientes cansado, decepcionado y amargado, y de seguro presientes próximo el fin de tus días. ¿Será por eso que se ha endurecido tu corazón y me pides que destruya a tu pueblo, en vez de rogarme comprensión y clemencia?

El “bundo” percibió claramente el sobresalto y el temor en el espíritu del viejo Mu.

—Señor, no soy yo quien ha sentenciado la destrucción del mundo —tartamudeó.

—Tampoco yo —respondió Adler Ban Aldrik—. ¿Cuál es esa estrella de Baal de la cual me hablas?

—Señor, si no conoces siquiera la estrella de Baal no eres hijo de los dioses. Sois unos impostores.

—Nunca dije que fuéramos dioses.

A través de sus facultades telepáticas, Fidel Aznar sintió cierta sensación de alivio que parecía relajar el ánimo de Mu-Ra. Hasta Tuanko, que seguía atentamente el pensamiento del Gran Sacerdote, se dio cuenta de la salvaje alegría que regodeaba a éste. Adler Ban Aldrik había juzgado certeramente a Mu-Ra.

Probablemente los pecados de los sumerios no eran pocos, pero Mu los juzgaba con severidad excesiva. Sólo era, a fin de cuentas, un anciano irascible a quien una úlcera de estómago de tipo canceroso amargaba las horas residuales de su vida. Era fácil para Mu hablar de castigos divinos y de aniquilar a la humanidad, puesto que él nada tenía que perder en ello. Apenas le quedaban unos días de vida, y el propio Mu debía saberlo, puesto que, realmente, era un clarividente con facultades paragnósticas a nivel de las que poseían los tapos.

Irritado, Tuanko quiso demostrar al insolente Mu que su poder era ciertamente el que podía esperarse de los dioses.

El subfusil de “luz sólida” podía utilizarse de varias maneras, simplemente graduando la intensidad y la abertura del foco. Con el foco totalmente abierto un arma de “luz sólida” emanaba una luz potente, como una linterna eléctrica. Concentrando los rayos luminosos y aumentando la intensidad de la descarga eléctrica, los fotones ya poseían la consistencia suficiente para desencadenar un pequeño huracán. Sólo cuando el rayo luminoso se adelgazaba hasta el grosor de un lápiz, adquiría aquella potencia de penetración superior a una bala de fusil.

Tuanko puso el regulador en la posición intermedia, levantó el tubo de su arma y disparó contra Mu-Ra. Golpeado por el violento chorro de fotones, el Gran Sacerdote fue levantado del suelo, arrojado a tres metros de distancia y empujado, resbalando por el

piso de azulejos hasta el atrio exterior, donde quedó tendido sin sentido.

—Tuanko, ¿por qué has hecho eso? —le recriminó Adler Ban Aldrik severamente.

—Lo siento, sólo me propuse castigar su insolencia, demostrarle que, al menos con respecto a él, somos casi dioses.

—No somos dioses, Tuanko, ni nos asiste la infalibilidad divina para juzgar la conducta de los hombres. No es más que un pobre viejo enfermo y amargado. Ahora vé y asístele —ordenó el “bundo” enérgicamente.

Tuanko se alejó refunfuñando hasta el atrio.

—He tratado de seguir telepáticamente vuestra conversación, aunque no sé si lo he comprendido todo —dijo Alejandro Aznar a su tío—. Creo que Mu-Ra citó cierta estrella. ¿Cuál era su nombre, traducido a castellano?

—Su nombre es Baal, no tiene ninguna traducción al castellano, simplemente se llama así.

—¿Entendí mal, o dijo Mu que los dioses habían interpuesto la estrella de Baal en el camino de la Tierra?

—Eso fue lo que dijo. La Tierra va a chocar con la estrella de Baal. Exactamente lo que expresaba la mente de Mu era la visión de una catástrofe universal provocada por la caída de la estrella de Baal sobre la Tierra, concretamente encima del país Summer.

—Eso es lo que vimos todos en la mente del viejo —dijo el vicealmirante Samper—. Afortunadamente sabemos que eso nunca ocurrió. La Tierra no fue destruida. Existía todavía en el año veinticinco mil seiscientos cincuenta, y de eso sí estamos seguros. Por supuesto, Mu-Ra no mentía. Pero está equivocado, aunque él no lo sabe.

—La Tierra no fue destruida, sin embargo, tenemos evidencias de que la humanidad pasó por gran número de vicisitudes; catástrofes locales: como terremotos, inundaciones y huracanes, que despoblaron continentes enteros y acabaron con las especies animales, cuyos restos han sido encontrados en épocas muy posteriores. Mu-Ra es un clarividente genuino. Aunque en este caso sus predicciones puedan haber sido inspiradas por su deseo de ver exterminada la humanidad, yo no tomaría a la ligera sus palabras —advirtió Adler Ban Aldrik.

—Me intriga esa estrella de Baal —murmuró el profesor Alejandro—. ¿Era el firmamento de la Tierra distinto en esta época a como lo hemos conocido las generaciones a partir del descubrimiento del telescopio? No lo sabemos. Llegamos aquí hace apenas unos días y no nos hemos preocupado de realizar observaciones astronómicas.

—Ahí viene Tuanko con el viejo —indicó Samper.

En efecto, Tuanko regresaba sosteniendo a Mu-Ra, que había perdido el gorro y cojeaba ostensiblemente. Mu-Ra llegó hasta el pequeño grupo y se mantuvo con la cabeza gacha, como avergonzado.

—Disculpa la impetuosidad de nuestro joven compañero —dijo Adler Ban Aldrik—. ¿Te encuentras bien?

Mu asintió moviendo la cabeza.

—Háblanos de tu sueño precognitivo. ¿Existe realmente la estrella de Baal?

Mu levantó sus cansados ojos y miró al “bundo” con expresión de sorpresa. Adler Ban Aldrik leyó en su mente y dijo:

—Comprendo, tienes un observatorio astronómico, y en él un telescopio. ¿Dónde está tu observatorio? ¿Aquí mismo, en el zigurat? Naturalmente, ¿cómo no se me ocurrió? En un país de llanuras como Mesopotamia, los babilonios también utilizaban la altura de sus zigurats como observatorios. ¿Quieres llevarnos?

Renqueando, el viejo Mu se dirigió al atrio por el lugar donde arrancaba la estrecha escalera que ascendía dando vueltas al edificio. Tuanko y el sargento Ribo ayudaban al Gran Sacerdote. La ascensión resultó larga y penosa para Mu. El observatorio estaba situado en la penúltima del zigurat, debajo del templete, donde la virgen Yona esperaba el regreso de los dioses con buen vino, sabrosos manjares y un lecho tibio.

La penúltima planta tenía una puerta de bronce provista de cerradura. Mu-Ra extrajo la llave de la faltriquera y se la entregó a Tuanko, el cual la hizo girar empujando después la pesada hoja.

En estos momentos empezaba a anunciarse el alba por oriente. La Luna seguía brillando en el cielo.

Lo primero que sorprendió a los astronautas fue un telescopio, el cual, evidentemente no había sido construido por la rudimentaria industria sumeria. Summer se encontraba todavía en la Edad del

Bronce, y el telescopio era una magnífica pieza de dos metros de longitud, con un tubo de calamina y aluminio, y óptica azul de excelente calidad. El telescopio podía moverse sobre unos pequeños raíles y ser trasladado a cualquiera de las cuatro ventanas. Como continuación de las ventanas había en el techo unas aberturas que daban al piso de la terraza superior y que estaban cerradas con una plancha de hierro. Por lo tanto, retirando cualquiera de aquellas planchas, el telescopio podía elevarse hasta el cenit siguiendo el movimiento de rotación de la Tierra.

Otros objetos que llamaron especialmente la atención de los viajeros fueron una esfera armilar y un globo terráqueo en el que aparecían todos los continentes de una Tierra apenas reconocible. ¡La ciencia del Gran Sacerdote estaba a la altura de cualquier astrónomo del siglo veinte! Mu-Ra conocía la redondez de la Tierra y el movimiento preciso de los planetas muchos milenios antes que naciera Galileo.

Como para demostrar que Mu-Ra era, además, un avanzado matemático, había una pizarra en un rincón, donde con signos bartpuranos, escrito con yeso, se veían complicadas operaciones relativas al movimiento de los planetas.

—Muéstrame dónde está Baal —invitó Adler Ban Aldrik.

—Está amaneciendo, no es posible verlo ahora —respondió Mu-Ra—. Tendréis que esperar hasta la noche.

—¿Se trata de una estrella, o de un planeta?

—Es un pequeño planeta, un planetóide del anillo que la Tierra empezará a atravesar mañana. He calculado los movimientos de Baal con respecto a la Tierra —señaló Mu en dirección a la pizarra cubierta de operaciones matemáticas.

—¿Has deducido de tus cálculos que Baal chocará con la Tierra? ¿Cuándo ocurrirá eso?

—Se desplomará directamente sobre Summer mañana al amanecer, más o menos a esta misma hora —aseguró Mu con voz inexpresiva—. La Tierra se abrirá como un huevo, el magma saltará provocando una lluvia de fuego, y todo cuanto vive sobre el mundo perecerá.

La firmeza con que se expresaba Mu hizo estremecer a Tuanko. Para tranquilizarse tuvo que recordar que la Tierra existía todavía en el año 25650. ¡Si la Tierra seguía existiendo después, Mu-Ra

tenía que estar forzosamente equivocado!

—Está bien, demuéstreme matemáticamente que no estás equivocado —dijo Adler Ban Aldrik señalando a la pizarra—. ¿Son tus cálculos?

Mu-Ra asintió con la cabeza. Tenía toda la parte superior del cráneo completamente calva, y su cabello era blanco sobre la nuca y las largas orejas. Adler Ban Aldrik cruzó la habitación hasta la pizarra y quedó ante ésta siguiendo con los ojos el desarrollo de las operaciones matemáticas. Después de un minuto se volvió a mirar a Mu.

—Tus cálculos son correctos. Sin embargo, puedes estar equivocado en dos puntos esenciales, la masa y la velocidad de Baal.

Mu-Ra se limitó a levantar los hombros. Parecía haber perdido toda su agresiva vitalidad, como un hombre fatalistamente resignado con su suerte.

—¿Tomas drogas para calmar el dolor de tu estómago? —le preguntó el “bundo”.

—Sí.

—Voy a llamar al autoplaneta —dijo Fidel al vicealmirante Samper—. Quiero que comprueben la posición de ese planetoides y calculen su trayectoria.

Amanecía mientras el doctor Fidel Aznar establecía comunicación con el “Hermes” a través de la estación de radio de la cápsula portadora de la “Traslator”, donde esperaba el teniente Artadi.

Contestó el Almirante Aznar, intranquilo y molesto a causa del prolongado silencio de los expedicionarios.

—¿Qué demonios estáis haciendo ahí abajo? —preguntó.

Adler Ban Aldrik le narró sus experiencias de aquella madrugada en la Tierra y le rogó que dirigieran los telescopios y el radar hacia el punto donde Mu-Ra calculaba que debía encontrarse Baal.

—Bueno, lo haremos, aunque no veo su utilidad. Sabemos que la Tierra no dejará de existir cuando ahí se produzca un nuevo amanecer. Tal vez origine un cataclismo de carácter local, pero incluso en el supuesto que ese continente fuera borrado de la faz del mundo, ¿qué podemos hacer? No esperarás poder evacuar a toda esa gente, no disponemos de suficientes “Traslator” ni hay tiempo

para hacer llegar hasta ahí las pocas cápsulas portadoras que tenemos. Ese Mu debe ser un chiflado. ¿Por qué no dejáis las cosas como están y regresáis?

—Vamos a quedarnos por aquí unas horas más.

—Fidel, recuerda...

—¿Qué?

—Que somos unos intrusos en este tiempo de la Tierra. No existíamos cuando ocurrieron esos hechos, por lo tanto, no podemos intervenir en ellos ni modificar el curso de la historia.

—No estoy de acuerdo contigo, hermano. Nosotros Sí existíamos en el día y la hora que la estrella de Baal se desplomó sobre el remoto Summer. Ignoro cuál fue nuestra intervención en ese suceso, ni si realmente llegamos a intervenir, pero una cosa es cierta, nosotros ESTUVIMOS.

Mientras Adler Ban Aldrik comunicaba por radio iba en aumento la luz del nuevo día; el último día de la humanidad según Mu-Ra. Un fuerte claro empezó a levantarse del patio y creció y creció en intensidad.

Tuanko salió del observatorio para ir a asomarse al patio.

La puerta de la muralla interior estaba abierta, y por ésta entraba un tropel de gente que formaba ya un numeroso grupo ante la escalinata del zigurat. Todos gritaban a la vez, levantando los brazos y mirando hacia arriba. El vicealmirante y el sargento salieron también y se reunieron con Tuanko, mirando hacia abajo por entre las almenas. El sargento enfiló su cámara cinematográfica filmando la escena.

—¿Qué es lo que gritan? —preguntó el vicealmirante.

Pero Tuanko tampoco lo sabía. Salieron entonces el profesor Alejandro y Adler Ban Aldrik en compañía de Mu-Ra. El “bundo” pudo contactar con el pensamiento de la multitud vociferante, hazaña llena de dificultades que nadie más del grupo era capaz de realizar por ser muchas las mentes emitiendo diversidad de pensamientos. Sin embargo, una mayoría debían coincidir en un pensamiento que el “bundo” tradujo.

—Gritan, “Mu, sálvanos. Ruega por nosotros a los dioses, Mu, gran Profeta”.

El gran patio se iba llenando de gente; hombres, mujeres y niños, personas de todas edades y condición uniendo sus voces en

un clamor único: ¡Mu, sálvanos! ¡Intercede por nosotros ante los dioses, Mu!

El sol se elevaba sobre el llano horizonte y la multitud seguía arremolinándose en sus gritos. En la escalinata que conducía al zigurat, un grupo de soldados armados de lanzas, con corazas de bronce y escudo, empujaba a los exaltados que pugnaban por llegar hasta los dioses.

Tuanko dijo que tenía hambre y subieron hasta el último piso. El banquete que Tuanko había desechado durante la madrugada sirvió de desayuno a los dioses, temporalmente despojados de sus escafandras y armaduras.

Mu-Ra había bajado hasta el patio. Tuanko fue a asomarse entre las almenas y vio un vistoso cortejo que entraba en procesión por las doradas puertas de la muralla interior. Marchaban en primer lugar los trompeteros, seguidos de los portaestandartes, y a continuación de éstos un carro de guerra recubierto de oro tirado por cuatro fogosos corceles blancos. Detrás del carro venía la escolta montada, y entre éstos un personaje ocupando un anda llevada por una docena de fornidos porteadores, flanqueada de servidores y esclavos que sostenían parasoles y grandes abanicos de plumas multicolores.

Una caterva de servidores seguían al anda, y detrás venían los sacerdotes con sus largas hopalandas y sus altos gorros cilíndricos.

El sargento Ribo vino con su cámara cinematográfica provista de teleobjetivo y estuvo tomando escena tras escena del brillante cortejo. Tuanko regresó al templete para hacer salir a su padre y su tío, pero éstos comunicaban por radio con el Almirante Aznar. Tuanko tomó su escafandra para escuchar el diálogo.

—Confirmado, hay un enorme asteroide de unos ochocientos kilómetros de diámetro que se mueve a una velocidad de quince kilómetros por segundo e interceptará la órbita de la Tierra encontrándose con ésta exactamente a las seis horas ocho minutos de mañana, hora local vuestra. La energía cinética del asteroide, sin tener en cuenta la velocidad de la propia Tierra, es de unos ciento cincuenta trillones de toneladas; es decir, se trata de una auténtica bomba, capaz de hundir un continente.

—¿Dónde será el impacto?

—Justo sobre Summer. Aquí nadie se atreve a apostar por lo que

va a ocurrir, las consecuencias de la catástrofe son imposibles, pero será algo gordo. Volved a casa —dijo el Almirante Aznar.

—Espera que lo piense un segundo. ¿Cuántas cápsulas portadoras puedes enviar aquí? —preguntó Adler Ban Aldrik.

—Fidel, ¿qué te propones? No me digas que estás pensando repetir la hazaña de Oceán. No hay tiempo ni disponemos de los medios de entonces —chilló el Almirante a través del altavoz.

—Salvaremos lo que podamos.

—¡Estás loco! Las cápsulas portadoras no podrán llegar antes de ocho o nueve horas. ¡Y sólo disponemos de tres! Cuatro contando la que ya tenéis ahí. ¿No pretenderás salvar a toda la ciudad con sólo cuatro “Traslator”?

—Deben ser alrededor de las ocho aquí. Si las cápsulas aterrizan en ocho horas serán las cuatro de la tarde. Quedan ocho horas hasta la medianoche, y seis horas más antes de que el cielo se desplome sobre Summer, es decir, catorce horas. En catorce horas, metiendo cincuenta hombres de cada vez en las “Traslator”, podemos evacuar muchísima gente. Contando una operación cada cinco minutos, funcionando cuatro máquinas, desmaterializando cincuenta personas cada vez, podemos evacuar...

—Treinta y tres mil seiscientas personas —apuntó Alejandro.

—¿Y cuántos habitantes tiene la ciudad? —preguntó el Almirante.

—Lo ignoro, la ciudad es muy grande. Tal vez haya aquí cien mil habitantes.

—¿Lo ves? No vas a poder salvarlos a todos. Ni siquiera los treinta y tantos mil. Se amontonarán ante las “Traslator”, se matarán unos a otros por llegar antes, estropearán las máquinas...

—Miguel Ángel, baja tú —interrumpió el “bundo”. Ven a escuchar estas miles de voces implorantes, y si después de oírles eres capaz de marcharte sin salvar ninguno...

—Está bien, está bien. Voy a enviar las “Traslator”. ¿Cómo no me figuré que si bajabas a echar un vistazo tendríamos problemas? —protestó el Almirante.

—No seas carca, papá —metió baza Alejandro—. Si de todos modos vas a hacer una obra humanitaria, ¿por qué no dejas de refunfuñar? Transmigraste a tu apariencia de joven, pero no te has desprendido todavía del viejo gruñón que llevas en ti.

—¡Iros al cuerno los dos! —restalló el Almirante. Y cortó la comunicación.

Del patio del zigurat llegaba el clamor de miles de gargantas sollozantes pidiendo clemencia a los dioses. Los dioses ya estaban atendiendo a la rogativa de Ur Auka, la orgullosa ciudad de las siete puertas de oro.

CAPÍTULO OCTAVO

Vestidos de cuero, con las piernas descubiertas, y con el pelo atado en una cola, los dos hombres bajaron al templo, pero al levantarlo se encontraron allí con una pequeña fuerza de ocupación, formada por dos oficiales y una compañía de soldados armados de lanza y arco.

La cuestión de si debían llevar puesta la escafandra fue motivo de viva discusión, especialmente entre el vicealmirante Samper y Adler Ban Aldrik. El profesor Alejandro apoyaba la postura de su tío, y Tuanko era contrario y defendía la opinión de Samper, mientras el sargento permanecía neutral y se limitaba a tomar largas escenas de cuanto ocurría en el patio.

Todo venía porque Adler Ban Aldrik dijo que no quería engañar a los sumerios haciéndose pasar por un dios. Samper dijo que sería mucho mejor inspirar respeto en los indígenas, aun a costa de dejarles que continuaran engañados. El “bundo”, que a veces se excedía en su puritanismo, puso énfasis en su punto de vista y acabó enfadándose con Samper. Éste cedió, cosa mal hecha, y los dioses perdieron su condición de tales al descender al nivel del templo con la cabeza descubierta.

Por la forma que les miraban los soldados de la guardia, y por los pensamientos que cruzaban la mente de éstos, Tuanko comprendió que acababan de perder una posición de prestigio bajo un punto de vista psicológico. Hasta el mismo Adler Ban Aldrik se dio cuenta, pero ya era tarde para enmendar el error.

Hacia las diez y media de la mañana, apenas habían bajado los astronautas hasta el templo, formó la guardia a ambos lados de la escalinata, desde la segunda plataforma al patio.

Desde abajo empezaron su penosa ascensión los portadores con la pesada anda de oro, tratando, en todo momento, de mantenerla en posición horizontal. Sobre el anda, rodeado de cojines y

preocupado por su integridad física, venía Rorko, rey de Ur Auka. Le seguían los nobles de la ciudad, y en último término el enjambre de servidores.

Llegados a la plataforma, los exhaustos porteadores dejaron el anda en el piso y el rey Rorko saltó ágilmente fuera. Se trataba de un hombre bastante joven, de estatura mediana y cerrada barba negro-azulada. Vestía una larga túnica y calzaba sandalias doradas.

Adler Ban Aldrik era el más alto de los astronautas y Rorko se dirigió a él.

—Mu-Ra sigue anunciando la ruina de Ur Auka, y os desprestigia e insulta asegurando que sois falsos dioses. Por desgracia veo que Mu está en lo cierto. Sólo sois simples mortales.

Rorko hablaba en su propio idioma, obligando a los astronautas a emplear sus facultades telepáticas para entenderle.

—Mortales, sí —respondió Fidel Aznar—. No cualesquiera mortales. Mu-Ra tiene razón en más de una cosa; no ha mentido al decir que Ur Auka será destruida. Un planeta va a desplomarse sobre Summer. Todo el país será arrasado.

Rorko palideció. Era realmente un hombre asustado.

—Si vosotros no sois los dioses, ¿quién envía tan duro castigo sobre Ur Auka?

—La fatalidad lo dispuso así. Desde el comienzo de los siglos la estrella de Baal tenía marcado el día y la hora en que caería sobre la Tierra. No es, como dice Mu-Ra, una consecuencia de los pecados de los hombres, sino que estaba predestinado de este modo —aseguró Adler Ban Aldrik.

—¿Qué podemos hacer para evitar ese cataclismo? —gimió el rey Rorko—. He ordenado aparejar la nave real, pero no me atrevo a salir a la mar. Ese maldito Mu porfía que todo es inútil, que el cielo va a desplomarse y no existe salvación posible.

—Temo que Mu esté en lo cierto. La única salvación consiste en abandonar la Tierra.

—¿Quieres decir abandonar el país?

—No el país, sino el planeta mismo, el mundo.

El concepto de unidad planetaria no podía ser entendido por Rorko, para quien incluso la esferidad de la Tierra resultaba incomprensible. Adler Ban Aldrik vio la confusión en la mente del rey y tuvo que usar de infinita paciencia para inculcarle la idea del

espacio. Gracias a las facultades telepáticas del “bundo” le fue posible a éste dar una visión real de la Tierra con respecto al resto de los planetas y el Universo.

Más difícil resultó hacer creer a Rorko que en un punto de aquel espacio se encontraba el autoplaneta “Hermes”, el cual Adler Ban Aldrik describió como “una nave que viaja por el cielo de estrella a estrella, como de isla en isla”.

Rorko, sencillamente, no le creyó.

—Supongamos que nuestra nave está anclada en el océano. Se trata de un barco insumergible, tan grande que ni el viento ni las olas lo pueden tumbar —dijo Adler Ban Aldrik por buscar un símil de fácil comprensión para el ignorante Rorko—. ¿Vendrías a él si te dijera que puedes salvarte de la destrucción de Summer?

—¿Podré llevar conmigo a mi familia, mis criados y mis esclavos? —preguntó Rorko.

En este momento, abriéndose paso entre los personajes que estaban detrás de Rorko, apareció Mu-Ra. El Gran Sacerdote empezó a increpar al joven rey.

—¡Rorko, perjuro, clamas en vano por tu vida, porque los dioses han decidido castigar tu sevicia! Los falsos dioses carecen de poderes para impedir la ruina de tu reino. El cielo se desplomará sobre tu cabeza, lloverán rocas como montañas y Ur Auka será destruida. Todo el oro acumulado en tus arcas, ni tus palacios ni tus millares de esclavos bastarán para comprar tu vida. ¡Rorko, asesino de tu padre y tus hermanos, prepárate a morir!

Furioso el joven rey se precipitó sobre el Gran Sacerdote y le tiró de un empujón al suelo.

—¡Matadle! —ordenó a los soldados de su guardia.

Antes que los sorprendidos astronautas pudieran impedirlo, un oficial de la guardia se arrojó sobre Mu y le atravesó el pecho con su espada de bronce. Al extraer la ancha hoja, un chorro de sangre brotó de la herida tintando de rojo las ropas del desdichado Mu.

Los tapos quedaron paralizados por el horror.

—Echadle a los perros —ordenó Rorko.

Entre tres hombres levantaron el cuerpo de Mu.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Adler Ban Aldrik dando un paso en dirección al rey.

La punta de una espada surgió ante la garganta del “bundo”. El

oficial dijo unas palabras, que Adler Ban Aldrik interpretó como de amenaza. A espaldas de su tío, Tuanko puso el dedo en el disparador del subfusil, preparándose para lo peor. El vicealmirante Samper y el sargento Ribo apercibieron también sus armas.

Mientras tanto, los soldados levantaron el delgado cuerpo de Mu-Ra y lo arrojaban al patio desde lo alto del muro.

—¿Por qué lo has hecho? —repitió Adler Ban Aldrik. Y en sus azules ojos, de ordinario serenos, brilló un relámpago amenazador.

—Era un charlatán —dijo Rorko—. No sólo me insultó a mí, sino que se mofó de vuestros poderes hablándole mal al pueblo. ¡Derio, aparta tu espada de la garganta de mi amigo!

—No soy tu amigo, Rorko —dijo el “bundo”. No tengo amigos asesinos.

—¿Te atreves a insultarme? Mide bien tus palabras, extranjero, o haré que te devoren los perros como a Mu —dijo Rorko frunciendo el ceño.

—¡Pobre Mu! —se lamentó Adler Ban Aldrik—. Él tenía razón en todo cuanto dijo. Esta ciudad está llena de corrupción y podredumbre. No eres bueno, Rorko. Ni tú ni tu reino merecéis ser salvados.

—Tú prometiste salvarnos. ¿Vas a desdecirte ahora de tus promesas?

—No lo haremos por ti, pero tus súbditos no deben pagar por tus pecados. Ahí llega nuestra nave —dijo el “bundo”.

En efecto, llamada por radio poco antes, la cápsula portadora acudía pilotada por el teniente Artadi. Utilizando la radio de su escafandra, el vicealmirante Samper instruyó al piloto para que aterrizara en el patio del zigurat.

Pintada de brillante color amarillo, la cápsula portadora de la “Traslator” se inmovilizó sobre el zigurat y fue visto por la muchedumbre. Cientos de brazos señalaron a la aeronave, escuchándose voces de admiración. La cápsula empezó a descender y entonces se hizo el silencio. En la cápsula no había elementos mecánicos en movimiento, por lo que su vuelo estaba caracterizado por la suavidad.

La cápsula seguía descendiendo verticalmente, brillando al sol con su pintura recién estrenada. De pronto, se produjo un movimiento de pánico entre la muchedumbre, una auténtica

estampida en dirección a la puerta de la muralla, que aun siendo ancha resultaba insuficiente para dar cabida a todos los que querían pasar por ella.

El pánico se contagió a los soldados de la guardia, a los esclavos y el cortejo del rey. Cuando los soldados echaron a correr, los criados se apresuraron a adelantárseles y detrás echaron los cortesanos.

Se produjeron caídas en la escalinata, que provocaron a su vez caídas en los que bajaban detrás. En medio del tumulto, abandonada el anda, ésta basculó en el mismo borde de la plataforma y se deslizó escalinata abajo arrollando a los hombres, derribándoles y pasando sobre éstos como una apisonadora.

Solamente el rey Rorko, haciendo un llamamiento a toda su dignidad y su valor, se mantuvo donde estaba, si bien su mirada recelosa no se apartaba del objeto volador que venía sobre el patio. No podía negársele a Rorko el mérito de ser valiente. De no ser así no estaría ocupando el trono de Ur Auka, donde las intrigas y los crímenes se sucedían con regularidad.

Visto el pánico desatado por la presencia de la cápsula, el vicealmirante Samper ordenó a Artadi que se elevara de nuevo. La cápsula detuvo su descenso y se remontó a las alturas, pero nadie pareció advertirlo. En la puerta, la caída de los fugitivos provocó otras caídas, formándose un montón de carne humana.

Cuando los miles de personas que llenaban el patio acabaron de salir, quedaban sobre las losas armas, escudos, gorros, jirones de ropa y toda clase de calzado. En la puerta de la muralla había un montón de gente herida o muerta por aplastamiento y asfixia.

El teniente Artadi encontró espacio sobrado donde posar la cápsula portadora “K-T”.

* * *

El incidente que provocó tantas víctimas resultó mucho más lamentable cuanto que, al elegir el patio del zigurat como lugar de aterrizaje de la cápsula, la intención de Samper era precisamente evitar los tumultos de los sumerios en su afán por alcanzar la salvación. Rodeado de murallas, con sólo dos puertas, de las cuales una estaba cerrada, el patio era fácilmente controlable. Bastaría

colocar una guardia en la puerta para que, dejando pasar sólo el número adecuado de personas, el tumulto no se produjera ante las “Karendón”.

Posada en el patio, la cápsula tenía la proa apuntando a la puerta de la muralla interior. Rorko descendió la escalinata del zigurat en compañía de los astronautas y fue a echar un vistazo al interior de la “Karendón”, cuyas puertas acababan de ser abiertas por el teniente Artadi desde la cabina de mando. El taimado Rorko inspeccionó la cámara de la “Traslator K” con desconfianza.

Creía Rorko que la cápsula era una aeronave para conducirlo al “gran barco celeste que navegaba de estrella a estrella”, y los astronautas no intentaron sacarle de su error. ¿Cómo hacer comprender al ignorante reyezuelo todo el complicado y maravilloso proceso de la desmaterialización y restitución? Rorko no sólo no lo creería, sino que tomaría miedo, y todo sería peor.

Una vez en el interior de la cámara y desmaterializado, poco importaba lo que pensara Rorko después.

—La barca es muy pequeña —observó Rorko—. Necesitaré por lo menos cien como ésta para llevar mis joyas, mis divanes de oro, mis baúles, mis esposas, mis criados y mi guardia, mi carro de guerra y mis caballos y perros.

—Hay más barcas en camino —dijo Adler Ban Aldrik—. Pero no serán utilizadas en cosas tan superfluas. Lo siento, Rorko. Tendrás que renunciar a tus muebles, tus baúles, tu carro, tus caballos y tus perros. Las barcas sólo llevarán personas. Aun así no vamos a tener espacio suficiente para toda la ciudad.

—¡Imposible! —exclamó Rorko indignado—. No me embarcaré sin mi fortuna.

—Entonces no embarcarás de ningún modo —intervino Tuanko exasperado—. Puedes quedarte en tu palacio con tu tesoro y esperar a que el cielo se desplome sobre tu cabeza. Veremos de qué te sirven entonces tus riquezas.

—Me arriesgaré. Después de todo, ¿cómo puedo saber si no es todo una invención para que me desprenda de mi fortuna y mi trono? Mu estuvo profetizando catástrofes todos los años de su vida y nunca ocurrió nada —respondió el taimado Rorko.

Los soldados estaban regresando. Primero atisbaban tímidamente, miraban recelosos la cápsula portadora, y luego daban

un par de pasos para ver qué ocurría. Como nada ocurrió acabaron por confiarse y entrar. Rorko les llenó de insultos por haberle abandonado, montó en su dorado carro de guerra y abandonó el patio al galope de la cuadriga. Los soldados cargaron con las andas de oro y se marcharon también.

Era cerca del mediodía y la “Traslator” no había funcionado. Los sumerios no se atrevían a entrar. Adler Ban Aldrik se puso la escafandra, acciono su “back” y se encaramó a la muralla en salto prodigioso que dejó admirados a los guardias que andaban por los torreones vigilando el patio. Desde la muralla Adler Ban Aldrik miró a la calle. Entonces comprendió por qué los habitantes de la ciudad no acudían a ponerse a salvo en la “Karendón”.

Tuanko llegó volando por encima de las almenas y vino a aterrizar junto a Adler Ban Aldrik.

—Mira —señaló el “bundo”—. La gente está abandonando la ciudad.

En efecto, Tuanko vio hombres, mujeres y niños que salían de las casas de adobe cargados con fardos y echaban a andar. Cerca de la puerta del zigurat, una carreta cargaba divanes dorados, baúles y tapices que los esclavos sacaban de un palacio con gran prisa, mientras los bueyes se sacudían sosegadamente las moscas con el rabo.

—¿Qué hacen esos locos? —exclamó Tuanko indignado—. ¿Green poder salvarse sólo con alejarse unos kilómetros de la ciudad?

—Ponte en su lugar. Esta gente sólo sabe de la catástrofe lo que Mu-Ra profetizó. Pero ni siquiera están seguros de que Mu supiera lo que decía. Durante años había anatemizado contra los pecados de los sumerios, contra la corrupción y la violencia, llamando a la cólera de los dioses sin que éstos le escucharan. Los dioses llegaron a Ur Auka esta madrugada, y en principio todo parecía indicar que venían a juzgar y castigar la conducta de este pueblo incrédulo. Mu era un paragnóstico, como seguramente todos los sacerdotes del culto de Marduk, descendientes de los bartpuranos; es decir, los dioses. Y Mu nos desenmascaró. Se opuso a nuestro propósito de salvar a este pueblo y nos desacreditó aireando nuestra condición de falsos dioses. A pesar de todo, si aquella muchacha no hubiera visto tu rostro, dada la semejanza de nuestro aspecto con el de los

auténticos dioses, esta gente nos habría tomado por enviados de Marduk. Tal vez entonces nos habrían obedecido y permitido que les salváramos de la catástrofe.

—Yo he echado a perder todo. ¡Soy un estúpido!; —se lamentó Tuanko.

—No te culpes de lo ocurrido, estaba escrito que tenía que suceder así —dijo Adler Ban Aldrik—. Sabemos, porque venimos del futuro, que este continente desapareció sin que quedara recuerdo de él en la Historia. Pero también sabemos, y esto debe servirnos de consuelo, que los sumerios lograron sobrevivir a la catástrofe, al menos en número suficiente para continuar su civilización en Mesopotamia. No necesitaron de nosotros, ni de nuestras “Karendón”, ni nuestra astronave, a pesar de que estábamos aquí.

—¿Pero, estuvimos aquí en aquella Era, tío? ¿Estás seguro?

—Aquella Era es ésta, la que estamos viviendo en este instante. No somos fantasmas intangibles, ni son fantasmas las gentes que nos rodean. Hemos tomado sus alimentos, hemos sentido el frío y el calor. Hemos visto correr la sangre de Mu-Ra, y por nuestra causa han muerto víctimas de aplastamiento todas esas personas allí abajo...

—¡Pero, nosotros no habíamos nacido HOY!

—¿Quién lo dice? Todo se confunde en el tiempo; el pasado el presente y el futuro. Tal vez el tiempo existe, como el universo mismo, en una dimensión curva. Sería entonces como un círculo, donde no se sabe dónde está el comienzo ni el final. No sólo permanece lo que fue, sino que ya ha ocurrido lo que está por ocurrir. Solamente el presente no existe, porque, ¿qué es el presente? Reduce el hoy a horas, las horas a minutos, los minutos a segundos, y los segundos a cien mil millonésimas de segundo. Sólo esa fracción de tiempo inconcebiblemente pequeña separa el pasado del futuro. Y si la divides en partes todavía más pequeñas, acabará por perderse en la nada. La barrera del tiempo es tan sutil, que mitad de nosotros vive todavía en el pasado, cuando nuestra otra mitad ya está en el futuro. Existimos sobre esa divisoria infinitesimal, moviéndonos del pasado al futuro. No es el tiempo quien viene hacia nosotros, sino nosotros quienes recorreremos el tiempo. El tiempo está ahí, extendido como un mapa, y en él figuran todos los acontecimientos. Es decir, esos acontecimientos

“son” en el plano del tiempo, en una dimensión que no distingue entre pasado y futuro. Están ahí sencillamente. Por lo tanto, no existe contradicción en el hecho de que vivamos una época en la que no habíamos nacido. Estamos aquí, siempre estuvimos aquí “en este momento”. Intervinimos en la vida de Mu-Ra y fuimos, en cierto modo, culpables de su muerte, ya que él estaría vivo si nosotros no hubiéramos venido. Pero así fue como ocurrió, era preciso que estuviéramos aquí para que Mu muriera asesinado. No se está repitiendo un acontecimiento, ES EL MISMO ACONTECIMIENTO EN SÍ. ¿Puedes entenderlo?

—Pues, no muy bien, la verdad sea dicha —suspiró Tuanko Aznar hecho un lío—. ¡Pero, ya que tú lo dices!... Lo que me intriga es saber si finalmente intervinimos para salvar a los sumerios, o si nuestra incursión en esta dimensión fue una simple aventura sin consecuencias. ¿Debemos intentar salvarles, o basta con adoptar la actitud fatalista de “lo que tenga que ser será”?

—Esa pregunta no tiene sentido. Lo que ha de ser será. Si fatalistas, porque teníamos que ser fatalistas para que los acontecimientos ocurran; si rebeldes, porque teníamos que adoptar esta actitud para que los hechos ocurran como ocurrieron. No escogemos los acontecimientos, son éstos quienes nos imponen nuestra conducta.

—Muy bien. Y ahora dime, ¿qué vamos a hacer?

—Supongo que no podemos obligar a esa gente a entrar en nuestras cápsulas, y ellos tampoco lo harán voluntariamente.

—Pero disponemos de medios para obligarles. Podríamos arrojar gas paralizante, amontonarlos en las “Traslator” y despacharles —propuso Tuanko.

—Tendríamos que hacer venir mucha gente para acarrear cientos de ellos hasta las cápsulas. El número de salvamentos que podríamos realizar quedaría muy disminuido.

—Bueno, siempre será preferible que salvemos a cien que a ninguno. ¿O no lo crees así?

—En efecto, tienes razón. Se lo propondremos a tu abuelo, se va a poner furioso —dijo Adler Ban Aldrik.

El Almirante no acogió muy bien la idea. Maldijo lo suyo y finalmente accedió ante el carácter humanitario de la empresa. Una hora más tarde llegaban veinticinco astronautas del “Hermes”

equipados con traje de vacío y “back”. El segundo envío consistió en un cargamento de botellas conteniendo gas paralizante. Luego se recibieron en sucesivas operaciones seis camionetas eléctricas de las que se utilizaban a bordo del autoplaneta para transportar cargas ligeras de un lado a otro.

Mientras llegaban más hombres y más vehículos, el primer contingente voló sobre las murallas hasta los caminos que arrancaban de la ciudad en dirección a las montañas. Estas montañas se encontraban demasiado lejos para que los sumerios pudieran alcanzarlas en una sola jornada antes del cataclismo, pero los fugitivos iban a intentarlo de todos modos.

Bajando sobre las compactas columnas de fugitivos que salían de la ciudad, los astronautas abrieron las bombonas de gas y efectuaron varias pasadas sobre la atemorizada muchedumbre. Más pesado que el aire, el gas descendió al suelo y penetró en los pulmones de hombres y mujeres sin que éstos pudieran evitarlo. La gente caía desvanecida, y los que todavía estaban por salir de la ciudad retrocedían a la vista de aquello y corrían por las calles dando lugar a espeluznantes escenas de terror.

—En verdad, no sé si estamos haciendo lo correcto —murmuró el profesor Alejandro desde la muralla—. Esa pobre gente está pasando por un trance peor que la misma muerte.

Pero la operación continuó, simplemente porque “había que hacer algo”, y las camionetas empezaron a moverse transportando hasta el pie del zigurat los primeros cargamentos humanos.

Cuando otras tres cápsulas portadoras llegaron poco después, fueron a aterrizar junto a cada uno de los caminos, de forma que quedó reducida la distancia de acarreo.

CAPÍTULO NOVENO

Después de una larga operación una noche de tuya agotadora, los tipos Españoles de la leyeron una noche de tuya agotadora, los madrugados del día fatal. Doscientos hombres intervinieron en el salvamento, evacuando un total de 6.480 personas entre hombres, mujeres y niños.

Sin que hubiera intención premeditada, simplemente porque los niños inspiraban una especial simpatía y piedad, se recogieron y evacuaron doble número de éstos que de adultos. En general, se procuró que las madres, que la mayoría de las veces tenían a sus hijos en los brazos, permanecieran juntos.

A la luz de la luna, que aquella noche tenía un color sangriento premonitorio, los astronautas se replegaron hacia las cápsulas y fueron evacuados en dos tandas sucesivas a través de las “Traslators”. Desde el “Hermes”, ya hacía una hora, el Almirante Aznar urgía a los de tierra para que dieran fin a la tarea y regresaran. La estrella de Baal estaba ya en su fatal trayectoria, y tanto los astronautas, como los sumerios que huían hacia las montañas, podían verlo desde la puesta del sol, cada vez más próxima y amenazadora.

Las cuatro cápsulas debían regresar al autoplaneta por sus propios medios, ya que no se quería perderlas en modo alguno.

Bajo la Luna sangrienta, al pie de la escalinata del zigurat, el profesor Alejandro Aznar levantó los ojos y dijo:

—Voy a regresar en la cabina de mando, quiero ver lo más cerca posible el cataclismo.

—Iré contigo y pilotaré la cápsula —dijo Tuanko.

Pero Adler Ban Aldrik y el sargento Ribo quisieron unirse a ellos. El primero, porque su curiosidad científica era igual o mayor que la de Alejandro, Ribo para filmar lo que pudiera de las escenas de la catástrofe.

Los cuatro hombres se acomodaron en la cabina, Tuanko en el puesto del piloto, y la cápsula portadora despegó. A treinta kilómetros de altura sobre el océano, Tuanko abrió el acelerador y la cápsula aceleró a 10 metros por segundo.

Al abandonar la atmósfera de la Tierra la estrella de Baal se hizo mucho más visible. En este momento se encontraba a 45.500 kilómetros de la Tierra, a 45 minutos de hacer impacto en el objetivo. El planetóide hacía sentir su fuerza de atracción y alrededor del continente, en la cadena de los Andes, en el extremo opuesto del Pacífico, desde las islas Aleutinas a la Antártida, se iba encendiendo un cinturón de fuego formado por centenares de volcanes que entraban en erupción. En el hemisferio occidental todavía reinaba la noche, y la vista de este espectacular desencadenamiento de las fuerzas telúricas hacía encoger el corazón de los observadores.

Para los seres que se encontraban en aquel hemisferio, y especialmente para las decenas de miles de hombres y mujeres que habían abandonado Ur Auka al mediodía del día anterior, el temblor de la tierra, las explosiones de los volcanes y la Luna teñida de rojo debía componer un cuadro terrorífico de significado apocalíptico.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, la cápsula “K-T” se encontraba a 36.450 kilómetros de la Tierra sobre la vertical de la India. Tuanko había situado en su lugar el teleobjetivo de máximo alcance, y las imágenes de televisión eran bastante buenas, pues la luz del nuevo día alumbraba ya el continente sumerio.

En este momento se produjo la esperada colisión. La estrella de Baal entró como un meteoro en la atmósfera de la Tierra, pero debido a su gran velocidad y su gran masa no explotó y apenas se incendió. ¡Y cayó sobre el continente sumerio!

El espectáculo resultó impresionante. Una tremenda explosión hizo pedazos la estrella de Baal, y todo el continente desapareció de vista en medio de una gigantesca nube de humo.

—Si ha roto la corteza terrestre y el océano penetra hasta el magma, habrá una intensa evaporación —predijo Alejandro Aznar—. Temo que no veamos mucho.

Aznar apagó los motores y aplicó las ondas “aG” para frenar la velocidad de la cápsula portadora.

Las previsiones del profesor Aznar resultaron confirmadas. Como una enorme caldera a presión, brotaba ahora del desaparecido continente un colosal “geiser” en el que iban juntos vapor y agua pulverizada. El magma, sometido a presión por el impacto del planetoide, buscaba, además, salida por los cráteres de los volcanes más próximos...

Aquel día cambió la fisonomía del planeta. Se hundieron islas, otras volaron por los aires, las montañas se movieron de lugar y los ríos cambiaron de curso.

—Fidel, observa eso —señaló el profesor Alejandro—. ¡El sol se ha detenido!

—El impacto de Baal ha hecho balancear el eje de la Tierra —aseguró el “bundo”—. La catástrofe va a ser mucho mayor incluso de lo que habíamos calculado. La inercia de las aguas de los océanos lanzará a éstos sobre los continentes y habrá una colosal inundación.

—Como el Diluvio Universal —dijo Tuanko.

—¡Como el Diluvio Universal! —exclamó su padre—. Tuanko, ¿por qué has dicho eso? No hablábamos de lluvia, sino de inundaciones. Pero tienes razón. Cuando el Diluvio no hubo solamente una lluvia torrencial. Del seno de los océanos subieron las aguas hasta cubrir las partes más altas de la Tierra. ¡Y eso va a ocurrir!

—No sólo habrá tremendas inundaciones —dijo Adler Ban Aldrik—. También va a llover, y mucho. Millones de metros cúbicos de agua están siendo evaporados. Cuando esa masa de vapor se condense lloverá por un tiempo y con una intensidad como acaso jamás haya conocido la Tierra.

En efecto, la enorme nube de vapor se iba extendiendo rápidamente, cubriendo extensas áreas de Sudamérica, la Antártida y Australia.

—Pronto no se verá nada —dijo Tuanko—. Debemos regresar, el viejo estará inquieto.

—¡Ey, miren esa ola! —exclamó entonces el sargento Ribo. Miraron y vieron aquella ola, una muralla de agua, alta como una cordillera de montañas, rodando a gran velocidad, avanzando a través de todo el Pacífico como un rodillo, que a su paso devoraba islas e inundaba tierras hasta las más elevadas cumbres. Incluso

desde la considerable distancia que se encontraba la cápsula portadora era impresionante esta masa de agua.

—Invertirá horas en cruzar todo el océano —dijo Adler Ban Aldrik—. Regresemos al “Hermes”, mi hermano debe estar furioso.

Tuanko encendió de nuevo los motores. Ocho horas después entraban en la esferonave, y unos minutos más tarde se presentaban en la Cámara de Control.

—Hemos estado recibiendo vuestras imágenes de televisión. ¡Ese cataclismo parece que va a acabar con la Tierra! —dijo el Almirante muy impresionado.

—No acabará con nuestro mundo —aseguró Alejandro—. Pese a la aparatosidad de la catástrofe el planeta seguirá existiendo. Una gran parte de él quedará arrasado por largo tiempo y extinguirá especies animales y la mayor parte de la humanidad. Pero la vida posee una increíble capacidad de recuperación, y hasta las huellas de este cataclismo desaparecerán.

—¿Qué vamos a hacer con esos antiguos sumerios que tenemos a bordo? —preguntó el Almirante Aznar.

—¿Los habéis restituido?

—Claro que no. Les tenemos en siete rollos de “vetatom”, pero eso no modifica la pregunta. Ya que les salvamos habrá que facilitarles una nueva tierra donde continuar su existencia. Para ellos será como llegar a un nuevo planeta. ¿Sabéis cuantos sumerios hemos evacuado? ¡Seis mil cuatrocientos ochenta! ¿No es una curiosa coincidencia? Ese fue el número de terrícolas que llegaron a bordo del autoplaneta “Rayo” cuando el primer Aznar de nuestra dinastía llegó al planeta Redención. Con ese corto número nuestro antepasado levantó un rico y espléndido imperio.

—Después del Diluvio Universal los sumerios continuaron su cultura entre el Éufrates y el Tigris, en esa fértil llanura que conocemos por Mesopotamia —dijo Alejandro.

—¿Qué relación existe entre esta catástrofe y el Diluvio Universal?

—Creemos que esto es el Diluvio Universal —dijo Adler Ban Aldrik.

—¡Vaya! ¿Así que nosotros somos el legendario Noé, y la esferonave la famosa Arca?

—Pudiera ser —dijo Alejandro echándose a reír—. Existe una

versión sumeria del Diluvio, coincidente con muchos puntos de la narración bíblica, donde Noé aparece con el nombre de Ut-napisti. Según los sumerios, después del Diluvio los reyes-dioses volvieron a bajar del cielo y reinaron durante miles de años. Eso parece relacionarse de algún modo con nosotros.

—¡No, por Dios, no digamos tonterías! —rechazó el Almirante—. Sabemos que ha habido muchos diluvios en la antigüedad, con la desaparición de especies animales y civilizaciones enteras. ¿Por qué habría de ser este diluvio el de la aventura de Noé?

—La Biblia dice que llovió durante cuarenta días y cuarenta noches —recordó Tuanko.

—El número cuarenta representaba en la antigüedad un número inconcreto, que equivalía a decir mucho —rectificó Alejandro Aznar—. En la versión sumeria del diluvio llovió ininterrumpidamente durante seis días.

—Bueno, no veo que eso importe mucho, excepto porque nos obligará a esperar mucho tiempo hasta que se retiren las aguas. Voy a enviar algunas sondas de observación a la Tierra para seguir el desarrollo del fenómeno —dijo el Almirante.

—Pues nosotros nos vamos a dormir. Al menos, yo eso voy a hacer —dijo Tuanko—. ¡Estoy reventado de cansancio!

Cuando Tuanko despertó habían transcurrido nueve horas. Se levantó, se afeitó y se duchó, fue a desayunar y después acudió a la Cámara de Control, donde se encontró con su abuelo el Almirante y su padre. En las pantallas murales de televisión aparecían las imágenes que, desde quince millones de kilómetros, enviaban las sondas de exploración provistas de cámaras especiales.

La Tierra, vista a través del telescopio, permanecía oculta bajo una densa capa de nubes. Adler Ban Aldrik llegó en este momento y se unió al expectante grupo de hombres y mujeres que estaban atentos a las evoluciones de una de las sondas.

La sonda de vanguardia estaba atravesando la capa de nubes descendiendo desde 15.000 metros de altura.

—Miren, está lloviendo —señaló un controlador.

En efecto, el agua escurría por la lente del objetivo de televisión que estaba transmitiendo. Había una oscuridad casi total alrededor de la sonda. El radar del aparato iba indicando las sucesivas alturas, pero la visibilidad no se aclaró algo hasta que la sonda alcanzó

solamente unos pocos metros sobre el agitado mar.

—¿En qué posición se encuentra esa sonda? —preguntó Adler Ban Aldrik.

—Aproximadamente sobre los cuarenta grados de latitud norte y los treinta y cinco grados de longitud este; es decir, en Mesopotamia —informó Alejandro Aznar—. Como habíamos supuesto, la inercia del giro de la Tierra ha precipitado los océanos sobre los continentes. Todo está inundado ahí, no se ve ni siquiera la cima de una montaña.

En medio de la semioscuridad, la sonda se movía sobre el proceloso mar entre la densa cortina de la lluvia torrencial. Algunos troncos, ramajes y árboles enteros flotaban sobre las oscuras aguas. También vieron en dos ocasiones los cadáveres hinchados de un buey y un antílope.

Llevaban un largo rato mirando, en un silencio impresionante, cuando una voz gritó:

—¡Miren allí! ¡Es un barco!

¿Un barco? Todos miraron hacia la pantalla. En efecto, entre la cortina de la lluvia, como difuminada por una neblina, se veía una embarcación. Era un gran barco de madera, sin mástiles ni arboladura, meciéndose pesadamente sobre las olas que parecían iban a desbaratarla con sus embates. Era un barco de rústica construcción, de aproximadamente 150 metros de eslora, con una especie de casa de troncos encima de la inclinada cubierta.

—¡Cielos, es el Arca de Noé! —exclamó Tuanko roncamente.

—¡Es imposible! —exclamó el Almirante Aznar.

—¿Por qué? —preguntó Adler Ban Aldrik regocijado—. Históricamente está demostrado que hubo un Diluvio. Hubo un Noé, un Ut-napisti... el nombre que recibiera no importa. Pero Noé o Ut-napisti, o ambos al mismo tiempo, inspirados por la misma precognición, en distintos lugares de la Tierra, tuvieron una visión de lo que estaba por ocurrir, construyeron un barco y acogieron en él todas las especies animales que existían sobre el país, y se salvaron con sus familias para recomenzar la repoblación del mundo en una nueva etapa de la Historia de la Humanidad. Sí, ese barco es el Arca. Pudimos habernos ahorrado el trabajo de evacuar a los sumerios, pues éstos de todas formas ya contaban con el elemento que perpetuaría su raza y su cultura. Pero no está de sobra

que lo hiciéramos, era nuestro deber y cumplir con nuestra conciencia. Habrá más sumerios en Mesopotamia cuando descendan las aguas y desembarquemos a nuestros evacuados, y de todo lo ocurrido surgirá la leyenda de los reyes-dioses que regresaron del cielo y siguieron reinando entre los mortales. ¡Extraordinario!

Todos los ojos permanecían fijos en la pantalla. Arreciaba la lluvia y brillaron los relámpagos. Y bajo la luz fantasmal de los relámpagos, entre la cortina de agua, el Arca seguía navegando impulsada por el viento. Un minuto después la habían perdido en la oscuridad.

F I N

Notas

[1] “Vetatom”. Cinta metálica, generalmente de una aleación de oro, en la que mediante una serie de perforaciones están expresados los componentes atómicos que conforman el cuerpo de una determinada persona, mediante la desintegración y análisis efectuados a través de la máquina “Karendón”. El vetatom permite reconstruir el cuerpo al modelo original, cualquiera que sea el tiempo transcurrido. < <

[2] “Bundo”. Especie de orden sacerdotal de carácter místico que existió en la cultura “bartpur”, y cuyos miembros vivían dedicados al estudio ejerciendo su acción bienhechora sobre la humanidad.

< <

[3] Véase “Viajeros en el tiempo”, obra del mismo autor publicada en esta colección, donde Miguel Ángel Aznar y su hermano se trasladan al siglo veinte en plena Segunda Guerra Mundial. < <